
MARIAH STONE
LA PROFECÍA DEL VIKINGO
AL TIEMPO DEL VIKINGO:
EL LEGADO

LA PROFECÍA DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO: EL LEGADO

LIBRO DOS

MARIAH STONE

Traducido por

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Age of Ice* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

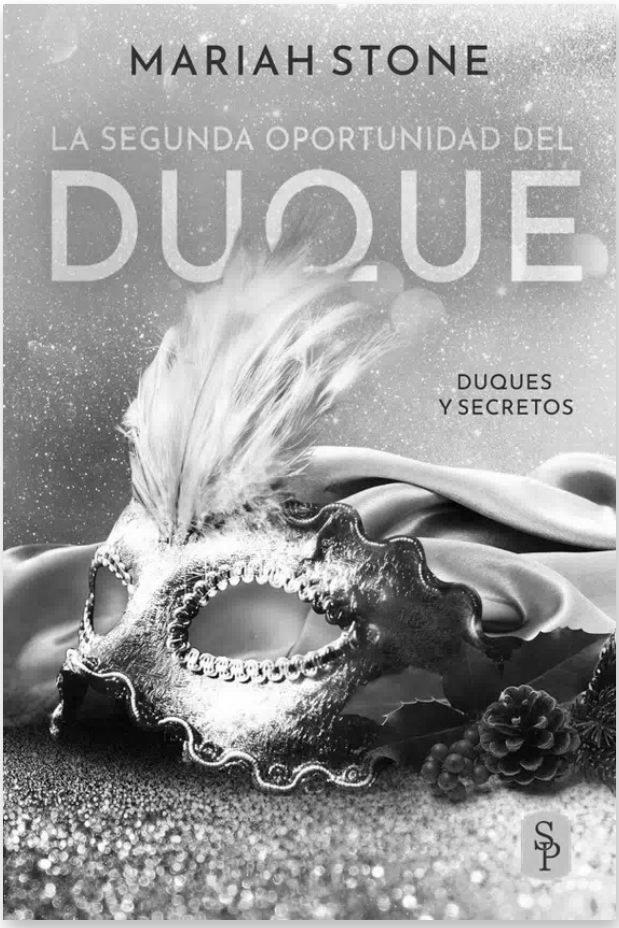
AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS



Juró no perdonarlo jamás.
Él nunca dejó de amarla.

Atrapados por una tormenta navideña,
¿tendrán el valor de intentarlo de nuevo?

Obtén LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE ahora para descubrir un amor que merece otra oportunidad!

https://mariahstone.com/obten-duque

Un día, hace mucho tiempo,
Ya habían moldeado mi vida,
Y ya habían determinado mi destino.
—Anónimo, *The Poetic Edda: Stories of the Norse Gods and Heroes*

CAPÍTULO
UNO

Noruega, 896

El cobertizo apestaba a pescado viejo. Ella dedujo que debían de haber destripado arenques y salmones sobre la gigantesca mesa de madera que había en el interior. Incluso en la penumbra, se veían escamas que destellaban tenuemente con tonos plateados y madreperla pegadas a la superficie.

La única luz que se veía era la natural. Se podían ver varias partículas de polvo bailar bajo los rayos del sol que se colaban por entre las paredes de tablones de madera despareja, construidas sin mayor habilidad, e iluminaban los únicos tres muebles del lugar. Uno era la «increíble» cama de Ella, que no era más que una pila de paja en una esquina. El segundo era la ya mencionada mesa apestosa alineada contra la pared de enfrente. Y el tercero, un taburete con tres patas desparejas.

Durante los tres días que había pasado encerrada allí, había intentado mover la mesa para que se encontrara al lado de la puerta. Su plan había sido subirse a ella y atacar al guardia o al mismísimo rey Harald, lo que constituía su única posibilidad de escapar, porque le habían quitado el arma y el chaleco antibalas. Pero la condenada mesa era como un peñasco y no se movía.

En la habitación no había ventanas, el suelo era frío y de tierra y había muchas grietas en las paredes. Sin embargo, había una

puerta. La única vía de escape. El único modo de regresar a su propia época… o al menos de buscar el modo de volver a casa, porque no estaba segura de cómo había acabado allí para empezar. Lo único que sabía era que en un instante había estado en el puerto de Boston, de pie en un depósito y rodeada de varios cuerpos heridos y otros sin vida, muchas bolsas de cocaína y un enorme huso de oro que era una máquina para viajar en el tiempo rota. El hombre del que se estaba enamorando le acababa de decir dos cosas. Primero, la había llamado «mi amor», y luego le había dicho que había contrabandeado un condenado reactor nuclear para que la máquina para viajar en el tiempo funcionara. En consecuencia, se había enojado con él. Le había dicho cosas… Había tocado el huso de oro y… ¡puf! Al abrir los ojos, al siguiente instante, había estado de pie al borde de un acantilado que daba a un fiordo noruego, una ensenada larga y angosta flanqueada por varias montañas. Y el rey Harald con su banda de guerreros vikingos la habían tomado prisionera de inmediato.

Ella apretó el rostro contra una grieta entre los tablones. A través del hueco, pudo ver la belleza absoluta e indómita del lugar. La aldea se encontraba a la orilla de un fiordo con acantilados a ambos lados que se alzaban como murallas de granito, tan altos que bien podrían darle soporte al cielo.

Las casas eran todas de madera. Ninguna tenía ventanas, y todas tenían techo de paja con gabletes que tenían dragones tallados. La mayoría de las mujeres eran rubias y llevaban vestidos con delantales, y los hombres vestían túnicas de lino y lana y una suerte de pantalones holgados y zapatos remendados.

Habías cabras, ovejas, gallinas y gansos que caminaban por doquier. Los perros ladraban, los niños corrían y jugaban. Vio a algunos hombres cortando leña y otros cargando baldes de agua o limpiando pescados y otros animales. Las mujeres estaban, en su mayoría, en el interior de las casas y, sin dudas, cocinaban, aunque también vio a varias barriendo y limpiando o sacando baldes con desperdicios de comida para arrojárselos a los cerdos y las vacas o corriendo detrás de los niños. Oía muy bien todo lo que sucedía

afuera del cobertizo, aunque todavía no comprendía cómo era posible que entendiera el nórdico antiguo sin haberlo estudiado.

Siempre había un centinela apostado en la puerta del cobertizo; era un guerrero vikingo. Ella los veía cuando abrían la puerta para que entrara la esclava, Ciara, a llevarle comida y vaciar la bacinilla.

El rey Harald no había ido a verla aún, pero había oído a gente hablar y comentar que se había marchado. Cómo anhelaba darle un puñetazo en el rostro. ¿Cuánto tiempo pensaba mantenerla allí y por qué? Harald era quien había enviado a los vikingos al futuro para asesinar a Channing…

«Channing…». ¿Cómo era posible que ese nombre le produjera un dolor que la perforaba, como si le hubieran clavado una aguja en el centro del pecho? Todas las dudas que había tenido acerca de él se habían desvanecido. Le había dicho la verdad desde el comienzo. Los viajes en el tiempo existían.

Las sospechas que había tenido acerca de que todo eso era un truco se habían evaporado al tercer día que pasó observando a la gente y oyendo las conversaciones acerca de los ataques, la pesca y la cosecha. O acerca del herrero, que era muy arrogante y pedía precios muy elevados, como pedir dos bolsas de cebada por una espada. O la preocupación acerca de una enfermedad desconocida que había debilitado a un hombre mayor y lo había llevado a doblarse de dolor. O como una mujer había perdido a su bebé durante el parto, pero ella, por fortuna, había sobrevivido. O las conversaciones acerca de la elaboración del hidromiel o el *blót*, un ritual en el que sacrificaban a una oveja en una piedra cubierta con runas, que se estaba preparando para el regreso del rey Harald.

Al principio, había creído que se trataba de un juego o una reconstrucción histórica… o de una comunidad recluida que se había tomado muy en serio eso de vivir en el pasado.

Pero ya no se encontraba en los Estados Unidos. Channing le había dicho la verdad desde el comienzo… Solo había querido regresar a la época a la que pertenecía. Esa época. La época equivocada para ella, que ahora tenía que encontrar el modo de regresar al siglo XXI.

El tiempo se estiró eterno y despiadado. Al cuarto día, se oyeron los cascos de caballos y unos pesados pasos en el exterior. Muchas voces entusiasmadas se fueron acercando hasta que, de repente, se abrió la puerta, y la luz del sol quedó tapada por varios cuerpos altos, musculosos y de hombros anchos.

Ella se incorporó de un salto y se quedó de pie con las rodillas flexionadas y los puños apretados, lista para luchar de ser necesario. Cuando una de las sombras entró en el cobertizo, reparó en el cabello rojizo y la barba del mismo color, y en el atractivo rostro con una expresión astuta. Era el rey Harald.

—No me sigan —les ordenó a sus hombres—. No representa una amenaza para mí.

Llevaba puesto un abrigo largo de piel de oso que le colgaba de los hombros y le daba un aspecto aún más imponente. Se dio vuelta y, con el hacha, empujó la puerta para cerrarla.

¿Por qué todos esos hombres eran tan grandes? Channing era corpulento, pero parecía como si muchos hombres de la aldea tuvieran troncos en lugar de brazos y peñascos en lugar de hombros. Tenía que deberse a todo lo que remaban.

Hasta el rey parecía un guerrero curtido. Bueno, uno que claramente se vestía mejor. El abrigo de oso debía de ser especial, y Ella se preguntó si habría cazado al animal él mismo. Además, llevaba cadenas de plata y una torques gruesa, un anillo grande y rígido de láminas de plata enredadas, alrededor del cuello. Y tenía una mirada particular en los ojos… Ella la había visto en varias ocasiones. Todos los hombres de poder la tenían. Era una arrogancia calma y contenida, que iba acompañada de saber que eran dueños de todo. Channing también la tenía, pero en su caso, detrás de ella se ocultaba una persona con un corazón grande y bondadoso y un sentido de honor que no se podía subyugar.

Harald se volvió hacia ella y se acomodó el hacha en el cinturón que le colgaba de la cadera.

—Bueno, bueno… Así que los dioses te han enviado hasta mí a través del tiempo.

Ella arqueó una ceja.

—No estoy segura acerca de los dioses, pero definitivamente viajé en el tiempo. Y tú me ayudarás a regresar.

El rey soltó una carcajada y se le formaron unas arrugas alrededor de los ojos.

—No haré nada semejante, mujer.

La ira que había estado conteniendo durante los últimos cuatro días comenzó a hervirle en algún punto profundo de las tripas.

—¿Cómo te atreves? —La voz le salió baja, pero la sonrisa en los ojos se le desvaneció al oír el acero que cargaban sus palabras.

—¿Cómo me atrevo? —Caminó para adentrarse en el cobertizo, y los rayos de sol destellaron sobre la cota de malla que llevaba debajo del abrigo de piel—. Soy el rey. Soy el favorito de los dioses. Me atrevo a todo.

Se detuvo delante de la pila de heno en la esquina.

—Eres un bastardo arrogante. ¿Sabes que secuestrar a alguien es una ofensa punible en mi época? Si lo hubieras hecho en Boston, ya estarías en la cárcel.

Harald arqueó una ceja, y una chispa de entretenimiento le volvió a bailar en la mirada.

—No sé qué es una cárcel o una ofensa punible, pero me gusta el fuego que tienes, mujer.

—Deja de llamarme «mujer» —gruñó.

—¿Acaso no eres una mujer? —Con la mirada le recorrió el cuerpo de arriba abajo, y Ella tuvo que contener un estremecimiento de repulsión.

—Sí, pero eso no hace la diferencia para…

El rey eliminó la distancia que los separaba con tres pasos. En un momento, se encontraba al otro lado de la sala, y al siguiente, se ceñía sobre ella como un oso gigante.

—Oh, por la lengua de Freyja, hace toda la diferencia. —Alzó la mano y, con un nudillo, le recorrió la mejilla. Con el estómago anudado, Ella se quitó la mano de Harald de encima. Cualquier indicio de humor se desvaneció del rostro del rey, que le pellizcó los cachetes con el pulgar y el dedo índice hasta producirle dolor y apretarle los labios—. Las nornas envían mujeres a través del tiempo a los hombres para que encuentren el amor. Mia, la esposa de

Hakon Ulfsson, es una viajera en el tiempo. Hay otras. Tengo concubinas y esclavas que uso para obtener placer. Tengo niños, aunque no tengo una esposa. Y no estoy enamorado de nadie. De modo que, ¿quién puede decir que no te han enviado aquí para mí?

Ella sintió un estremecimiento frío. Estaba completamente fuera de lugar allí. Esa época era muy diferente. Las mujeres habían luchado durante muchos siglos por el derecho a ser tan independientes como los hombres y para lograr la igualdad de derechos. La época vikinga era tan solo el comienzo de esa lucha. Y eso quería decir que ese patán y otros hombres como él trataban a las mujeres como si fueran su propiedad.

«Pues, ni en sueños». Ella no permitiría que nadie la tratara con nada que no fuera respeto, y se lo demostraría.

Cuando le pisó el pie, el rey le soltó el rostro y soltó un gruñido de dolor. Aprovechándose de la distracción, echó el codo hacia atrás y le asestó un puñetazo en el estómago, pero allí solo encontró una pared de acero de músculos. El siguiente gruñido pareció una carcajada.

Ella le daría una lección.

—Te enseñaré a tratar a las mujeres con respeto.

Se aprovechó de la distracción y le dio un rodillazo en la entrepierna. El rey soltó un sonido extraño, parecido a un suspiro alto, y dio un paso hacia atrás antes de doblarse de dolor.

—Maldita harpía —masculló.

—No soy ninguna débil, ni tampoco una esclava, ni un objeto de entretenimiento para nadie, ni siquiera para un rey. Soy una oficial de la policía, la hija de un oficial de la policía, y tengo un padre enfermo y un hermano con necesidades especiales sumado a una familia entera que depende de mí. Me desayuno a porquerías como tú. Y si me vuelves a tocar de ese modo, la próxima vez, no te dolerán los testículos porque te los pateé, sino porque los echarás en falta.

Harald exhaló despacio y se enderezó. Debía de estar sintiendo mucho dolor detrás de la máscara de piedra que le cubría el rostro sonrosado. En algún punto, una voz baja y profunda le advertía que

probablemente no era lo más astuto tenerlo de enemigo, que quizás sería mejor mostrarse más taimada y diplomática.

Harald se aclaró la garganta sin quitarle los ojos de encima.

—Te trataré con respeto, mujer. Siempre trato a las mujeres con respeto. No eres una esclava, veo que eres una guerrera. Si crees que desistiré, te equivocas. Es más, tu fortaleza y tu belleza me hacen desearte aún más.

La mandíbula de Ella por poco llegó al suelo.

—¿Y para qué me necesitas? ¿Para qué me retienes aquí?

Despacio, dio un paso hacia ella con la boca apretada en una mueca de dolor.

—Eres muy hermosa… Es difícil de… imaginar que no eres la misma Freyja que ha venido en persona del Valhalla.

Ella tragó con dificultad, luchando contra el instinto de apartarse de él. Cuando cierto otro vikingo se ciñó sobre ella de ese modo, había querido besarlo, abrazarlo y deshacerse en sus brazos. Pero, con ese hombre, quería huir.

—¿Qué quieres de mí?

—Si vienes del futuro, puede que hayas oído de Ulf Hakonson.

Estaba hablando de Channing, pero lo estaba llamando por su nombre nórdico, Ulf.

—No solo he oído de él, sino que también conocí a tus tres matones: Eirik, Ragnar y Náli.

Los ojos se le abrieron de par en par y destellaron.

—¿Y la muerte de Ulf logró salvar el mundo, como predijo la *völva*?

El corazón le latía desbocado contra las costillas. Debería pensar con cautela y jugar bien sus cartas. Sin embargo, la invadió el recuero de las espadas y las hachas destellando y lastimando a Channing, seguido al de ella apuntando el arma y al de la bala perforando a Eirik. Era la primera vida con la que había acabado. Recordó la sangre que fluía sin cesar. La superficie fría y suave de la máquina del tiempo bajo la palma… y luego nada. Todo por culpa de él.

—No, maldito asesino. Tus matones murieron. Ulf sigue vivo.

—¿Y tú lo viste?

—Sí, lo vi. Y maté a Eirik.

El rostro de Harald se relajó en una expresión serena y pacífica que hizo que la piel de la espalda se le erizara.

—En ese caso, la respuesta a la pregunta de por qué te encuentras aquí es más que clara, hermosa mujer del futuro.

—¿Ah, sí? —No quería saber la respuesta. No debería haber preguntado, ni debería haberse molestado, pero como una idiota prosiguió—: ¿Por qué?

—Porque tú lo traerás ante mí. Y cuando lo mate y detenga el Ragnarök, serás mía.

CAPÍTULO
DOS

Boston, 2021

Las barras metálicas de la prisión resonaron, y Channing alzó la cabeza.

El detective Ricardo Sánchez apareció detrás de los barrotes con sus ojos que parecían dos trozos duros de obsidiana.

—Hakonson, tienes visita.

Channing se puso de pie del banco. Se le habían formado muchos nudos en el estómago, y la preocupación por Ella le ardía en el vientre como ácido. Había estado en esa celda desde el día anterior, pero su abogada no había logrado liberarlo todavía.

En el camino desde el puerto hasta la comisaría, Ricardo lo había fulminado con la mirada a través del espejo retrovisor, pero no le había dicho nada. Un médico de la comisaría le había examinado el corte en el hombro que le había hecho Eirik con la espada, luego le había puesto pegamento y se lo había vendado mientras le aseguraba que solo se trataba de una herida menor. La herida en el hombro izquierdo, la que le había hecho Ragnar hacía varios días, le dolía. Al ver que ya estaba vendada, el médico ni se había molestado en mirarla. Había demasiados infractores aguardando que el médico los examinara y tratara heridas mucho peores, casos de congelación y de enfermedades que se habían reavivado debido a la falta de apoyo médico y a la escasez de medicamentos en la ciudad.

El día anterior, se había desatado una verdadera batalla en el laboratorio secreto de Channing. La policía había atacado a la mafia, que había contrabandeado cocaína junto con el reactor nuclear que él había comprado. Mientras tanto, los tres asesinos vikingos que el rey Harald había enviado para acabar con él y detener el Ragnarök habían decidido que desatar el caos era el mejor curso de acción a la hora de cumplir con su misión y habían capturado a Ella. Channing había matado a dos, y Ella le había salvado la vida al dispararle a Eirik, pero luego, había tocado la máquina del tiempo rota… y había desaparecido.

—¿La encontraron? —le preguntó Channing, aunque sabía con total certeza que había viajado en el tiempo. No obstante, una pequeña parte de él se aferraba a la esperanza de que ese no fuera el caso, de que hubiera ocurrido otra cosa en el depósito que pudiera explicar su desaparición. O que Ella ya se las hubiera ingeniado para regresar.

El metal rechinó cuando Ricardo abrió la puerta y la deslizó a un lado.

—Date la vuelta.

Channing le hizo caso y sintió el metal duro que le apretó las muñecas cuando Ricardo le puso las esposas.

—¿No hay ninguna noticia? —le volvió a preguntar.

—Cierra el pico y muévete.

De modo que no había ninguna noticia. Mientras Channing caminaba por el pasillo lóbrego pintado de color amarillo pastel, prácticamente, sintió los ojos del detective perforándole la nuca.

—Ya sabes que la quiero encontrar tanto como tú.

—Cierra el pico, maldito bastardo.

Había tanta ira y tanto odio en su voz… Ricardo se preocupaba por Ella, y no únicamente como su compañero. Channing sospechaba que Ricardo sentía mucho más por su colega… Tal era el caso, que sintió un aguijonazo de celos. Bueno, quizás si no lograba convencer a Ricardo de que lo dejara ir por motivos lógicos, podría hacerlo por motivos emocionales. Channing era el único que podía salvarla ahora, el único que podría traerla de regreso.

Mientras Ricardo abría la puerta de una oficina, a Channing le dio un vuelco el estómago. Bryan O'Connor, el padre de Ella, y Ted, su hermanastro, se encontraban sentados a un escritorio.

—¿Qué hace Ted aquí? —Channing echó una mirada al pasillo, donde dos oficiales conducían a un hombre enorme con las muñecas esposadas a algún sitio.

Ricardo lo empujó hacia adentro de la oficina y cerró la puerta a sus espaldas.

—Me pregunto lo mismo.

—¿Cómo diablos les parece que este es un lugar adecuado para un niño? —gruñó Channing —. ¿Creen que Ella hubiera permitido esto?

Bryan lo miró con el ceño fruncido.

—No, esto no le habría gustado ni un ápice.

Ricardo señaló la silla al lado del escritorio, y Channing tomó asiento. Ricardo se quedó de pie al lado del escritorio con los brazos cruzados.

La oficina era pequeña y estaba abarrotada. Varias pilas de papeles y carpetas de papel manila yacían sobre todos los armarios de la habitación. Una planta de interior moría lentamente sobre el alféizar bajo las persianas semicerradas. Una triste luz gris se colaba por la ventana cubierta de nieve.

—Hola, Ted —lo saludó Channing—. Hola, Bryan.

—¡Hola, Channing! —le respondió Ted—. Papá no me quiere aquí.

—No me imagino por qué —masculló Ricardo—. ¿Qué…? ¿Por qué, Bryan?

A Bryan se le tensaron los músculos del mentón.

—Gloria tenía un trabajo de limpieza y no podía faltar. Y yo… Tengo que saber dónde está mi hija. Soy un policía, aunque esté retirado. Sé que tienes la respuesta a lo que le pasó, y no puedo esperar a que el capitán Wilson se pueda permitir enviar a algunos oficiales a buscarla. La policía apenas da abasto, y las cosas están empeorando. ¿Qué es una policía desaparecida para él cuando todo el mundo se cae a pedazos y se hunde en el caos? Por eso, tengo que tomar cartas en el asunto.

—¡Y yo también! —exclamó Ted—. Voy a ayudar a buscar a Ella.

A Channing se le hundió el corazón a los pies. Sabía que su propia familia debió de haber experimentado una desesperación y determinación similar, aunque ellos, en cambio, sabían perfectamente bien a dónde había desaparecido.

Ricardo cambió el peso de pierna sin descruzar los brazos.

—Bueno… —siguió Bryan—. ¿Me vas a ayudar? Ayúdame a encontrar a mi hija. Sé que a ti también te importa. —Se aclaró la garganta—. Tengo la sospecha de que tú eres la persona que hizo la donación anónima que me permitió participar del tratamiento experimental para el cáncer en el Hospital General de Massachusetts.

Ricardo abrió la boca, pero Bryan lo fulminó con la mirada.

—Tú no has oído nada.

Ricardo dio un paso hacia adelante y dejó caer los brazos al costado.

—¿Tienes cáncer?

—¿Qué es cáncer? —preguntó Ted.

—Es como un juego —le respondió Bryan.

«Sí, un juego con la muerte». Ted parpadeó.

—Oh. ¿Y nos permitirá encontrar a Ella?

Ricardo soltó un suspiro.

—Cielos, espero que no. Mira, Bryan, ya hablé con los testigos, los científicos y los policías heridos que estaban lo bastante conscientes como para ver qué estaba ocurriendo. Todos dicen lo mismo. Ella tocó la maldita cosa dorada y… ¡puf! Desapareció. —Miró a Channing—. No sé qué le has hecho para hacerla desaparecer en el aire cuando tocó esa cosa, no sé si se trata de una puerta secreta, pero lo que sí sé es que eres el responsable.

Ricardo no lo engañaba. Detrás de ese exterior de huesos grandes y persona torpe, se encontraba una mente afilada. Ricardo había escogido su máscara muy bien, y Channing lo sabía porque él mismo era un experto a la hora de ocultarse detrás de máscaras. Al final de cuentas, había llevado la del hombre moderno desde que había viajado al siglo XXI, hacía catorce años, con tan solo dieciocho

años. Un vikingo en un mundo moderno. Toda su vida había cambiado.

—Ella me importa más de lo que te puedes imaginar —le respondió Channing, y sintió como si tuviera la garganta llena de gravilla—. Y creo que puedo averiguar a dónde fue.

Bryan soltó el aliento.

—Cuéntame todo.

Para la mayoría de las personas, los viajes en el tiempo sonaban a magia y mitos. A la policía en particular iba a costarle más trabajo creerle. Pero Channing tenía que arriesgarse a sonar como un demente. Su objetivo principal era encontrar a Ella y traerla de regreso a casa, con su familia. Así que, ¿quién podía ser un mejor aliado que su propio padre?

Channing se inclinó hacia adelante.

—Sé que suena descabellado, pero estaba investigando acerca de los viajes en el tiempo. —Miró de reojo a Ricardo, que se acercó a la mesa—. Contraté a dos científicos graduados del MIT y me construyeron una máquina para viajar en el tiempo. Estábamos a punto de utilizarla, y yo iba a viajar, pero entonces llegó la mafia y la policía. Lo que creo que ocurrió es que Ella viajó en el tiempo en mí lugar.

En la mesa reinó el silencio. Channing se podía imaginar las voces internas de Bryan y Ricardo riéndose de él. Ted era el único que lo observaba concentrado.

—¿Ella se fue de viaje a otra época?

—Tiene que ser una broma… —murmuró Ricardo.

Bryan se aclaró la garganta y soltó un suspiro. Los dedos huesudos se le cerraron en un puño.

—¿Puedes demostrar que lo que dices es cierto?

Ricardo soltó un jadeo.

—Bryan, no es en serio. ¿No te das cuenta de lo que está haciendo? ¡Intenta liberarse de los cargos de secuestro con labia! ¿Viajes en el tiempo? ¡Es un contrabandista de drogas y materiales nucleares! Y es el responsable por la desaparición de tu hija. ¡Por favor!

Ted fulminó a Ricardo con la mirada, y las cejas se le unieron para formar una línea recta.

—Estás siendo malo.

—Disculpa, Ted. No es mi intención. Lo único que quiero es encontrar a tu hermana.

—Creo que todos estamos de acuerdo con eso —repuso Bryan.

Ricardo hizo un gesto amplio con la mano.

—¿Entonces le crees?

A Bryan se le tensó el mentón.

—No lo sé. Es difícil de creer lo de los viajes en el tiempo, pero la gente creía que el mundo era plano antes de saber que era una esfera. En algún momento, no creímos que podíamos cruzar los océanos, ni volar, ni ir al espacio. —El pecho le subió y bajó más rápido—. Es muy probable que no me quede demasiado tiempo. Y que me condenen si no intento traer a mi hija de regreso a salvo, sea como sea.

Ted frunció el ceño y miró a su padre.

—¿Por qué no tienes demasiado tiempo, papá?

Bryan le agitó el cabello con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo tiempo de sobra, hijo. Tengo todo el tiempo para ti, tu mamá y tu hermana, pero debemos encontrarla. —Luego miró a Ricardo y tamborileó el dedo índice sobre la superficie de la mesa. Channing vio la misma mirada de guerrero determinado que había visto cada vez que su propio padre reunía las tropas para luchar contra un enemigo o proteger a Lomdalen de ataques—. Encuéntrala. Si no lo hacemos nosotros, no lo hará nadie.

Ricardo soltó un suspiro largo.

—Lo más probable es que me arrepienta de esto, pero la mejor apuesta es regresar al último lugar donde la vieron. El lugar donde desapareció como por arte de magia.

A Ted se le agrandaron los ojos.

—¿Como un hada? ¿Ella es un hada?

Channing no tenía ni idea de en qué consistía ser un hada, pero sospechaba que Ella podía hacer más de lo que todos creían. Y, quizás, de lo que ella misma sabía. La máquina para viajar en el tiempo se había roto. No había funcionado ni para él ni para los

científicos. De modo que no dejaba preguntarse qué poder la habría hecho funcionar para ella.

—No, Ted —respondió Channing —. Ella es tu hermana, la misma que has conocido toda tu vida y que te quiere mucho. Hay cosas que no entendemos, pero por eso mismo tu padre, tu tío Ricardo y yo la vamos a encontrar.

—¿Cómo pudo haber pasado esto? —preguntó Ricardo—. Si… viajó en el tiempo… en lugar de ti o lo que sea… ¿sabes a dónde fue? ¿Y cómo podemos recuperarla?

Channing asintió con la cabeza.

—La máquina estaba preparada para transportarme al año 896 d. C., a Lomdalen, en Noruega. Allí es a donde iba a ir.

—¿Por qué? —le preguntó Ricardo.

—Tengo… un interés personal. —Quizás era demasiado para una charla revelar que era un viajero en el tiempo que había nacido en otro siglo y que quería regresar al pasado para estar con su familia.

—¿Eso no es… la Edad Media? ¿La época vikinga? —preguntó Bryan.

Channing se mordió el labio superior, y el cuerpo se le llenó de tensión.

—Sí.

Bryan lo miró con los ojos entrecerrados de la confusión.

—La madre de Ella estaba obsesionada con los vikingos y la mitología nórdica. Solía bordar escenas con tal habilidad que parecían cuadros reales; siempre creí que era un interés de lo más excéntrico. Cuando se marchó, me pregunté a dónde habría desaparecido… y cómo podía ser que no hubiera dejado ningún rastro. No estábamos casados legalmente, solo vivíamos juntos. Y cuando se fue, me di cuenta de que no tenía ni número de seguridad social, ni pasaporte, ni nada. No había ningún registro de su existencia.

Ricardo parpadeó.

—No sabía eso.

Bryan se rascó la barba.

—Sí.

—Sabía que Ella estaba buscando a su madre, y que la había abandonado. Y también sabía que Wilson estaba enfadado con ella por haber utilizado recursos policiales por motivos personales. Ahora sé por qué se arriesgó tanto: al no haber ningún registro ni ningún rastro que seguir, las bases de datos de la policía habrán sido su única esperanza de encontrar a su madre.

—Noruega. La época vikinga. De algún modo, tiene sentido —murmuró Bryan, como si no le hubiera estado prestando atención alguna a Ricardo.

Channing sabía que estaba a punto de convencerlos. Lo más importante de todo era convencer a Ricardo.

—Puedo ir a buscarla. Me aseguraré de que regrese.

Ricardo se dio media vuelta hacia Channing y se ciñó sobre él, apoyándose las manos en las caderas.

—¿Cómo?

—Llévame ante el huso. Busca a los científicos, Munchie y Georgina. Ellos me enviarán allí, y la buscaré.

—¿Ella está con vikingos? —preguntó Ted—. ¿Los sujetos que llevan sombreros con cuernos? ¿Cómo Rolf?

Rolf era un superhéroe de un cómic basado en la mitología nórdica que a Ted le encantaba.

Channing asintió con la cabeza.

—Sí, aunque no tienen sombreros con cuernos.

—¿Y son violadores y asaltantes? —le preguntó Bryan en un susurro.

Channing soltó un suspiro.

—No. Algunos sí lo son, pero ese tipo de gente está en todos lados. Las cárceles están abarrotadas con personas así.

Ricardo negó con la cabeza y se apoyó sobre la mesa.

—Mira, no digo que te crea, pero veo el punto de regresar al sitio en el que desapareció y averiguar qué pasó.

Channing se limitó a responder:

—Entonces llévame allí.

Ricardo dejó caer la cabeza entre los hombros y no dijo nada durante varios momentos. Cuando lo volvió a mirar, tenía la boca curvada hacia abajo, como si hubiera probado algo amargo.

—Está bien. Tráela de regreso.

Channing supo que estaba a punto de hacer el tercer juramento más grande que él en toda su vida. El primero había sido un juramento de lealtad hacia su padre, *jarl* Hakon, que significaba reconocerlo como su señor y comprometerse a luchar por él hasta la muerte. El segundo había sido con Ella, y le había jurado serle leal y jamás traicionar su confianza. Y ese sería el tercero: a Bryan, Ted y Ricardo. Y este podría provocarle el fin, pero no importaba. Nada importaba más que Ella.

—Juro por mi vida que la traeré de regreso.

CAPÍTULO
TRES

El vapor que se elevaba del estofado le produjo un cosquilleo en la nariz. La carne olía fuerte, y Ella dedujo que se trataría de algún animal de caza, pero también inhaló los aromas a avena, guisantes y unos tubérculos comestibles que no logró identificar y que se habían tornado grises tras la larga cocción. La comida no tenía ni sal, ni pimienta.

Ciara también le había llevado un trozo de salmón recién grillado, y Ella se lo había devorado casi sin prestarle atención a los huesos. Le había sabido celestial. El estofado no era lo mejor, pero era comida, y necesitaba fuerzas. Durante los últimos días, la habían alimentado una vez al día, y en la mayoría de las ocasiones le llevaban algo pasado de cocción o nabos hervidos y pescado seco o deshidratado o ahumado. El pan había sido casi imposible de comer porque estaba duro, y Ella sospechaba que se había mezclado con aserrín.

Como Ciara era la única que la visitaba y solo veía el mundo exterior a través de los huecos en la pared, el estado de ánimo de Ella se había deteriorado. No había visto al rey Harald desde la última visita hacía dos días, y no había salido del cobertizo en ningún momento.

Con el transcurso de los días, la esperanza de regresar al siglo XXI, con su familia, se iba reduciendo. Comprendía cómo Channing debió de haberse sentido estando atrapado en la época moderna.

¿Cómo se encontrarían su padre, Ted, Gloria y el resto de su familia? Los había visto todos los días desde que tenía uso de memoria y los echaba de menos. Los ojos de acero de su padre, las dulces e insignificantes preocupaciones de Gloria por la mañana mientras hacía el café, freía huevos y tocino y llamaba a todos a los gritos para que fueran a la cocina a desayunar. Ted con su hábito de encender la radio de la cocina a las ocho en punto para escuchar las noticias, que últimamente habían sido tan malas que Ella había comenzado a apagarla a los dos minutos.

Allí, sencillamente, no existían los abrazos de un Ted soñoliento con el dulce aliento matutino de niño, ni las conversaciones con su padre a la hora de la cena acerca de sus casos más recientes, ni las advertencias de Gloria para que tuviera cuidado y no tomara riesgos innecesarios.

Echaba de menos su casa cálida, crujiente y vieja, que olía a madera añeja, pastel de carne e infancia. Echaba de menos los pasos y las voces que provenían de arriba, mientras el tío Maurice, la tía Cara y su hija, Fiona, se movían por la casa. A menudo, su otro hijo, Rob, su esposa embarazada, Stella, y su beba que ya gateaba, Pamela, los visitaban desde la última planta del edificio de tres plantas en el que vivían todos, y toda la familia se la pasaba conversando, riendo, discutiendo y peleando, o invitaban a amigos y vecinos. Y todos dependían de su salario. Si se quedaba allí más tiempo, la policía iba a asumir que había muerto y dejarían de pagarle el salario. Su familia perdería la casa. ¿Y a dónde irían durante el invierno más frío de toda la historia mientras el mundo se caía a pedazos y se sumía en su propia destrucción?

Pero nada de eso era evidente allí. En el siglo IX, hasta donde Ella sabía, todo iba bien. El invierno aún no había llegado. No había lobos persiguiendo a las personas, ni agitación pública, ni terremotos, ni tormentas, ni nada que fuera a alarmar a la gente acerca de la llegada del Ragnarök. Y Channing no estaba allí. Su ausencia era como un hueco en el pecho, que dolía y latía.

Esa soledad y ese silencio de estar encerrada en un cobertizo oscuro la tenían inquieta. Ciara era la única persona que había visto en varios días, pero la muchacha se mostraba recelosa.

Ciara cubrió el heno con un trozo de tela entre amarillento y grisáceo que, a juzgar por las manchas y los agujeros, había tenido un uso de lo más intensivo. En el siglo XXI, Ella jamás habría dormido en un sitio semejante. Ahora, se veía tentador.

—No eres de esta época, ¿no?

La pregunta le resultó tan inesperada, que Ella no supo si había oído bien. Ciara hablaba nórdico antiguo con un acento escocés… lo que era una combinación de lo más extraña. Ciara había sido una presencia serena y sombría que se limitaba a llevarle comida y limpiarle la cama. Ella había intentado hablar con la muchacha, pero esta siempre se había limitado a darle respuestas monosilábicas.

Ciara se clavó la mirada en los pies.

—¿Qué estaba pensando? Disculpa…

Ella sintió pena por la muchacha y no quiso perder ese hilo de conexión humana. ¿O sería el comienzo del síndrome de Estocolmo?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

Ciara enderezó los hombros y la miró con sus inteligentes ojos castaños.

—He oído cosas.

Sin responder, Ella se concentró en el cuenco. La muchacha le caía bien, pero no estaba segura de si estaría a salvo admitiendo cosas como haber viajado en el tiempo. Ciara continuó con un tono de voz más sereno aún:

—Y sé cosas…

—¿Qué tipo de cosas?

Aunque al principio Ella pensó que Ciara era una adolescente, con el cuerpo delgado y los codos afilados, al poco tiempo se dio cuenta de que no era tan joven. Debía de ser incluso mayor que ella, a juzgar por las arrugas y las bolsas profundas que tenía alrededor de los ojos. Podría estar malnutrida. Y tenía las manos curtidas del trabajo, los nudillos gruesos, la piel enrojecida y quebrada, y manchas de sol en las manos.

—Sé el tipo de cosas que me permiten afirmar que no eres de esta época…

Ella bajó el cuenco que estaba entre comiendo y bebiendo de la mesa con olor a pescado.

—¿Harald te lo ha dicho?

—Oh, sí. Ha hablado de cómo apareciste de la nada, frente a él, en el acantilado… Pero…

Ciara jugueteó con el delantal áspero del vestido confeccionado a mano que parecía un harapo sucio con más parches de los que Ella podía contar. Los ojos castaños le resplandecían, y el cabello del mismo color le caía suelto en mechones enmarañados que parecían nidos de avispas.

—Pero ¿qué?

—No es la primera historia de viajes a través del río del tiempo que conozco.

Algo en su interior se estremeció y le recordó sus sueños. Ella se preguntó por qué los habría olvidado. Eran sueños extraños en los que podía pausar y acelerar el tiempo y cambiar un poco las cosas. Nunca había oído a nadie hablar acerca de los viajes en el tiempo además de Channing. Y ahora, Ciara.

—¿El río del tiempo? —le preguntó—. ¿De qué hablas? ¿Cómo sabes todo esto?

—Yo… —Ciara encuadró los hombros y dejó el colchón de Ella en el suelo para agitar las manos delante de ella—. No debería hablar de esto contigo. Debería limitarme a hacer mi trabajo y marcharme.

Sin embargo, no lo hizo. En lugar de marcharse, se quedó quieta como si estuviera aguardando algo. Como con los sospechosos y los informantes, Ella presintió que la muchacha estaba dispuesta a hablar. En ocasiones, mantenían secretos durante tanto tiempo, que anhelaban compartirlos con alguien dispuesto a oír y que no fuera a juzgarlos. Alguien que pudiera entenderlos.

—¿Hace cuánto tiempo estás aquí, Ciara? —le preguntó girándose en la banqueta para mirar a la mujer.

—La mitad de mi vida… —Ciara clavó la mirada en los pies y jugueteó con las manos.

—¿De dónde eres?

—Soy del reino de Alba, señora. Las islas que los vikingos llaman Sutherland. Hace unos quince inviernos, llegaron los *drakkars* a la costa que llamaba mi hogar. Me acababan de comprometer con un muchacho de la aldea justo antes de que llegaran. Quemaron la

mitad de la aldea y se llevaron a todas las mujeres y las jóvenes que sobrevivieron al ataque. Vendieron a la mayoría, y a mí me vendieron al rey Harald. Pero en ese entonces, no era un rey, sino un *jarl*. Y desde ese momento, he estado aquí.

Alba… Sutherland… Todo eso era Escocia en el pasado.

Ciara tragó con dificultad y se miró las manos, como si fuera responsable de que alguien la hubiera secuestrado.

Ella jamás había tenido que lidiar con casos de trata de personas, pero había oído historias de sus colegas, que trabajaban en casos de redes de explotación sexual que traían mujeres de Europa del Este y México a Boston y otras ciudades de Nueva Inglaterra.

Tenía que tener mucho cuidado para no asustarla.

—La policía… Donde yo trabajo… luchamos contra eso.

A Ciara se le abrieron los ojos como platos.

—¿Luchan contra la esclavitud?

Ella la miró a los ojos.

—Sí, contra la violación, la injusticia, el racismo, la discriminación… y cualquier crimen.

—En esta época no se puede. Es lo que hacen los vikingos… los piratas. Atacan aldeas y toman esclavos. Así es como logran hacer sus increíbles barcos, sus armaduras de hierro, sus armas y las velas que tejen para las expediciones. Atacan en las islas, en Northumbria y en Sussex, en Alba y entre las tribus del Báltico.

Ella estaba furiosa por Ciara y por todas las personas que habían sido tomadas en contra de su voluntad. Pero a pesar de que resultaba doloroso de oír, no estaba sorprendida. La mayoría del tiempo, las víctimas de la trata de personas se encontraban destrozadas y traumatizadas al punto de no considerar intentar escapar. A menudo, el castigo era una fuerte tunda o incluso la muerte. Ella solo había oído de una víctima que había logrado escapar, pero terminó desarrollando un trastorno de identidad disociativo. ¿Cómo sería vivir una vida en la que ser esclavo era algo completamente normal?

—¿Qué haces como esclava?

A Ciara se le hundieron los hombros. Recogió el balde con agua y un trapo húmedo y refregó la mesa.

—Lo que sea. —La voz sonaba hueca. Vacía—. Limpiar, lavar, hacer camas, ayudar con la cocina, hacer feliz al señor…

A Ella le dio un vuelco el estómago.

—¿Qué quieres decir con eso de hacer feliz al señor?

Ciara hundió el trapo en el agua.

—Si el rey me dice que le caliente la cama, lo hago.

Ella sintió un estremecimiento en la piel.

—Diablos.

Débilmente, Ciara golpeó el trapo húmedo contra la mesa y lo movió sobre la superficie.

—Una esclava no es nada. Una esclava no cuenta como concubina. Una esclava es una cosa que le pertenece a alguien. Como un caballo. El rey le dice al caballo que camine, y camina. El rey me dice que abra las piernas, y las abro.

Ella sintió un escalofrío en todo el cuerpo y le apoyó una mano en el hombro a Ciara.

—Por favor, ya, Ciara. Déjame hacerlo.

Ciara alzó la mirada y, al quedar iluminado por la débil luz del sol, su rostro parecía una calavera, como si ya estuviera muerta y solo se moviera. La mujer se enderezó.

—No importa, señora. Usted me recuerda a mi hermana. No me debería importar usted, no me debería importar nadie, en realidad. Pero me importa. No quiero que termine en mi misma situación el día de mañana.

A Ella le cosquillearon los pies como si los hubiera sumergido en un balde lleno de clavos.

—No. Yo te ayudaré a salir de aquí antes de que sea demasiado tarde para ti.

Ciara frotó la mesa con el trapo, y el agua sucia y gris chorreó entre los huecos de la mesa hacia el suelo de barro.

—No existe otra vida más que esta.

Ella tomó a Ciara de los brazos y se enderezó para mirarla a los ojos, pero la mujer tenía la mirada vacía y fuera de foco. Ella le sujetó la mano.

—No digas eso. Por favor. De seguro hay alguna forma de escapar o… hacer algo.

Ciara negó con la cabeza.

—No lo sabes. No sabes nada. Las vidas que he tomado…

—¿De qué hablas? ¿Has tenido que matar a alguien en defensa propia?

Ciara volvió a negar con la cabeza.

—Las vidas que he tomado eran inocentes…

Inocentes…

—¿Hablas de abortos?

La mujer asintió con la cabeza.

—Hay hierbas, pero la curandera se las da primero a las mujeres de la aldea. Me gustaría tener un niño, pero no quiero que nazca en esto. A una niña la matarían de inmediato, y a un niño quizás le permitan vivir, pero se criaría como esclavo. Así que voy a la mujer que hace conjuros, y ella se encarga de todo. Aunque el rey nos mataría a las dos si se enterara de que me estoy deshaciendo de sus hijos. Los esclavos no tienen permitido tomar ese tipo de decisiones.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza, al tiempo que el horror se le colaba en el estómago como un cosquilleo frío. Los carteles de explotación sexual de los que había oído tenían condones, pero también recurrían al misoprostol, que era la píldora del día después, y también una medicación antiúlceras que provocaba abortos.

Ciara continuó en un susurro:

—A veces desearía haber muerto con mi familia… Cada hijo que perdí se ha llevado una parte de mi alma con él. No sé si me queda algo.

Al diablo con esos malditos vikingos. Al diablo con los hombres que creían que estaba bien adueñarse de otro ser humano.

—Ciara… —Ella la abrazó por los hombros e ignoró el hedor a cuerpo sucio. Le dio la sensación de estar abrazando un recipiente vacío. Quizás la mujer se había dado por vencida, pero a lo mejor aún había algo que Ella podía hacer por ella.

Ella no era la esclava de nadie, ni tampoco permitiría que ninguna mujer fuera una esclava. Solo necesitaba encontrar la manera de escapar. Era evidente que Harald no la iba a ayudar a regresar a casa, de modo que debía encontrar otra forma.

—¿Cómo sabes acerca de los viajes en el tiempo? —le preguntó.

—Por una vieja historia picta. Un hada que perdió al amor de su vida y siempre busca la manera de hacer que los humanos conozcan al suyo.

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, ¿y el rey Harald? Mencionó algo acerca de una norna.

—Ah, sí. Una *völva*, que es una vidente, una bruja, oyó la profecía de la norna y acudió al rey Harald mientras se encontraba en Lomdalen, con el *jarl* Hakon, y le dijo que tenía que matar a Ulf, el hijo del *jarl*. Las nornas son los tres seres más poderosos del mundo. Gobiernan las vidas de los mortales y de los dioses. Dicen que a una de las nornas le alegra en particular ver a los seres humanos viajar en el tiempo para encontrar su destino. Al igual que el hada de las Tierras Altas.

Al igual que Mia, la madre de Channing, que había nacido en el siglo XXI, pero había viajado en el tiempo al siglo IX, donde había encontrado al amor de su vida y había dado a luz a Channing, que debía haber vivido en el siglo XXI. Sin embargo, él había nacido en el siglo IX, había vivido en el siglo XXI desde los dieciocho años, y solo quería regresar con su familia.

Y ahora Ella… había nacido en el siglo XXI, y se encontraba prisionera de Harald en el IX. De seguro ese no podía ser su destino. No permitiría que ni Harald ni nadie la retuviera en ese lugar en contra de su voluntad. Y tampoco permitiría que otra mujer fuera una esclava allí.

Miró a Ciara a los ojos castaños.

—¿Sabes dónde se encuentra Lomdalen?

Ciara frunció el ceño.

—Sí, hacia el norte.

Ella asintió con la cabeza.

—Perfecto. ¿Tienes ganas de salir de aquí?

CAPÍTULO
CUATRO

Llegó el día siguiente, cuando estaba programada la audiencia para liberar a Channing bajo fianza. Había tenido una reunión con Giana, su abogada, pero le había dicho que, con tanta agitación, tantos robos, asaltos y asesinatos, las cárceles y las cortes estaban abarrotadas, y su audiencia podría quedar pospuesta.

El día vino y se fue. El siguiente también. La celda en la que lo habían retenido junto con otras treinta personas se estaba caldeando. Se habían desatado tres peleas, una de las cuales había terminado con un hombre inconsciente al que sacaron de la celda en una camilla. Channing estaba sucio, exhausto de dormir sentado en un banco en intervalos de diez minutos y perdiendo la cordura de la preocupación de pensar en qué le estaría pasando a Ella.

Les llevaban comida una vez al día. Al parecer, la escasez de alimentos mundial también había llegado a la comisaría. Los criminales hambrientos, exhaustos y nerviosos, algunos de los cuales eran drogadictos atravesando una fase de abstinencia, no eran los mejores vecinos. Sus compañeros de celda estaban vestidos todos de manera diferente. Era evidente que algunos estaban en situación de calle, mientras que otros eran gente común y corriente.

Channing era el único que llevaba puesto un traje de negocios, y la luz que titilaba encima de su cabeza se reflejaba en las puntas de los zapatos negros brillantes. También era el único que vivía en un *penthouse* en la cima del edificio Infinity Tower, en el centro de Boston.

Lo peor de estar en la cárcel no era encontrarse sentado en malas condiciones, ni el hambre, ni la falta de sueño, sino la impotencia de no poder hacer nada para encontrar a Ella.

Al tercer día, llegaron más hombres. Como no había suficientes asientos para ellos, se sentaron en el suelo. Channing le cedió su espacio en el banco a un hombre mayor, y se acercó a los barrotes para clavar la mirada en la pintura salteada de las paredes del pasillo. Deseaba que esa puerta se abriera y que llegara Ricardo para sacarlo de allí y llevarlo hasta el huso de oro. O Giana. O hasta su condenado abuelo, el jefe de la mafia, Leo Esposito. Le daba igual. Mientras pudiera ir directo hasta el huso de oro. Al cuarto día, la puerta se abrió, y Ricardo entró y, dichosamente, lo llamó.

—¡Hakonson! —Las llaves del detective repiquetearon mientras abría la puerta de la celda—. Te necesitan para una investigación.

Channing no se atrevía a guardar esperanzas. Ricardo estaba determinado a no mirarlo a los ojos y se concentraba en la tarea que tenía entre manos: esposarle las manos a las espaldas. Channing le permitió esposarlo mientras aguardaba el momento indicado para hacerle preguntas.

Luego Ricardo lo condujo a través de la comisaría al coche. Dejó que se subiera en la parte trasera, y Channing olfateó la libertad. Mientras se alejaban conduciendo, observó el condenado edificio desaparecer en la distancia.

—¿Y? ¿Vamos al puerto?

Ricardo lo miró con el ceño fruncido a través del espejo retrovisor.

—Sí.

A Channing le dio un vuelco el estómago.

—¿Y por qué te demoraste tanto? ¡Quién sabe dónde diablos está Ella ahora!

A Ricardo se le dilataron las fosas nasales, pero no despegó los ojos de la carretera cubierta de nieve.

—El capitán no estaba demasiado entusiasmado de liberar al sospechoso principal para que ayudara en la escena del crimen. Podrías destrozar las pruebas. Podrías escapar…

Si todo salía bien, eso mismo ocurriría. A lo mejor, Ricardo se metería en problemas, pero estaba arriesgando su carrera para ayudar a Ella, aunque no le creyera a Channing al cien por ciento.

—La amas —señaló Channing, y no fue una pregunta.

Ricardo no lo miró, pero parpadeó, y la boca le formó una delgada línea.

—Sí.

Allí estaba, la confesión más profunda que un hombre le podía hacer a otro. Amaba a la mujer de Channing. En cualquier otra circunstancia, Channing hubiera actuado de otro modo. Quizás le habría dado una advertencia. Pero ahora, en contra de cualquier probabilidad, eran aliados. Rivales unidos por un objetivo común: asegurarse de que la mujer a la que amaban se encontrara bien.

Con los ojos clavados en el camino, Ricardo añadió:

—Pero ella jamás me verá de ese modo.

Y asintió con la cabeza. No hacía falta decir más nada. Los dos sabían lo que significaba eso. Al cabo de un tiempo, se aclaró la garganta.

—Georgina y Munchie ya se encuentran allí. Los llamé. La máquina para viajar en el tiempo se encuentra en custodia policial. Aún no la han estudiado. Solo hay un par de oficiales cuidándola. No tenemos los recursos suficientes con todo lo que está pasando en este condenado invierno frío y la escasez de comida. Al parecer, más gente está perdiendo la razón con cada día que pasa.

Channing frunció el ceño mientras miraba por la ventanilla y automáticamente buscaba algún indicio de los lobos que habían estado acercándose a la ciudad y lo habían estado siguiendo para protegerlo. Sin embargo, no vio ningún lobo. Había más ventanas rotas y nadie se había molestado en cubrirlas. La nieve se amontonaba y era evidente que no había suficientes quitanieves como para despejar las calles y las aceras, que se habían convertido en bancos de nieve. Por todas partes, había fogatas en los callejones entre los edificios, rodeadas de siluetas oscuras de personas que se acurrucaban cerca de las llamas.

—Sinceramente, ni siquiera sé si a alguien le importa lo que te pase —añadió Ricardo—. Quizás por eso ha sido posible sacarte de

la cárcel un rato. ¿A quién le importa que haya otro criminal suelto con cientos de criminales nuevos todos los días? Todo está patas para arriba. A nadie le importa un pepino quién es un criminal cuando su hermano podría estar matando a su esposa y sus hijos por un trozo de comida.

«El Ragnarök…». Los hermanos matándose entre ellos… La era de la espada. La era del hacha. La era de los lobos… Según la *völva* que había ido al gran salón de su padre, todo era culpa de Channing … La culpa lo perforó como un avispón. Se inclinó en el coche.

—¿Y tu familia se encuentra bien?

Ricardo le dirigió una mirada afilada, como para verificar si hablaba en serio.

—Eh, sí. Aunque no es asunto tuyo… Nos las arreglamos.

—Qué bien.

—Llevé a mi madre y a mi hermana a la granja de mi tío en Carolina del Norte. Allí están más a salvo, y tienen algo de comida almacenada.

Channing asintió.

—Es una buena decisión. Habría hecho lo mismo.

Ricardo no respondió, y los dos siguieron conduciendo en lo que pareció un silencio extraño y cómodo hasta que llegaron al puerto, que seguía operando porque tenía que aceptar los cargamentos de comida, medicamentos y demás productos que llegaban a la ciudad y al país. La policía estaba por todos lados. Ricardo habló con uno de los agentes que se encontraba en la puerta de entrada y los dejó pasar. Las grúas que había frente al agua se movían cargando y descargando contenedores de vehículos.

Channing vio a varias personas con uniformes de policía hurgando en los depósitos y llevándose cajas de comida. Ricardo también los vio, y el rostro reflejado en el espejo retrovisor perdió cualquier expresión.

—El mundo está llegando a su fin.

Channing negó con la cabeza.

—Está bien. Alguien debería comer esos alimentos. Es peor si la comida se echa a perder cuando todos están pasando hambre.

Ricardo observó a sus colegas que pasaban por delante de la ventana y se volvió a concentrar en la calle.

Aparcaron afuera del edificio M05, y Ricardo se bajó del vehículo para abrirle la puerta. A Channing le resultó incómodo bajarse del coche con las esposas. Había dos coches más estacionados en la zona cubierta de nieve. Georgina y Munchie se bajaron de uno de los vehículos.

El estómago le dio un vuelco de alegría al ver a esas dos personas que habían hecho su tiempo en esa época casi tolerable. La doctora Georgina Brandon, una talentosa física graduada del MIT, era una mujer afrodescendiente de estatura baja y de unos treinta años. Caminó apretando el paso hacia Channing con una sonrisa enorme en el rostro. Channing jamás la había visto sonreír de ese modo, apenas la había oído soltar una carcajada, y se preguntó si, al igual que él había encontrado a Ella en el fin del mundo, ella habría encontrado el amor en un hombre con el que había trabajado durante seis años para construir una máquina para viajar en el tiempo. El hombre en cuestión, el doctor Miles Mochizuki, era alto y de ascendencia japonesa, y en ese momento caminaba a su lado y se comportaba protector. A Channing le gustó verlos juntos. De manera extraña, eran perfectos. Como equipo y como pareja.

Georgina abrazó a Channing mientras Munchie le daba una incómoda palmada en el hombro. Mientras devoraba unas barras de mango deshidratado de un pequeño paquete, Georgina miró a Channing de arriba abajo y luego se volvió hacia Ricardo.

—¿Sabe lo que vamos a hacer, detective Sánchez?

Ricardo asintió con la cabeza.

—Sí. Lo van a «enviar al pasado» —dijo algo escéptico.

Los tres intercambiaron una mirada.

—Sí —asintió Munchie imitando el tono del detective y sonrió.

Entraron en el edificio M05, y cuando Ricardo abrió la puerta, los dos policías que se estaban calentando las manos sobre un calefactor portable alzaron la mirada hacia ellos.

—Hola —los saludó Ricardo y avanzó hacia ellos mostrando confianza—. El juez ha permitido que estos testigos accedieran a la

escena del crimen para brindar pruebas que puedan ayudarnos a localizar a la detective O'Connor.

Los oficiales intercambiaron una mirada.

—Si usted lo dice, detective.

Sus expresiones de indiferencia absoluta confundieron a Channing durante un instante. Parecían más interesados en entrar en calor que en asegurarse de que Ricardo tuviera el permiso adecuado. Ricardo parecía sentir la misma sorpresa que él, pero tras reponerse del estupor, condujo a todos hacia la entrada del sótano secreto, que se encontraba completamente abierto. Pasaron por la cinta de seguridad amarilla y bajaron las escaleras.

El sótano estaba limpio. No había ni cocaína, ni sangre, ni cuerpos sin vida. Solo quedaban los agujeros de bala.

—De prisa —les instruyó Ricardo, y Georgina y Munchie avanzaron hacia el panel de control.

Mientras apretaban botones y giraban ciertas válvulas, Ricardo le quitó las esposas a Channing, que se masajeó las muñecas.

—Vamos… —masculló Georgina mientras los dedos volaban sobre las teclas.

Munchie se acercó al reactor y abrió la puerta, que revelaba un teclado pequeño con unas teclas verdes que destellaban. Sin dejar de masticar, se inclinó hacia adelante para mirar la pantalla.

—El motor está funcionando. —Cerró la puerta—. Déjame ver la máquina del tiempo.

Georgina seguía intentando tipear y apretar ciertos interruptores.

—De acuerdo.

Munchie miró el huso.

—Debe ser el daño de las balas. La integridad de la forma se encuentra comprometida. El balance delicado entre las runas y las medidas no funciona. —Recorrió el agujero de una bala con el dedo —. Pero han quitado la bala; probablemente, haya sido el equipo forense.

—¿Y qué sugieres? —le preguntó Ricardo.

Munchie iluminó el hueco con la linterna del teléfono.

—Tenemos que reparar el daño.

—¿Cuánto tiempo va a llevar? —le preguntó Ricardo—. No tenemos todo el día.

—No llevará todo el día. —Munchie se enderezó, extrajo una pequeña bolsa de cacahuates y se llevó un puñado a la boca—. Por fortuna, tenemos una caja de herramientas.

Avanzó hasta la estantería que había contra la pared, extrajo un pequeño contenedor y lo colocó sobre el suelo de hormigón.

—Debería bastar para cubrir el hueco.

Se puso las prendas protectoras, una visera y unos guantes gruesos. Luego tomó una antorcha de gas de la misma estantería y la encendió. Una llama anaranjada y azulada lamió el oro. Al cabo de un tiempo, el material se redujo a líquido, y Munchie apagó la antorcha. Con cautela, se valió de unas pinzas para recoger el contenedor y llevarlo hasta el huso. Luego vertió el líquido en el hueco y usó una suerte de material para cubrir el hoyo y evitar que el metal se saliera.

—Ahora debemos aguardar —añadió Munchie al tiempo que se quitaba los guantes.

—¿Cuánto tiempo?

—El oro se solidifica en dos o tres horas.

Ricardo lo fulminó con la mirada.

—No tenemos entre dos y tres horas.

—Puede que no lleve tanto tiempo hacer que la máquina del tiempo funcione.

Tenía razón. Todo marchó sorpresivamente rápido. Al cabo de unos minutos, el huso comenzó a girar, y unos hilos dorados se formaron a su alrededor. Pero cuando pasaron por ellos, la zona donde había estado el agujero de bala era como una mancha de nada.

—¡Prepárese para marcharse, jefe! —le gritó Munchie.

Channing alzó la mirada al huso lleno de sospecha.

—¿Estás seguro?

—Es mejor marcharse ahora. —Munchie alzó la mirada hacia la entrada del sótano, donde habían aparecido los dos oficiales con expresiones llenas de preocupación en el rostro.

—¡Esto no se encontraba en el permiso! —gritó uno de los oficiales.

—¡Vete! —le gritó Ricardo a Channing.

Los pies de los policías resonaron contra las escaleras de metal mientras comenzaban a descender.

—¿Han introducido la fecha y el sitio indicados? —preguntó Channing a gritos.

—¡Sí! Puede que no funcione a la perfección… —Georgina rotó una válvula y la sostuvo—. ¡Pero no vas a tener una oportunidad mejor!

Con el estómago revuelto, Channing estiró la mano hacia los hilos de luz dorada que se movían y bailaban sin dejar de crujir. Recordó la última vez que lo había hecho: en el siglo IX, cuando una anciana con ojos glaciares le había entregado un huso y supo con total certeza que ese era el único modo de salvar a su familia.

Ahora lo volvía a hacer, para salvar a la mujer que amaba. Y cuando la mano rozó la superficie fría y suave del huso, dejó de girar. Todo se detuvo. Y, al igual que la última vez, unas hachas lo hicieron añicos y la oscuridad se lo tragó para sumirlo en el olvido completo.

CAPÍTULO

CINCO

El guardia que se encontraba afuera de la puerta de Ella estaba discutiendo con alguien. Su voz profunda tronó por encima de otra voz masculina que arrojaba insultos como «Come larvas», «Cabeza de verga de hormiga» y «Culo de cerdo».

Cuando la voz de Ciara se unió a la de los hombres, Ella se puso de pie de la pila de paja y aguzó el oído. Ciara intentó razonar con ellos y asegurarles de que lo único que necesitaba era que la dejaran pasar para llevar comida al cobertizo.

—No, yo me tiraré a Ciara, la esclava —dijo una de las voces masculinas.

—No te mereces tirarte a la esclava, verga de larva. No fuiste con el rey Harald al último ataque en las tierras del Báltico. Yo fui y le conseguí toda la plata y esclavos nuevos.

—Cierra el pico…

Así siguieron discutiendo en una confrontación que llegaba a ser completamente ridícula a los ojos de Ella, pero que, por otro lado, no era nada nuevo para sus oídos. Solo los insultos le resultaban más interesantes y las amenazas sonaban más reales, con las hachas y las espadas que de seguro colgaban de los cinturones de los dos guerreros.

Ella echó un vistazo por un hueco en la pared. Afuera, el aire se veía gris y neblinoso en el crepúsculo. En varios puntos había antorchas que iluminaban las calles de tierra. Unas nubes de humo oscuro se alzaban de los agujeros de los tejados hacia el cielo

blanquecino. En la aldea reinaba el silencio, a excepción de los dos guardias, y la mayoría de las personas se encontraban en sus hogares cenando y probablemente conversando acerca de las ovejas, las vacas, los peces o los sucesos del día.

De seguro no hablaban de si habían pasado el día cavando un hueco debajo de la pared con las manos hasta que les sangraron las uñas. O si habían soñado con el pastel de carne de su madrastra o con su hermano cantando y bailando la canción *Thriller* de Michael Jackson. O con su padre, que siempre tenía una mirada de acero llena de sospecha y se suavizaba al mirarlos.

Todo eso era lo que aún podría tener si lograba escapar y encontrar la manera de regresar a casa. Ciara conocía el camino. Y Harald también. Channing también lo habría conocido, pero no se encontraba allí. Sin embargo, su madre se encontraba en Lomdalen, y Ella debía llegar allí.

—¡Oigan! —gritó Ella—. ¿Y si toman a una mujer del futuro?

De repente se hizo un silencio tan absoluto que pudo oír el canto de los grillos.

—Sí… —Miró alrededor con frenesí en busca de algo que la ayudara a luchar contra ellos—. Ni siquiera el rey Harald me ha tomado. Uno de ustedes podría ser el primero.

La mesa era lo único que podría usar a su favor. Tenía que volver a intentarlo. Colocó las manos en la esquina y la empujó prácticamente hasta colocarla en un ángulo de cuarenta y cinco grados, clavando los zapatos contra el suelo. Quizás era la desesperación, pero algo le daba fuerzas y, de algún modo, la mesa se movió. Como un arado, ablandó el suelo de tierra. Ella contuvo los gruñidos y siguió empujándola por el cobertizo.

—Nunca dijo que era suya… —racionalizó uno de los guardias.

—No, es cierto. Pero siempre tiene que haber uno de los dos haciendo guardia. Así que no quiere que nadie más la toque.

—O no quiere que huya —sugirió el primero.

—Por favor, no la lastimen… —les pidió Ciara.

Mientras la mesa se movía, Ella esperaba que fueran lo bastante tontos como para no preocuparse por que el rey Harald se enfadara y se tentaran lo suficiente para irrumpir en el cobertizo. La mesa

seguía removiendo la tierra con la pata delantera mientras la empujaba con todo el cuerpo.

—Es una prisionera —dijo el otro—. El rey Harald pronto la convertirá en una esclava. Podemos lastimarla si es una esclava. Una esclava no es nada.

«Vergas de hormigas», pensó Ella.

—¡Una esclava es algo! —gruñó y los músculos del cuello le dolieron—. Soy un ser humano. Ciara es un ser humano. Y no estoy segura de poder decir lo mismo de ustedes. Ella no los desea, pero yo sí.

De nuevo se hizo el silencio.

—¿Deseas a uno de nosotros? —le preguntó uno de los guardias.

—Sí. —La mesa por fin se había deslizado hasta llegar al lado de la puerta. No estaba en el sitio perfecto ni en la mejor posición, pero allí estaba, y era su mejor oportunidad de escapar—. Quizás a los dos.

Se subió a la mesa y se acercó al borde para poder actuar rápido. Por último, se pegó contra la pared.

—He dicho que pueden venir aquí y tirarse a la mujer del futuro que ni siquiera el rey Harald ha tocado.

En el exterior, volvió a reinar el silencio. Era probable que los dos hombres estuvieran considerando la propuesta.

—Bueno —comenzó uno—, el rey nunca le prohibió a nadie tocarla…

La puerta se abrió de par en par y se golpeó contra la pared. En el momento en que el primer gigante puso un pie en el cobertizo, Ella lo aporreó en la cabeza. El hombre gruñó, se meció y se giró hacia ella con una mueca de perplejidad en el rostro. Aprovechándose de la desorientación temporal, Ella le quitó la espada de la vaina que llevaba en la espalda. Mientras la alzaba, los brazos se le hundieron con el peso del arma. Tras soltar un gruñido, la alzó desde la empuñadura para golpearle la sien al guardia, que soltó el aliento, puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo.

El segundo guardia, que se encontraba a tres o cuatro pasos de la puerta, observó la escena con el mentón colgando y clavó la mirada en su amigo inmóvil, como si estuviera viendo a un unicornio

destellante con un cuerpo coloreado como un arcoíris. Ciara tomó un trozo de madera de la pila de leña que había al lado del cobertizo y lo golpeó en la nuca.

Se oyó un sonido apagado, pero el hombre no se cayó. Los ojos se le agrandaron y mostró los dientes, adoptando una máscara de ira y volviéndose hacia la esclava. Le sacó volando el trozo de leña con un movimiento ágil de la mano. Luego la sujetó de la garganta y la alzó en el aire con un brazo. Ciara agitó los brazos y las piernas con los ojos abiertos de par en par y el rostro sonrosado.

En silencio, Ella saltó de la mesa y salió del cobertizo. Alzó la espada con las dos manos, y una pequeña parte de ella se maravilló de lo bien que se sentía sostener ese tipo de arma, y lo fuerte y grácil que la hacía sentir la espada. Alzar una pistola era diferente. Sin dudas, era algo poderoso, pero no como eso. Era como si la espada tuviera energía a su alrededor y se la estuviera dando a ella. Era como si hubiera nacido para sostener una espada.

Apretó la punta de la hoja contra el cuello del vikingo.

—Suéltala.

El guerrero relajó los dedos, y Ciara se cayó al suelo como una pila de piedras, sin dejar de toser y jadear en busca de aire. Despacio, el guardia se giró con los ojos duros como el acero.

—No escaparás.

—Ya lo veremos. Entra. —Asintió hacia el cobertizo.

Al vikingo se le tensó el mentón debajo de la barba, y el pecho le subió y bajó más rápido. Despacio, sin quitarle los ojos de encima, entró en el cobertizo y se tropezó con su amigo caído. Ella cerró la puerta y bajó el pestillo de madera. Sin perder ni un segundo, el guardia comenzó a golpear la puerta.

—¡Prisionera a la fuga! ¡Prisionera a la fuga!

Luego Ella oyó el inconfundible ruido de un hacha talando madera.

—¡Prisionera a la fuga! —volvió a gritar.

Ciara se puso de pie sosteniéndose el cuello y sin dejar de toser.

—Por aquí, Ella. —Señaló hacia el fiordo—. ¡Huye! Llévate el bote, es la mejor posibilidad que tienes.

Ella asintió y echó a correr con Ciara a sus espaldas. La madera del cobertizo se quebraba con cada hachazo del guardia, que no dejaba de anunciar a gritos el escape. Mientras corría, varios hombres y mujeres se asomaron de las casas con los rostros alerta. Los pies de Ella se golpeaban contra el suelo seco de tierra mientras corría pendiente abajo y adquiría velocidad.

A sus espaldas, en algún punto en la distancia, varias voces masculinas gritaban, y supo que debieron de estar pisándole los talones. Ella y Ciara pasaron corriendo por una puerta abierta y llegaron a la orilla del fiordo. La gravilla resonó bajo los zapatos de Ella. El pecho le empezó a doler mientras luchaba por respirar entre jadeos.

Había al menos una docena de botes en el puerto improvisado de la playa, y un enorme barco vikingo se encontraba a casi un metro de distancia. Ella y Ciara corrieron hacia el último bote, y Ciara lo desató para ayudar a que Ella se subiera antes de comenzar a empujarlo.

—¡Rema! —le ordenó Ciara.

—Súbete —le respondió Ella.

—Ya voy. Comienza a remar mientras desato los otros botes. ¡De prisa, muchacha!

Ella le hizo caso. Nunca antes había remado un bote, pero como había usado una máquina de remo en el gimnasio en varias ocasiones, dejó que su cuerpo hiciera lo que se sentía correcto. Por milagro, funcionó, y se alejó cada vez más de la costa. Las voces se oían cada vez más cerca, muchas eran voces masculinas que Ella había oído en otros momentos. Ciara estaba desatando los otros botes y arrojaba los remos al fiordo antes de empujarlos hacia el agua. Al poco tiempo, la costa comenzó a alejarse en la distancia, y una línea de botes vacíos la siguió.

Cuando la multitud llegó a la playa de la aldea, Ella apretó el paso, moviendo los remos lo más rápido que pudo, y los hombros le ardieron. El rey Harald estaba gritando y la señalaba con la mano a ella y luego a Ciara.

«¿Por qué no huyes, Ciara? ¡Huye!». Pero la muchacha no huyó. Ni siquiera miró a los vikingos. En lugar de eso, la miró a Ella. «Sé

libre…», creyó que le dijo desde la distancia.

Un escalofrío gélido la recorrió entera al tiempo que una premonición oscura la apretaba como una mano invisible.

Antes de que pudiera dejar de remar para hacer algo… lo que fuera… Harald se ciñó sobre Ciara. Sin quitarle los ojos de encima a Ella, le sujetó el cabello a la esclava, le echó la cabeza hacia atrás y le cortó la garganta. La sangre le manó por el cuerpo como el vino de una botella rota, y la muchacha colapsó en el suelo y no se movió. Ella se quedó conmocionada.

Una esclava picta había dado su vida para que ella pudiera ser libre. Qué tonta había sido. Debería haber insistido más en que fuera con ella. Debería haberla arrastrado al bote. Debería haber sido Ciara quien escapara, pero en lugar de hacerlo, le había dado el regalo más valioso de todos, en especial para una esclava: el de la libertad.

Casi una docena de personas se había metido al agua y comenzaba a nadar persiguiendo los remos y los botes. Una línea de hombres se encontraba de pie a lo largo de la costa y colocaban flechas en los arcos. Alguien exclamó:

—¡Apunten! ¡Disparen!

Varias flechas pasaron volando alrededor de Ella y cayeron al agua como pesadas gotas de lluvia. Cuando una de las flechas asestó en el remo a menos de un centímetro de su pulgar, se recuperó del estupor.

Tenía que moverse. Tenía que huir. No podía permitir que el sacrificio de Ciara se desperdiciara. Llena de determinación, remó. La adrenalina le afectó el sistema como la cafeína con esteroides, y Ella comenzó a mover los brazos hacia arriba y abajo para alejar el bote de la costa. Llegó una nueva lluvia de flechas, seguida de otra a los pocos segundos. Luego dos más… Al cabo de un tiempo, perdió la cuenta.

Había tenido suerte, era como si tuviera un escudo invisible que la protegía de las flechas… hasta que la suerte desapareció. Sintió una llama de fuego en el hombro izquierdo cuando una fuerza imparable le arrojaba el brazo hacia atrás y caía en el fondo del bote. Mientras intentaba incorporarse con el brazo derecho, gritó al

ver la flecha que le perforaba los tejidos suaves del hombro. El remo izquierdo flotaba en el agua, detrás del barco, completamente fuera de su alcance.

La sangre fluía alrededor de la flecha y se veía intensa en contraste con el blanco agrisado del vestido. Un dolor le desgarró el hombro como unas garras y, sin poder detenerse, gritó. Desde la costa se oían vítores, y las flechas siguieron asestando en el agua a todo su alrededor. Una de ellas asestó en el bote, al lado del pie.

La sangre comenzó a manarle de la herida más rápido. Tenía que hacer algo para detenerla, pero primero tenía que llegar a un sitio a salvo. La muerte se encontraba allí una vez más, en el aire que la rodeaba, en el fiordo, que para esa altura le resultaba demasiado familiar. No podía remar con un solo remo. Tarde o temprano, la alcanzarían.

Indefensa y cegada por el dolor, observó la aldea de Harald desvanecerse en la distancia, y su silueta alta de pie en la costa no le quitaba la mirada firme de encima. Al poco tiempo, las flechas dejaron de alcanzarla y, tras algunos intentos vanos más, dejaron de disparar.

En el fiordo se hizo el silencio, que solo quedó interrumpido por el agua que salpicaba contra los costados del bote y el corazón que le latía desbocado en los oídos, lento y ensordecedor.

Cada aliento que daba le producía mucho dolor. Al cabo de un tiempo, cuando la aldea quedó apenas visible, se bajó la mirada a la herida. Estaba perdiendo sangre, toda su manga y la mitad de la camiseta estaba empapada del líquido carmesí. Un charco de sangre se había formado en el fondo del bote. La adrenalina la había abandonado, y la somnolencia se apoderó de ella.

Cuando ya no pudo ver más la aldea, soltó un largo suspiro. Sabía que no debería quitarse la flecha hasta que recibiera ayuda médica y tuviera los medios necesarios para detener el sangrado. Intentó quebrar la asta, pero el movimiento la sumergió en un mundo de agonía tal que tuvo que detenerse. No le quedaban fuerzas en el cuerpo para quebrar la madera, en especial en ese ángulo.

Necesitaba ayuda y la necesitaba pronto, porque de lo contrario moriría por la pérdida de sangre o por una infección. Despacio, se recostó de lado en el fondo del bote y casi perdió la consciencia del dolor. Comenzó a temblar de frío, de conmoción y de cansancio físico. Tenía miedo de cerrar los ojos y quedarse dormida porque quizás ya nunca más los volvería a abrir.

Pero el suave mecer del barco y las rítmicas salpicaduras de agua contra la madera hicieron lo suyo, y pronto la oscuridad se la llevó.

CAPÍTULO

SEIS

Channing abrió los ojos mientras el dolor le aplastaba los huesos y los músculos.

El cielo gris blanquecino le cubría la cabeza, y las copas de los árboles a su alrededor se habían teñido de tonos amarillos y anaranjados. El viento agitaba las hojas y acarreaba unas voces distantes. Olía a vegetación, como a tierra húmeda y setas, como a hojas en descomposición y a bosque. Y había un aroma intenso a pescado ahumado en el aire.

«No hay nieve». Channing se sentó y miró alrededor. A unos pasos de distancia, se encontraba la piedra cubierta de runas, de color gris claro, con oscuras manchas de arena y dos filas de runas nórdicas en el centro de un patrón complejo con cuerpos de lobos y dragones entretejidos.

«Lobos y dragones. Ragnarök… Ella…».

Channing se puso de pie con la cabeza vacía. Eso se veía bien. A lo mejor, la máquina del tiempo había funcionado. No tenía dudas de que se encontraba en Noruega, pero ¿en qué año?

Se apresuró a bajar la colina para dirigirse hacia el lugar del que provenían las voces y al poner un pie en un sendero transitado, la vista del fiordo entre las montañas hizo que el corazón le diera un vuelco. Al final del sendero, se erguía una aldea con tejados de paja, casas comunales sin ventanas y nubes de humo que salían de unos agujeros en el techo. Los hombres tenían puestas túnicas y

pantalones holgados, mientras que las mujeres llevaban unos vestidos con delantales y trenzas largas.

Un *drakkar* se encontraba anclado en la costa a la distancia. ¡Estaba en la época vikinga! Estaba en casa. Había llegado a casa.

Se tomó unos instantes para calmar la conmoción. Durante catorce años había anhelado respirar ese aire, ver esas casas y el fiordo y oír ese silencio. Durante catorce años, había querido alejarse de los rascacielos y las multitudes, de los teléfonos móviles, el olor a gasolina y el constante alboroto de las sirenas.

Y ahora lo había logrado. Había funcionado. Lo había conseguido. Tras años de investigación, millones de millones invertidos y dos brillantes mentes científicas… había doblegado el mundo a su antojo. Había desafiado al destino.

Mientras corría por el sendero, una gélida bocanada de aire lo dejó sin aliento. Captó algo grisáceo y amarronado por el rabillo del ojo y, cuando miró entre los árboles, divisó a los lobos.

De seguro, se trataba de una coincidencia. Seguía con el traje y la camisa de vestir, tenía los zapatos italianos manchados de barro y se estaba congelando. Qué extraño era ser un hombre moderno en el brutal mundo nórdico.

Mientras seguía descendiendo la colina hacia la aldea, los zapatos se le deslizaban contra el barro y las piedras que había en el sendero.

¿Estaría Ella allí? ¿Estaría en alguna parte de ese siglo y ese país? ¿Seguiría viva? La iba a encontrar para enviarla de regreso a su hogar.

El aire limpio le perforó los pulmones como témpanos y le produjo un ardor en el pecho. Las cimas de las montañas estaban cubiertas de blanco y los acantilados eran de granito gris.

Allí podía sentir la presencia de los dioses, que lo observaban invisibles y poderosos. Si él era el motivo del Ragnarök, de seguro lo estarían observando porque les pondría fin a ellos.

Un cuervo cantó por encima de su cabeza… ¿Sería la señal de que Odín lo estaba observando en ese preciso momento? Los lobos que lo habían rastreado debían de ser los descendientes de Fenrir, el hijo de Loki.

¿Sería que esas nubes plomizas que colgaban por encima de las montañas como una cortina de hierro estaban cargadas de truenos y relámpagos? ¿Acaso Thor intentaría atacarlo con el Mjölnir?

Un gallo cacareó en alguna parte del sendero. A los pocos segundos, volvió a cacarear. ¿Sería un gallo común y corriente o uno de los gallos que anunciaban la llegada del Ragnarök?

Vio que alguien se acercaba por el sendero en la distancia y se detuvo en seco. Se llevó la mano al sitio vacío que se reservaba para cargar la espada… Pero no tenía ni una espada, ni un hacha. Ni siquiera un palo de madera. En el siglo XXI, se había vuelto autocomplaciente y se había acostumbrado a la seguridad relativa del mundo civilizado, aunque seguía practicando con la espada para mantenerse en forma y prepararse para regresar a la época vikinga.

Se volvió hacia la izquierda y se ocultó detrás de un gran pino que crecía al otro lado del sendero, luego echó un vistazo a través del árbol. El hombre que se acercaba por el sendero tenía un hacha que le colgaba del cinturón y una cesta para recolectar alimentos. Entrecerró los ojos al tiempo que una ráfaga de aire gélido le soplaba en el rostro y le arrojaba el largo cabello gris hacia atrás para revelar un rostro arrugado y curtido.

Si Channing hubiera tenido algo de plata u oro, lo habría cambiado por el hacha, aunque fuera para cortar leña. Necesitaba saber dónde estaba y qué tan lejos de Lomdalen se encontraba. Si el anciano decidía atacarlo, Channing apostaba que se podía proteger sin arma, pero antes, intentaría asegurarse de que no llegara a eso.

Dio un paso al costado del árbol y alzó los brazos en un gesto de paz. El hombre se detuvo, guardó silencio y apoyó la mano casualmente en el mango del hacha que le colgaba del cinturón. Solo tenía un ojo, el otro estaba tapado por un parche de cuero marrón. Lo recorrió de pies a cabeza con una mirada lenta, y el ojo gris le brilló de curiosidad. A Channing le resultó de lo más extraño y se preguntó si un hombre normal no tendría miedo de alguien vestido tan distinto.

—¿Dónde estoy? —le preguntó Channing, y las palabras habladas en nórdico antiguo le resultaron agradables y fáciles a la lengua.

—Estás donde debes estar, ¿no?

Channing parpadeó y dejó caer los brazos a los laterales. Qué respuesta más curiosa. Y por fortuna, no era una respuesta agresiva.

—Necesito llegar a Lomdalen. ¿Sabes dónde está?

El hombre asintió lentamente, y el ojo se movió a los arbustos y la vegetación que crecía y yacía entre los árboles, para ver pieles marrones y grisáceas que se movían con sigilo mientras los lobos aguardaban con las cabezas gachas y los hombros encorvados, jadeando como perros y sin quitarles la mirada de encima.

—Ve hacia el norte y hacia el oeste —le respondió el hombre sin mirarlo, y una expresión taciturna le asomó al rostro. Luego alzó la mirada hacia el cielo, donde una docena de cuervos volaban y graznaban por encima de sus cabezas. Con la mano izquierda, formó una línea recta y señaló el bosque que crecía sobre la pendiente de la montaña—. Ve al norte a través del bosque hasta llegar al siguiente fiordo. Luego síguelo hacia el oeste.

Channing sintió inquietud en la boca del estómago.

—Gracias. Supongo que no estás interesado en hacer un intercambio por estas prendas.

Se llevó las manos a la chaqueta del traje y la abrió. Eso era lo único que podía intercambiar y, a pesar de ser una prenda de lo más impráctica en la época vikinga, la tela extraña podría interesarle a un comerciante rico. Además, de ese modo, podría obtener prendas viejas y un hacha. Channing accedería de buena gana a eso. Tenía muchos desafíos por delante, y el hecho de no tener arma y encontrarse vestido como un forastero era uno. En esa época, los forasteros eran peligrosos.

El hombre lo estudió con su único ojo.

—Se avecina un gran invierno y la gente solo habla de pieles. Te será mejor cambiar un zorro o, mejor todavía, uno de esos —concluyó arrojándoles una mirada a los lobos.

Un gruñido bajo se oyó de entre los árboles, y Channing volvió la cabeza para mirar a los lobos. Uno de ellos miraba al anciano con la cabeza arrugada, los dientes al descubierto y la cabeza gacha.

—Los malditos lobos… —masculló, pero cuando volvió a mirar al hombre, el sendero frente a él se encontraba vacío.

Con el estómago hundiéndose, miró alrededor.

—¡Oye! ¿A dónde has ido?

Diablos, ni siquiera sabía el nombre del hombre. Los cuervos siguieron graznando encima de su cabeza, volando en círculos. Consideró dirigirse hacia la aldea, pero sabía que el hombre tenía razón: nadie iba a considerar un intercambio por sus prendas, no cuando se avecinaba la mayor amenaza para la gente que habitaba en el norte: el invierno. Podría pedir caridad, rogarle a la gente que le dieran algo que a lo mejor les sobraba, o encontrar trabajo en la aldea.

Cuando estaba a punto de continuar por el sendero, de algún lado a la derecha en el bosque, oyó un sonido. Un grito desesperado… El relincho de un caballo… Provenía del norte, exactamente donde el hombre le había dicho que debía dirigirse.

Arrojó una última mirada a la pequeña aldea. Siempre podía regresar allí, pero si alguien necesitaba ayuda, tenía que intentar ayudar.

Se volvió en el sendero y trotó entre los arbustos hacia el grueso bosque de pinos, colina arriba. Los zapatos se le hundieron en la alfombra de pinochas suaves y húmedas. Era un territorio desparejo e inconveniente, y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas y su concentración para evitar las raíces de los árboles viejos, o saltar por encima de un árbol caído para evitar el sotobosque impenetrable y prevenir caídas.

Diablos. Durante catorce años, había trotado sobre el asfalto, que era duro y parejo. Ya no estaba acostumbrado a correr en la naturaleza.

Siguió corriendo, sintiendo la herida de la espada de Eirik en el hombro que le dolía, y la herida del hacha de Ragnar en el otro. El bosque se fue oscureciendo cada vez más, y los gritos y alaridos se fueron alzando más cuanto más se adentraba en el bosque.

Pudo olerlo antes de verlo: el olor acre a sangre y excremento. Había gente luchando. Entre los pinos, divisó una túnica azul y otra blanca. Eran dos hombres que se atacaban con espadas. Entre ellos, varios hombres yacían ya muertos en el suelo, con hachas y espadas que les sobresalían del cuerpo. Channing tragó un nudo doloroso. Hacía mucho tiempo, cuando todavía era vikingo, ver muertos le

había resultado terrible, pero normal. Ahora, experimentó un escalofrío en la columna vertebral.

¿Qué le había hecho el siglo XXI? El ruido de una espada chocando contra otra le llamó la atención.

—¡Yo maté al ciervo! —le gritaba uno de los hombres al otro en el rostro.

—¡Mi flecha le asestó en el corazón! —exclamó el adversario.

A diez metros, yacía un hermoso venado con los ojos clavados en Channing, pero ya no veían nada. Tenía unas astas grandes y hermosas que parecían las ramas del Yggdrasil.

—¡Siempre has estado celoso de mí! —El primer hombre blandió la espada contra el otro al tiempo que gruñía una palabra por cada ataque—. ¡Soy el favorito de nuestro padre!

—Ya no lo eres —rugió el segundo. Alzó la espada como si estuviera a punto de atacarlo, pero cuando su hermano alzó la hoja para bloquearlo, el segundo trazó un arco desde el lateral y le desgarró el estómago.

El moribundo abrió la boca de la sorpresa y soltó un gruñido. Mientras caía al suelo, clavó la mirada en Channing. Al poco tiempo, no se movió más.

Su hermano se dio vuelta con la espada sangrienta en la mano. Mientras avanzaba hacia Channing, la sangre le chorreó del arma, los músculos le sobresalieron debajo de la túnica, y una expresión de amenaza le asomó al rostro cubierto de tatuajes. Channing volvió a ver el salvajismo y la desesperación.

«Hermanos matándose entre ellos… La era de la espada… La era del hacha».

El hombre no le preguntó quién era ni qué hacía allí. No había nada en sus ojos más que sed de sangre. Cuando echó a correr con la espada alzada por encima de la cabeza, el viento sopló nieve contra sus rostros, y Channing sintió que los copos duros se le clavaban como abejas enfadadas. El cielo se oscureció por encima de ellos, y el mundo se sumergió en el crepúsculo.

Channing retrocedió. Vio un cuerpo a unos pasos a la derecha con un hacha que le sobresalía del pecho y se acercó a él a toda prisa. El hermano enfadado lo perseguía gritando algo ininteligible.

Tras asegurarse de que se enfrentaría a su atacante, Channing apoyó la mano en el hacha e intentó extraerla, pero no cedió. Jaló con fuerza y puso un pie sobre el cuerpo para hacer presión hacia abajo con la pierna rogando en silencio que el difunto lo perdonara por tratarlo sin respeto.

El hombre tatuado alzó la espalda y lo atacó. Sin embargo, la hoja nunca lo alcanzó. Sus leales acosadores, los lobos, se abalanzaron contra su enemigo como una ola voladora de pelaje, dientes y garras. La manada de lobos gruñó, aulló y sollozó mientras se devoraba al hombre que no dejaba de gritar antes de soltar un gorjeo húmedo y morir.

Los animales se apartaron con los hocicos cubiertos de sangre y olfatearon alrededor de Channing mientras trazaban un círculo y le rozaban las manos con el pelaje áspero. Luego desaparecieron. Lo dejaron solo en el medio de un viento que aullaba y la nieve que caía y comenzaba a cubrir los cuerpos sin vida para derretirse en charcos de sangre.

Channing se quedó de pie en el mismo sitio en el que había querido estar desde hacía catorce años. Se encontró a solas, en plena tormenta y nieve, rodeado de cuerpos sin vida.

El Ragnarök lo había encontrado y le había entregado lo que quería: armas, prendas y suministros. Era todo lo que necesitaba para sobrevivir allí y, quizás, para provocar el fin del mundo.

CAPÍTULO

SIETE

—¿Se puede saber qué quieren? —les preguntó Channing a los lobos.

Los animales se limitaron a volver las orejas hacia él. Era el día siguiente a la masacre y, al parecer, ese evento había bastado para hacerle hablar con los lobos. Uno era grande… o, mejor dicho, gigante, y tenía la altura de un ciervo. Debía de ser el líder de la manada. Tenía pelaje negro y unos ojos blanquecinos que le brillaban como dos lunas plateadas. Tenía unos colmillos largos y afilados que no lograba ocultar del todo al cerrar la mandíbula; sobresalían por debajo del labio negro y le daban el aspecto de un monstruo. Por lo general, no se acercaba demasiado a él, pero ahora yacía en el suelo a una corta distancia y tenía la cabeza apoyada sobre las patas.

Channing empujó la leña hacia las llamas de la fogata.

—¿Eres Fenrir? —le preguntó al lobo.

La bestia alzó la cabeza y ladeó las orejas hacia él. Channing abrió la tapa de la olla y miró el agua hirviendo.

—Un lobo gigante derrotará a Odín en el Ragnarök. Thor lo matará, pero morirá luego de las heridas que le provocó Fenrir. —Removió el agua y añadió carne seca y sazonada a la sopa. Luego miró al lobo, que tenía la vista fija en él—. Eres el Ragnarök personificado, ¿no?

El lobo se incorporó para sentarse sin despegarle la mirada.

—¿Podemos olvidarnos de todo esto? —le preguntó—. Me dejan en paz, regresan al bosque, cazan conejos y se olvidan de mí.

El lobo bajó la cabeza.

—Mira, nadie quiere que el mundo acabe. Y tú no quieres morir en una batalla, ¿no?

Channing revolvió la sopa antes de añadir unos puñados de avena que había encontrado en las bolsas de los difuntos.

Había encontrado muchas cosas de utilidad luego de que los dos hermanos se mataran. Lo más importante de todo eran las prendas típicas nórdicas. Estaba avergonzado de haberle faltado el respeto a los muertos y haberles robado las prendas de los cuerpos antes de que se enfriaran, pero tenía que sobrevivir. Les había quitado las túnicas, los pantalones, los abrigos y los zapatos. Había tenido que combinar varios elementos, porque algunas prendas tenían cortes de espadas y hachas.

Como se había estado levantando una tormenta, había tenido que darse prisa. Lo más importante era crear una suerte de refugio. Por eso, usó el hacha para cortar palos largos y construir el marco de un refugio con forma de tipi. Luego cortó ramas largas de pinos y las colocó sobre el marco para generar aislación y protegerse de la nieve.

Era una construcción básica y precaria considerando que la había hecho en media hora. Pero, gracias a los pinos, quedaría protegido de la peor parte de la tormenta de nieve. Para cuando terminó de construir el refugio, la tormenta azotaba con mucha intensidad como para permanecer afuera. Channing les había quitado abrigos de pieles a los cuerpos y los había llevado al refugio, junto con cualquier bolsa que contuviera algo comestible. El interior era lo bastante alto como para que pudiera sentarse erguido, y los hombros le rozaban el tronco del árbol que había usado para construir el refugio y las ramas de los pinos que lo recubrían.

Había apoyado dos abrigos de piel sobre el suelo cubierto de nieve y usaría otros dos de manta. Temblando, se recostó en la oscuridad y oyó el silbido del viento y la caída suave de copos de nieve que las ráfagas acarreaban contra el tejado del refugio. Cuando entró en calor, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, la tormenta había cesado. Habían caído cerca de cinco centímetros de nieve. Channing desayunó pescado deshidratado. Luego rebuscó entre los cuerpos congelados y tomó más cosas de utilidad, como un pedernal para encender fogatas que significaría la diferencia entre la vida y la muerte en la intemperie, un cuchillo para limpiar pescado y animales y para comer, un hacha y la mejor espada que encontró.

Guardó toda la comida que vio y miró con pesar al hermoso ciervo que habían cazado los hermanos el día anterior. Ese animal lo podría alimentar durante una semana y, quizás, hasta diez días si lo racionaba. Además, podría usar el cuero para hacer zapatos o un cinturón, para reparar armas y para construir refugios. Pero no podía desperdiciar tiempo y energía con eso.

Había encontrado una buena bolsa de viaje y había empacado dos pieles de lobo más. Le serían de utilidad para dormir y mantenerse cálido, ya se había colocado una por encima de los hombros. Tomó la preciada olla de hierro, una cuchara y un pequeño cuenco. También se guardó todos los objetos de plata que vio, ya que podrían ayudarlo a costearse un sitio cálido donde pasar la noche y hasta protección militar. Todo eso podría ayudarlo a encontrar a Ella más rápido.

Cuando se colocó la bolsa en la espalda y el hacha y la espada en el cinturón, tomó un palo para caminar y recorrió el campo de batalla nevado con la mirada. Los cuervos habían comenzado a circular en el cielo por encima de los muertos, aguardando a que se marchara para darse un banquete.

Channing caminó con los lobos observando cada uno de sus movimientos. El anciano le había dicho que se dirigiera hacia el noroeste, y, siguiendo un solo pensamiento, avanzó en esa dirección. Hacia Ella.

La manada de lobos lo siguió como una sombra. Había hecho la primera parada cuando encontró un buen lugar para descansar. Era un sitio en el que no había nieve en el suelo, había suficientes árboles muertos como para encontrar leña y un arroyo con agua transparente a unos pocos metros de distancia.

Channing encendió una fogata para hacer una sopa. Luego comenzó a hablar con los lobos. El más grande lo miraba fijo. Channing sabía que en esa mirada no había consciencia, ni tampoco reflexión, comprensión o alma alguna.

—¿Por qué intento negociar con un predador? —masculló mientras se servía la sopa en el cuenco. Mientras bebía el líquido cálido que le calentó el cuerpo por dentro, el lobo al que llamó Fenrir se relamió—. Y, sin embargo, este predador me sigue como un perro leal.

Channing construyó un refugio similar al anterior para pasar la noche allí. A la mañana siguiente siguió avanzando en dirección noroeste.

Transcurrieron varios días. Cruzó bosques y montañas. Al cuarto día, llegó a un nuevo fiordo. Y al quinto día, se quedó sin comida. Pero eso no lo preocupaba tanto como Ella.

Ese día, una neblina se había asentado por encima del fiordo. Era tan gruesa que si quisiera podría comérsela a cucharadas. Era difícil de ver nada de lo que tenía delante. A pesar de la humedad, encendió una fogata. Y, al sentarse en el suelo a escuchar el crujido de las llamas, se quedó dormido.

—Ulf Hakonson.

Era su nombre nórdico, y no era el mismo que utilizaba en la época moderna. Su madre siempre lo había llamado Channing, su nombre celta, que significaba lobo, al igual que Ulf.

Cuando la voz lo despertó, se incorporó. Una pequeña silueta cubierta con una capa oscura se encontraba de pie delante de él… y se bajó la capucha.

El corazón se le cayó hasta los pies. Cada vez que veía ese rostro con mejillas arrugadas y rosadas, cabello blanco y ojos celestes como un glaciar, sabía que se encontraba en problemas. La última vez, lo había enviado al siglo XXI.

Channing se incorporó de un salto.

—Norna —la saludó.

—Tienes que despertarte y seguir la orilla en dirección oeste. De prisa. No le queda mucho tiempo.

Channing parpadeó.

—¿A quién? ¿A Ella? ¿Qué pasó?

La norna asintió con la cabeza.

—Date prisa.

Tras abrir los ojos, miró alrededor con frenesí, pero no vio a la norna. Solo había árboles y el suelo rocoso y embarrado cubierto de hojas muertas. La fogata casi se había extinguido. La neblina se había disipado bastante.

La norna le había dicho que se dirigiera hacia el oeste. Channing se puso de pie de un salto, metió el abrigo de piel en la bolsa y apagó el fuego. Sin perder un solo instante más, echó a correr hacia la orilla del fiordo.

A Ella no le quedaba demasiado tiempo.



Ella ardía. Las llamas le lamían la piel, la incineraban, la corroían y la hacían gemir, rogar y suplicar que se detuvieran. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que quedó a la deriva en el bote. Los bordes de las montañas se movían a su alrededor a ambos lados, y unas nubes grises flotaban por el cielo blanquecino sin fin. Todo se le había nublado. Se sentía muy débil y lo único que sentía era ese condenado fuego en el hombro. Un dolor eterno.

Era probable que muriera allí. La pérdida de sangre era una cosa, pero era evidente que tenía fiebre. La pobre Ciara había muerto en vano.

Y Channing … el hombre al que amaba como no había amado a nadie más… No debería haberlo apartado de su lado. Debería haberle creído, debería haber confiado en que era inocente. Debería haber usado cada segundo para besarlo, abrazarlo y respirar el mismo aire que él.

Debería haberles dicho a Ted, Gloria y su padre lo mucho que los quería a diario. Debería haber pasado más tiempo con Ricardo y con otros amigos que tenía antes de alejar a todos, convencida de que tarde o temprano todos la abandonarían.

Ahora era demasiado tarde. Moriría en alguna parte en el medio de un fiordo, en el siglo IX. A lo mejor los arqueólogos encontrarían su cuerpo. ¿Qué pensarían de ella? ¿Se preguntarían si había sido la esposa de un vikingo? Quizás verían la herida en el hueso del hombro y se preguntarían si habría sido una guerrera…

Probablemente estaba delirando. Tenía que mantener los ojos abiertos, pero le pesaban mucho. En breve, cayó el atardecer en el mundo. Las montañas se tornaron en formas ennegrecidas y el cielo, en tinta diluida.

El bosque se fue acercando… debía de estar acercándose a la costa. Podía distinguir las copas rizadas de los árboles y oír las salpicaduras del agua contra los laterales del bote cada vez más fuerte. Luego se dio de bruces contra algo y se detuvo.

¿Dónde estaba? Oh, cielos, si Harald la había encontrado, no podía defenderse ni huir.

Quizás estaba soñando. Sentía dolor, pero en los sueños también se podía sentir dolor, ¿no?

Ella tomó una profunda bocanada de aire y se preparó para la avalancha de dolor que sabía que sentiría y, al sentarse, casi se desmayó de la agonía.

Debió de haber aterrizado en una nube. La neblina pendía por encima del agua y la costa, espesa como la crema batida. Las siluetas obsidianas de los árboles, los peñascos y los acantilados se oscurecieron más con la neblina. Estaba tan tranquilo que casi parecía antinatural. No se oían cantos de aves, ni crujidos de hojas, ni zumbidos de insectos. Reinaba un silencio de sepulcro que le produjo un escalofrío en el cuerpo febril.

Luego una silueta se materializó en la orilla a través de la neblina. Una brisa suave la recorrió y le despejó la vista. Era una silueta femenina cubierta con un abrigo. La miraba de pie.

Podía… Podía pedirle ayuda…

Despacio, conteniendo los gemidos de dolor que la atravesaban como rayos de alto voltaje, se bajó del bote y casi se cayó al agua. Luego con la sensación de estar volando, subió la colina y avanzó hacia la silueta. El mundo entero se le movía de izquierda a derecha como si se encontrara en un barco en una tormenta.

Todo se nubló, y, al dar el siguiente paso, el pie la traicionó y pisó una piedra despareja. Ella perdió el equilibrio y se cayó en el suelo.

Todo el cuerpo le explotó de un dolor cegador. Soltó un grito, pero se ordenó cerrar la boca. Gritar en medio de ese silencio podría equivaler a una sentencia de muerte.

Se quedó congelada y respiró por encima de las pulsantes olas de agonía. Cuando volvió a abrir los ojos, se movió en el suelo cubierto de hojas secas y viejas y se sentó más erguida.

La silueta encapuchada se detuvo frente a ella, y Ella parpadeó como si estuviera obligándose a concentrarse y ver de quién se trataba.

Era una dulce anciana que parecía una abuela, con unos inteligentes ojos azules y unas mejillas redondeadas y rosadas. Llevaba el cabello blanco trenzado. Tenía puesta una capa oscura que cubría un vestido con un delantal de color verde tan intenso que a Ella le dolieron los ojos.

—Hola, querida —le dijo la mujer—. Lamento verte tan consternada.

Tenía la voz melódica y agradable de una anciana. Había algo en ella que le resultaba familiar… Algo que le produjo melancolía en el pecho y le aceleró el corazón.

—Eh… ¿Me puedes ayudar? —le preguntó Ella—. Necesito un médico.

La mujer se le acercó más y le tomó el rostro entre las manos. A Ella le dio un vuelco el corazón al mirarla a los ojos. Parecía como si no tuvieran fin. Había algo eterno e inquietante en la profundidad celeste de esa mirada.

—¿Crees que estás perdida, querida? —le preguntó la mujer—. Pero si estás en el sitio exacto donde debes estar.

—¿Qué…?

—El destino te ha traído hasta aquí, Ella. El Ragnarök se avecina, y tienes un papel más importante en él del que te imaginas.

La cabeza le dio vueltas, la oscuridad le fue cubriendo la visión. El Ragnarök… su papel… El dolor se apoderó de ella y le quitó el último aliento de energía.

—Confía en mí, querida… —le dijo como desde la distancia.

Luego dejó que la oscuridad se la llevara.

—¡Ella! ¡Ella!

Frío… Cielos, el añorado frío le estaba extinguiendo las llamas…

—Ella…

Esa voz… la reconocía. En una ocasión le había jurado lealtad y le había dicho que haría lo que fuera por ella…

—Ella, mi amor, despierta…

Pero no podía ser. Él se encontraba muy lejos. En otra época. No tenía manera de llegar hasta ella.

Mientras el frío en la frente la protegía del fuego, encontró la fortaleza para abrir los ojos. Por encima de su cuerpo ensangrentado, se encontraba un Channing cansado, pero muy querido.

CAPÍTULO

OCHO

Channing la sostuvo en sus brazos. Ella olía a sangre, a pescado y al fiordo.

La había encontrado a través del tiempo, de los enemigos y del mundo que se dirigía a su fin. Había encontrado a la mujer que había estado buscando toda su vida sin siquiera saber que la necesitaba. La mujer por la que respiraba, por la que le fluía la sangre y por la que el alma le anhelaba tanto como una plegaria.

—Ella… —le susurró contra el cabello enmarañado—. Lamento mucho que te haya ocurrido esto. Te ayudaré a recuperarte, te lo prometo. Te llevaré con mi madre.

Habló con el típico acento estadounidense con la esperanza de que, al oírlo, sintiera algo de consuelo. Extendió una piel de lobo por encima del suelo mohoso y, con cautela, la recostó por encima. La orilla se encontraba a unos pocos metros de distancia de la pendiente. Reinaba el silencio, y una extraña neblina pendía por encima del fiordo. Parecía comenzar a despejarse, pero no había ni una gota de viento.

Ella se veía pálida y, a juzgar por la manga y el lateral de la camisa cubiertos en sangre, había perdido mucha sangre. Gracias a los dioses, había dejado de sangrar, pero estaba más caliente que un horno. Sin dudas, tenía una infección… y eso era de lo más peligroso en una época sin antibióticos.

Tendría que llevarla a Lomdalen para que la examinara su madre… y luego de regreso al siglo XXI, lo más rápido posible. Pero

primero, tenía que quitarle la condenada infección del cuerpo. De seguro, la herida ya habría acumulado suficientes bacterias. Quizás hasta tenía algo de tierra.

Ella le acarició el lateral del rostro con la palma, y el roce le pareció un bálsamo relajante.

—¿De verdad estás aquí?

Channing le sonrió y se apoyó contra su mano, se la sujetó y se la apretó contra el rostro anhelando cada roce, cada caricia y cada momento con ella.

—Sí, Ella. Estoy aquí, aquí mismo, contigo.

Ella parpadeó, y el tinte rosado que le producía la fiebre en las mejillas se intensificó. A Channing no le gustó verle las pupilas dilatadas, la piel pálida o los estremecimientos que le recorrían el cuerpo. A pesar de que la había encontrado y sentía un gran alivio, ella aún no se encontraba ni remotamente fuera de peligro. Ella suspiró.

—¿Y cómo me encontraste?

—Una de las nornas vino a verme en un sueño y me dijo que me dirigiera hacia el oeste para encontrarte. Me dijo que no te quedaba demasiado tiempo, y tenía razón.

—¿En serio? ¿Qué aspecto tenía?

—Era anciana, con el cabello blanco, una trenza alrededor de la cabeza y los ojos celestes.

Tras oírlo, parpadeó.

—Es la misma mujer que me dijo que me encontraba donde debía estar y que tengo un papel mayor en el Ragnarök de lo que comprendo.

—Tú también viste a la norna… —murmuró—. Y no te dio el huso de oro. A mí tampoco. ¿Qué significa todo esto?

Ella cerró los ojos y tragó saliva.

—No lo sé. Pero no me gustan estas nornas. Qué seres más poderosos del mundo ni nada… ¿De qué sirve ser poderoso si vas a mirar el fin del mundo sin hacer nada al respecto?

—No es cierto. Me llevó hasta ti. —Miró alrededor—. Pero ahora lo más importante es cuidarte.

Channing no tenía medicamentos, ni tampoco materiales estériles. Ella había pensado que suturar su corte en su apartamento con un botiquín de primeros auxilios había sido un acto barbárico. ¿Y ahora? Lo único que tenía era un hacha, las prendas en la bolsa y el resto del botín que les había sacado a los hombres muertos. Y ya estaba en pánico.

Maldita época vikinga. Había vivido allí durante dieciocho años, y catorce años en el siglo XXI lo habían convertido en un hombre distinto. En un hombre satisfecho. Vivir en el futuro lo había ablandado y debilitado. Había aprendido a depender de la tecnología. Algo sencillo como la falta de electricidad retrasaría varios siglos a la humanidad. Allí, tenía que depender de sus habilidades de supervivencia y combate y de su fuerza física.

Pero debía ponerse en acción y, para empezar, tenía que encender una fogata, construir un refugio y tratar la herida de Ella lo mejor que pudiera con lo que tenía disponible.

—Aguarda aquí, tesoro —le susurró—. Te cuidaré. Estoy aquí.

Ella se aferró a él como una niña con una expresión de pánico en los hermosos rasgos. Channing detestaba verla así. Quería destrozar el mundo para asegurarse de que se encontrara bien.

—Buscaré leña y haré una fogata, ¿de acuerdo? Estoy aquí.

—Oh. —Ella asintió con la cabeza. Era evidente que estaba intentando controlarse—. De acuerdo.

Channing le dio un beso firme en la frente y se alejó en busca de ramas, musgo y césped secos que pudieran encenderse rápido. Recogió más leña para la fogata y turba para tratarle la herida. Al poco tiempo, las llamas jugaban en el campamento e iluminaban los ojos febriles de Ella, que se estremecía acurrucándose contra las prendas.

Channing había reparado en la pequeña catarata que caía en el fiordo colina arriba, había recolectado agua en la olla y la había puesto a hervir sobre las llamas. Tenía que hacer lo innombrable. Tenía que lastimar a esa mujer. Miró la pequeña daga que le había quitado a uno de los hombres.

—Debería funcionar. —Se mordió el labio e introdujo la pequeña hoja en el fuego asegurándose de que el mango estuviera a salvo de

las llamas.

—¿Para qué? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par y llenos de confianza.

Con el estómago anudado, Channing le pasó los dedos por el cabello.

—Tienes una infección. Tengo que detenerla.

Cuando Ella posó la mirada en la daga ennegrecida, el rostro perdió todo color.

—Oh.

—Lo siento. Tengo que hacerlo. Romperé la flecha y la quitaré. Por fortuna, parece un disparo directo al músculo. He tratado este tipo de heridas en el campo de batalla… Pero quemar la herida es la única forma de detener la infección.

Ella cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Apuesto a que te estás riendo del escándalo que hice cuando me pediste que te suturara el hombro.

—Cuando se trata de tu vida y tu salud, no me rio.

Ella soltó un suspiro y se echó hacia atrás.

—Hazlo. Puedo sentir la infección. La fiebre… el dolor… no puede ser peor que esto.

Channing le sujetó la mano entre la suya.

—Estamos a unos días de Lomdalen. No puedo arriesgarme a aguardar a llegar hasta mi madre. Pero si hago lo que puedo ahora, tendrás la oportunidad de llegar hasta ella. No puedo… —La voz se le quebró y tuvo que aclararse la garganta antes de continuar con más fortaleza de la que creía tener—. No puedo perderte. No otra vez.

En la profundidad de sus ojos febriles, había temor, pero su chica valiente no se deshizo. No sabía lo que le iba a hacer. Literalmente tendría que quemarle la carne mientras estuviera consciente, sin anestesia alguna, ni tampoco analgésicos o alcohol que la ayudara a perderse en el olvido.

—Esa mujer me dijo que confiara en ti —murmuró Ella—. Tú confiaste en mi para que te suturara. Confiaré en ti para que hagas lo que tengas que hacer. Estoy muy feliz de tenerte aquí…

Siguiendo un impulso, se inclinó y la besó, aferrándose a ella como si pudiera escurrírsele de los dedos. Ella tenía los labios calientes y secos y se aferraba a él con un brazo débil envuelto alrededor del cuello.

La amaba. La había encontrado. Jamás la dejaría ir…

Sin embargo, tendría que lastimarla. Con cautela, se apartó y apoyó la frente contra la de ella.

—Te llevaré a Lomdalen, te recuperarás, y encontraremos el modo de llevarte de regreso al siglo XXI, donde estarás a salvo. ¿Estás lista?

Ella asintió.

—Lo más lista que se puede estar.

Channing se quitó el cinturón de cuero de la cintura y se lo entregó.

—Muérdelo así no te muerdes la lengua.

Ella abrió los ojos de par en par, pero se recuperó pronto de la conmoción y aceptó el cinturón con la mano sana. En la pequeña olla, el agua había alcanzado el punto de ebullición. Channing desgarró una tira de la túnica que llevaba puesta para usarla a la hora de detener la sangre tras extraer la flecha de la herida. Introdujo las tiras de tela en el agua hirviendo para matar las bacterias y apartó la olla del fuego.

—Ponte de costado.

Ella le hizo caso y le dio la espalda.

—Muerde el cinturón, Ella. Voy a romper la flecha.

Luego de que se llevara el cinturón a la boca, Channing comenzó a extraerle la flecha con la mayor destreza posible. Ella gimoteó, y él se detestó por hacerle daño.

—Aguanta, tesoro. La voy a extraer ahora.

Ella asintió. Qué chica más fuerte y valiente.

Channing soltó el aliento y se tuvo que ordenar mantener la compostura. Había hecho eso varias veces cuando había luchado en la época de los vikingos, pero jamás le había gustado hacerlo. Además, lo había hecho con hombres, con sus hermanos de armas, que habían sido criados y entrenados para saber que la vida de un guerrero a menudo era una vida de dolor. Ahora, en cambio, estaba

con el amor de su vida. La mujer por la que moriría. Y, aunque preferiría cortarse un brazo antes que hacerle daño, tenía que seguir.

Hizo a un lado la culpa y el temor y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Intentó convencerse de que era igual que en los campos de batalla y de que era una de sus hermanos de armas que necesitaba ayuda.

Extrajo la flecha con un movimiento rápido. Ella soltó un gruñido largo de dolor lacerante amortiguado por el cinturón. Cuando la herida se volvió a abrir, la sangre comenzó a fluir, y Channing tomó las tiras cálidas de lino y las apretó contra la herida.

Luego todo se volvió una neblina, como en una película adelantada. Bajo los gritos de agonía de Ella, detuvo la sangre lo mejor que pudo. Se obligó a olvidarse que se trataba de ella y le apretó la hoja en llamas contra un lateral de la herida y luego contra el otro. El olor a carne quemada le remitió a una barbacoa y le produjo náuseas.

Los gritos de Ella le desgarraron el alma durante una eternidad y luego, de repente, se detuvieron. Channing le cubrió la herida con turba y se la vendó. La turba, que en siglo XXI se la conocía también como esfagno, mataba las bacterias y limpiaba la sangre. Tanto su madre como otras curanderas la usaban para cubrir las heridas.

Cuando terminó, dio vuelta a Ella para colocarla de espaldas. La vio temblar y gimotear. Con delicadeza, le quitó el cinturón de la boca. Casi lo había perforado con los dientes. Tenía una mirada salvaje en los ojos oscurecidos, como si fuera un animal atrapado sin un lugar en el que ocultarse y sin ningún sitio al que huir. Debía detestarlo.

—Ven aquí —le dijo acurrucándose y acomodándola en sus brazos.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Ella se apartó como si él fuera su torturador.

«No…». Jamás lo perdonaría por todo el dolor que le había causado. Él lo entendería. Asintió con la cabeza y la cubrió con la manta de lobo sobre la que estaba recostada. La olla de agua se había enfriado lo suficiente como para poder darle de beber el agua sin quemarla, y se la acercó.

—Bebe, tesoro. Has perdido mucha sangre y estás deshidratada.

Ella asintió, y Channing la ayudó sosteniéndole la cabeza con una mano y la olla de agua con la otra.

A los pocos instantes, comenzó a quedarse dormida, y Channing la acunó en sus brazos sin dejar de dar gracias y de rezarle a Freyja por su salud. Ahora que se encontraba en la época a la que había querido regresar durante los últimos catorce años, las palabras se sentían extrañas y vacías.

Luego, en el ocaso, vio varios pares de ojos destellantes… Y de las sombras de entre los árboles aparecieron los lobos. Con pelajes grises, marrones, amarillos que se aclaraban en la oscuridad, se acercaron a él sin despegarle la mirada de encima. El alfa se le acercó más con algo en la boca y lo depositó delante de Channing antes de olfatear el aire a su alrededor. Era una libre.

Los lobos lo habían vuelto a encontrar. Lo estaban cuidando y protegiendo. Se estaban asegurando de que se mantuviera vivo… para asegurarse de que provocara el fin del mundo.

CAPÍTULO

NUEVE

Un calor húmedo… Ella sentía el cuerpo pesado y dolorido y la mente como un pantano. Había algo que la molestaba… que le dolía.

El hombro. Abrió los ojos y reprimió un gemido de dolor. En la tenue luz grisácea del día, un vikingo la miraba… Tenía el cabello castaño sujeto en un moño masculino, unos tatuajes con patrones vikingos y unos cálidos ojos castaños…

Era su vikingo. Era Channing, excepto que no iba vestido como un multimillonario. Parecía un verdadero vikingo ahora. Llevaba puesta una armadura de cuero por encima de una túnica de lino, un hacha que le colgaba del cinturón, unos pantalones abullonados y unas gruesas botas de cuero con suelas delgadas y lazos sujetos alrededor de los tobillos.

—Todo está bien, tesoro —le dijo—. Te encuentras a salvo. Puedes contar conmigo.

La voz la calmó y la hizo sentir a salvo. De alguna manera, la había encontrado. Le había cauterizado la herida… Y le había salvado la vida.

Ella miró alrededor. La luz tenue se debía a que se encontraban dentro de una cueva. Una fogata ardía a unos pocos metros de distancia, con una pequeña olla que echaba vapor. Agua…

Aún algo mareada, se rozó los labios secos y sintió como si la boca fuera papel de lija. Con una tensión en lo más profundo de su

ser, se sentó y la embargó una ola de dolor intenso al mover el brazo herido.

Channing la ayudó a sentarse y apoyarse contra la pared de la cueva. Acto seguido, le envolvió las solapas de la piel de lobo por los hombros. Le había arrancado una manga del vestido, y vio que tenía la herida vendada. Había algo verde entre la quemadura y el vendaje, y unas manchas verdes se mezclaban con las manchas marrones de la sangre seca. El aire frío le refrescó la piel, y notó en la boca de la cueva que caía una nieve delgada y que el suelo estaba cubierto de blanco.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —le preguntó arrastrando las palabras.

Channing se inclinó para tomar la olla.

—Dos días. Bebe esto. —Le entregó la olla, y Ella la aceptó. Sintió calidez en las palmas y en los dedos al rozar la olla—. Tenías fiebre alta y delirabas. Te retorcías y gemías en mis brazos. Estabas tan caliente que podrías haber derretido el Fimbulvetr. Creí… Creí que era el final.

El líquido en la olla debía de ser caldo; olía a carne cocida, y el estómago le gruñó. Se llevó la olla a la boca y bebió el líquido. Aunque le faltaban condimentos, nunca había probado nada mejor.

—Qué rico —dijo mientras masticaba un pequeño trozo de carne.

—¿Tienes hambre?

—Creo que sí.

—Es una buena señal.

Channing estiró la mano en busca de algo envuelto en cuero y extrajo una pata asada.

—Es liebre —le dijo al tiempo que se la ofrecía.

Ella la aceptó con el brazo sano y mordió la carne. Era algo difícil de masticar y sabía fuerte, pero era comida.

—Oh, gracias.

—¿Cómo sientes el hombro?

—Bueno… como si me lo hubiera atravesado una flecha.

—¿Te duele?

—Digamos que, si hubiera un médico cerca, le pediría todas las píldoras disponibles. Todas.

Channing soltó un suspiro.

—Cuando lleguemos a Lomdalen, encontraremos el modo de enviarte de regreso a tu época. Te lo prometo.

Ella asintió.

—Eso sería genial. Estoy muy preocupada por mi padre, por Ted y por todos.

Channing tomó una daga y un trozo de leña y empezó a cortar delgadas virutas blancas.

—Y yo estoy preocupado por ti. —Le salió condensación de la boca mientras respiraba.

Ella mordió la carne y siguió masticando. Luego de tragar, le dijo:

—Lo que no entiendo es cómo terminé aquí.

—Creí que tú me lo podrías explicar. El huso no funcionaba. Les llevó bastante tiempo a Munchie y Georgina hacerlo funcionar para enviarme aquí.

Ella negó lentamente con la cabeza intentando recordar lo que había hecho, lo que había pensado…

—No tengo ni idea. ¿Cómo lograste viajar en el tiempo?

—Ricardo me arrestó, pero tu padre y Ted vinieron a visitarme, y lograron convencer a Ricardo de que me soltara y me dejara ir a buscarte.

—Oh… ¿Cómo están?

—Están bien. Están preocupados por ti, pero bien.

—Diablos. —El vientre se le retorció y amenazó con hacerle devolver los trozos de carne que había masticado.

—Encontraré el modo, Ella —le aseguró mientras arrastraba la daga por la rama—. No te quedarás aquí mucho tiempo. Te lo prometo. Además, el Ragnarök me siguió hasta aquí.

Ella perdió la expresión del rostro.

—¿Cómo has dicho?

Channing asintió con la cabeza para señalar la boca de la cueva.

—Mira. Es invierno. Los malditos lobos me están siguiendo otra vez, me traen comida, me protegen…

Dejó de mover la daga y miró la hoja y el trozo de madera que tenía en las manos.

—¿Qué? —lo instó Ella a continuar.

—Aquí también hay… inquietud. Hermanos que se matan entre ellos… De hecho, así es como encontré el hacha, la espada, las prendas y todo lo demás…

Ella sintió un escalofrío que la recorría entera como una mano gélida.

Channing apretó la daga contra el palo y la empujó con suavidad.

—Apenas estamos en septiembre —le dijo sumido en sus pensamientos—. Recién acabaron de cosechar, cazar y pescar para tener provisiones para el invierno. Pero la comida va a escasear pronto si la gente pasa más tiempo luchando en lugar de almacenarla. Puede que nos estemos enfrentando a la misma situación que en Boston.

Ella apoyó la cabeza contra la pared de piedra y descansó mientras pensaba y masticaba.

—No entiendo. ¿Cómo puede ser que una persona sea responsable por el fin del mundo?

—Creo que es por la máquina para viajar en el tiempo. He utilizado la ciencia para manipular el transcurso de la vida… y de la historia. Creo que a las nornas no les gusta eso.

—Pero yo también usé la máquina para viajar en el tiempo. ¿Acaso también soy el motivo del Ragnarök?

Channing se quedó quieto. El silencio pendió entre ellos en la cueva mientras se miraban fijo.

—No —le aseguró—. La profecía no decía nada acerca de ti. Solo hablaba de mí. Aunque lo que más me desconcierta es que cuando tenía dieciocho años y la *völva* fue a contarle la profecía al rey Harald, aún no había construido la máquina para viajar en el tiempo.

—Sí, es un buen punto.

—Exacto. Hay muchas cosas que no tienen sentido, y tengo que encontrar la manera de resolverlo así cuando logremos llevarte de regreso a tu época, te puedes olvidar de todo esto.

—¿Olvidarme de todo esto? ¿Cómo podría olvidarte?

Channing se quedó tan perplejo, que Ella vio la pequeña vena que le latía en la sien, por encima de la marca de nacimiento con forma de corazón.

—¿Te encuentras…? —comenzó con la voz ronca y llena de deseo —. ¿Te encuentras bien? Quiero besarte, pero no lo haré a menos que…

De repente, tuvo la urgencia de sentir sus labios sobre los de ella, los brazos envueltos a su alrededor. Su aroma en las fosas nasales era más fuerte que cualquier dolor y cualquier preocupación.

—Me encuentro bien.

Dejó la pata de liebre en el suelo de la cueva al mismo tiempo que Channing hacía la daga y el palo a un lado. Con un movimiento rápido, se encontró a su lado y le tomó el rostro entre las manos. Le depositó un beso en los labios y le hizo olvidar todo el dolor y toda la preocupación. Mientras bebía de su boca, una suavidad la embargó. El aroma de él era diferente allí; como una mezcla de leña, pieles de animales y la frescura de la nieve que le hacía dar vueltas la cabeza. Unos cosquilleos la recorrieron entera y le derritieron los huesos. Channing profundizó el beso, delicioso y posesivo, y le produjo un pequeño estremecimiento. Toda la tensión se le disolvió, y todo dejó de existir a su alrededor. Todo excepto él.

Al cabo de un rato, Channing se apartó, y se miraron fijo mientras respiraban entre jadeos.

—No te detengas —le susurró—. Estoy bien.

—No te das una idea de lo mucho que deseo seguir besándote… pero no te encuentras bien, Ella. Todavía no me has dicho cómo pasó esto. ¿Qué te pasó cuando viajaste en el tiempo?

Ella se volvió a apoyar contra la pared de la cueva y tomó la pata de la liebre para quitarle el polvo.

—Tu querido amigo, el rey Harald, me encontró.

—¿Qué?

Ella se rio entre dientes.

—Sí, muy irónico. Se encontraba presente cuando aparecí de la nada. Se entusiasmó un montón y supo de inmediato que era una viajera en el tiempo. Me encerró en un cobertizo durante muchos días.

—Lo voy a matar.

Ella decidió no mencionar la parte en la que Harald quería tomarla como su concubina. Sabía que Channing se iba a enfurecer,

y eso no los ayudaría en nada.

—Escapé. Una dulce esclava me ayudó. —La tristeza le cerró la garganta al recordar la facilidad con la que la garganta de Ciara se había abierto bajo la daga de Harald—. Estaba en un bote, y me dispararon flechas. Una de ellas me alcanzó… pero mi bote siguió alejándose, y al final me perdieron. No sé cuánto tiempo estuve en ese bote. Luego una anciana me dijo que tenía un papel más importante… Y entonces llegaste tú.

Channing la abrazó con cuidado de no hacerle daño en el hombro.

—Lamento mucho que te haya lastimado —le susurró al oído—. Te prometo que no dejaré que te vuelva a pasar nada.

Ella se aferró a él agradecida de tener su compañía y por la promesa de protegerla y cuidarla.

—Solo ayúdame a volver a casa.

—Nos marcharemos en cuanto te recuperes. Es al sur del fiordo.

Pasaron dos días más conversando y acurrucados. Channing salió a poner unas trampas para las liebres y regresó con dos animales que preparó para cocinar. También hizo un segundo remo para el bote, que había acercado a la cueva y ocultado. Mientras tanto, Ella recuperaba las fuerzas, aunque mover el brazo le resultaba de lo más doloroso.

A pesar de que la cueva era dura y fría, se sentía segura. Había algo primitivo en eso, y Ella deseó no estar lastimada para poder yacer debajo de esas mantas desnudos y darse calor.

Nunca había estado en una posición de depender completamente de un hombre para todo. Channing la alimentaba, le llevaba agua, mantenía la fogata encendida y vigilaba por la noche. Si la dejara allí sola, estaría acabada. Pero sabía que no la abandonaría.

Con cada día que pasaba se daba cuenta de que no era la misma mujer que había sido en el siglo XXI. La vieja versión de ella no confiaría en él. Pero, para su sorpresa, ahora confiaba ciegamente.

Al tercer día, Channing salió, y Ella se quedó descansando, perdida entre el sueño y las fantasías. Cuando su silueta negra apareció en la boca de la cueva, creando un contraste con la luz

blanca del día, Ella se sentó erguida. Channing se acercó para ayudarla a incorporarse.

—Debemos marcharnos de inmediato. Nos ha encontrado.

CAPÍTULO

DIEZ

A Channing se le aceleró el corazón.

—De prisa, al bote.

Varias docenas de pies repiqueteaban contra la delgada capa de nieve, y los perros ladraban en la distancia. Channing le daba apoyo a su mujer con una mano mientras se apresuraban a descender la pendiente rocosa. En un momento, echó un vistazo hacia atrás. En la cima de la colina, varios guerreros corrían esquivando pinos por el terreno irregular con hachas y espadas en las manos.

Alguien los señaló con un dedo y les gritó a los otros. Channing sintió una ola de adrenalina similar a la explosión de un incendio. Tenía que salvarla. No podía permitirles llegar a ella.

—Tesoro, ¿puedes correr? —le preguntó apretando el paso.

—Sí.

Ella echó a correr, pero se patinó y casi se cayó en la pendiente resbaladiza. Channing se apresuró a su lado y le brindó apoyo con un brazo. Si se caía, la corteza que le cubría la herida podría reabrirse y podría volver a sangrar.

Por fin llegaron a la playa de grava en la orilla del fiordo. Channing había escondido el bote detrás de un acantilado que se hundía en el agua, y los enemigos no podrían verlos si lograban subirse a él.

Algo delgado y oscuro le pasó volando por al lado, y una flecha asestó en el suelo a unos centímetros de distancia. A continuación,

recibieron una lluvia de flechas.

—¡Pero por el miembro de Odín! —masculló.

Sin dejar de correr hacia el fiordo, miró por encima del hombro. Unos arqueros se encontraban en la cima de la montaña donde se encontraba la cueva en la que Channing y Ella se habían ocultado. Debía de haber una veintena de hombres parados sobre las piedras de la pendiente y perfectamente posicionados para disparar. Los otros guerreros los perseguían blandiendo las hachas y las espadas en el aire.

Channing les rezó a los dioses que las flechas no dieran en el blanco. Si una los alcanzaba, tanto él como Ella podrían morir. Pero fue como si los dioses se hubieran reído de su plegaria y se lo estuvieran demostrando.

Aún tenía la cabeza vuelta hacia el enemigo cuando vio una flecha que volaba en el aire hacia él. Casi pudo sentir el dolor en la espalda al perforarle la carne, la explosión lacerante y la conmoción del impacto. Se avecinaba hacia él y ya casi lo había alcanzado… Pero de la nada, Ella lo empujó hacia la derecha. La flecha le rozó la manga y se clavó en el suelo.

Ella estaba pálida, tenía los ojos blanquecinos del cansancio y no dejaba de avanzar, tambaleándose y jadeando. ¿Ella también había visto la flecha? ¿De dónde había sacado fuerzas?

—¡Ahora no! —ladró.

Cuando una nueva ola de flechas asestó en el suelo a todo su alrededor, Channing bajó la cabeza instintivamente.

—Gracias… —le dijo sintiendo un escalofrío por la espalda sudada como si tuviera unas pequeñas hormigas congelantes encima.

Ya casi habían llegado al fiordo. Solo tenían que seguir un pequeño arroyo de piedras húmedas alrededor del enorme acantilado y llegarían al bote.

Sin embargo, una nueva horda de enemigos apareció por detrás de una colina a su izquierda. Entre ellos se encontraba un hombre que hizo que Channing se detuviera en seco.

La larga barba rojiza le colgaba de una trenza aceitada. El casco complejo de plata destellaba al reflejar la delgada capa de nieve blanca que recubría el suelo y la montaña. Una exquisita espada

brilló cuando el hombre movió el brazo para blandirla mientras descendía la colina pedrosa. A diferencia de la mayoría de los guerreros, llevaba puesta una *brynja*, una exótica cota de malla que solo los más adinerados se podían costear. Llevaba la expresión de un predador en el rostro. Era una expresión que Channing había recibido de buena gana cuando habían luchado en el mismo bando. En ese entonces, tanto él como su padre, Hakon, habían luchado para ese hombre y habían arriesgado la vida para llevarlo al trono de la Noruega unida. Ahora ese hombre lo quería muerto.

Mientras Channing y Ella seguían avanzando, el rey Harald gritó algo y los señaló. Como aún se encontraba lejos, tenían tiempo. Sin embargo, la situación cambió pronto. Tras perder el último resquicio de fuerzas que le quedaban, Ella se tambaleó, pero Channing logró sujetarla. Tenía el rostro pálido y los ojos en blanco. «¡Por favor, dioses, que no se le haya reabierto la herida!». Sin decir nada, la alzó en el aire y echó una última mirada al enemigo.

Harald se encontraba mucho más cerca ahora y no corría. Se quedó congelado como una estatua, con el ceño fruncido en una línea recta, con la mirada salvaje y los ojos abiertos como platos como si acabara de ver a un muerto regresar de la tumba. Luego abrió la boca y soltó un rugido mientras apuntaba la flecha hacia Channing.

—¡Es él! ¡Es Ulf Hakonson! ¡Atrápenlo! ¡Deténganlo! ¡Mátenlo!

Los hombres del rey Harald repitieron el grito de batalla y echaron a correr hacia ellos con las armas destellando en el aire y listas para matarlo no solo a él, sino también a Ella.

Channing se dio la vuelta y echó a correr hacia el acantilado encima de él, pero se movió más lento con Ella en sus brazos, mucho más lento que el enemigo. Si lo alcanzaban, iba a tener que dejarla en el suelo para luchar… y podrían llevársela o lastimarla.

Las flechas seguían aterrizando en el suelo a su alrededor y la grava crujía bajo sus pies. Algunas flechas le rozaron y le desgarraron las prendas. Había llegado a la esquina más alejada del acantilado. Cuando por fin dio vuelta la esquina, las flechas no pudieron alcanzarlo más. Como la costa de grava se hundía en el agua, tuvo que reducir la marcha. Las botas de cuero se le

humedecieron. Siguió andando. El agua salpicaba a sus espaldas y, cuando se dio vuelta, vio al enemigo detrás del acantilado, a unos cuarenta metros de distancia. Los pulmones le ardían, los músculos le dolían y la herida del hombro le latía.

Pero todos los esfuerzos valdrían la pena si él y Ella lograban escapar. Allí estaba, el bote, que con tanta cautela había dado vuelta sobre la grava. Ahora estaba cubierto con una delgada capa de nieve y algo congelado. ¡Diablos! Había demasiados enemigos y se encontraban demasiado cerca. Iba a tener que dejar a Ella sobre la grava, dar vuelta el bote y arrastrarlo al agua.

Algunos guerreros ya se encontraban a diez metros de distancia, jadeaban y movían las piernas y los brazos mientras avanzaban corriendo por el agua.

Channing daría lo que fuera por escapar en ese momento. Hasta llamaría a los lobos… ¿Dónde estaban cuando los necesitaba?

Al terminar de formular el pensamiento, se oyó un aullido distante en el aire, seguido de otro más cercano. También sonaron varios aullidos y ladridos de animales. ¿Serían sus lobos? Channing sintió una ola de alivio en el vientre cuando llegó al bote y dejó a Ella sobre la grava. Dio vuelta el bote y, a sus espaldas, oyó la mezcla de los gruñidos enfadados de los animales y los chillidos de dolor y terror de los guerreros. Mientras arrastraba el bote hacia el agua, vio que los lobos se acercaban al rescate una vez más. ¿Los habría llamado en busca de ayuda sin darse cuenta?

Si en verdad era la fuerza del Ragnarök, para bien o para mal, los lobos eran su ejército.

Channing subió a Ella en el bote y lo empujó, felicitándose por haber hecho un segundo remo porque les salvaría la vida. Se subió al bote de un salto y comenzó a remar ignorando el dolor lacerante en el hombro. Mientras miraba la costa que se perdía en la distancia, vio la manada de lobos que se enfrentaba a sus enemigos humanos. El rey Harald blandía la espada con la barba roja destellando. Incluso desde esa distancia, Channing pudo ver la expresión de enfado en el rostro del hombre. Mientras remaba con desesperación hacia Lomdalen, vio que Harald apuñalaba a uno de los lobos. El animal

cayó con un gemido, y el enemigo se incorporó entre jadeos y clavó la mirada en Channing.

Se encontraban muy lejos como para oír nada, pero Harald apuntó la espada ensangrentada hacia él, y la sangre chorreó sobre la nieve.

CAPÍTULO

ONCE

Channing divisó la montaña Lengua de dragón, a unos treinta minutos andando de Lomdalen, con los acantilados que perforaban el aire como una hoja a seiscientos metros del fiordo, un hecho que había aprendido en el siglo XXI.

La piedra sobresalía como un balcón gigante, y ese era el sitio al que su padre lo había llevado en muchas ocasiones no solo para cazar, sino también para admirar la hermosa vista del fiordo calmo que serpenteaba entre las montañas bajo el infinito cielo plomizo. De niño, se había sentado allí con su padre a menudo y se había preguntado qué habría más allá del horizonte, qué más habría en el mundo además de todo lo que veía y conocía.

Lomdalen se encontraba en el fiordo de Sogn, el más grande de Noruega, y, aunque Channing no sabía exactamente dónde estaba cuando encontró a Ella, sabía que Lomdalen se encontraría hacia el sur del fiordo. Les había llevado todo el día y toda la noche llegar.

Ella había recuperado la razón una hora después de escapar. Habían pasado la noche acurrucados con las pieles de lobo para mantenerse cálidos. Había sido la noche más fría de sus vidas, pero habían logrado sobrevivirla. Por la mañana, Channing había seguido remando, pero le dolía la herida y había querido conservar sus fuerzas por si Harald los volvía a encontrar. Con acantilados y montañas impenetrables a ambos lados del fiordo, el único modo de seguir avanzando era en bote. Los dos se encontraban deshidratados porque no podían beber agua del fiordo, ya que

contenía agua de mar. Habían comido el último trozo de liebre asada y se encontraban famélicos.

Channing se volvió hacia Ella y volvió a remar.

—Hemos llegado, Ella.

—¿En serio? —El bote se meció cuando se incorporó—. Vaya…

Channing también se asombró.

El aire olía a nieve, como a tierra húmeda y agua de mar. En esa época del año, se sentía extraño, porque las hojas aún estaban verdes. Unos pequeños copos de nieve comenzaron a caer despacio y se derritieron en el agua. En noviembre solía oler así, cuando el invierno se asentaba con fuerza. Al otro lado del acantilado, se encontraría Lomdalen. Su hogar.

Channing continuó remando. Como si estuviera en un sueño, se movió demasiado lento y el agua empujó el bote como si una bestia invisible no quisiera que llegaran a su destino. Pero con cada salpicadura de los remos, con cada movimiento, se fueron acercando a Lomdalen. Al cabo de unos minutos, pudo ver los botes de pesca en el fiordo, unos barcos mercantes y, por fin, el orgullo de su padre… su *drakkar*, una bestia que se valía de sesenta hombres para remar y que podía transportar a cien guerreros. A bordo de ese navío, se había convertido en un hombre y había realizado su primer ataque.

Al cabo de unos instantes más, lograron divisar Lomdalen en la colina frente al fiordo. Vieron las casas comunales de una sola planta y con techos de paja cubiertos de nieve. Las edificaciones no tenían ventanas y contaban con unos huecos en los tejados para permitir la salida del humo. El gran salón de su padre se encontraba sobre la colina y era una majestuosa edificación de la época vikinga: alta, alargada, con una sólida puerta imponente con unos tallados de dragones que aún no podía ver pero que recordaba como si los hubiera visto el día anterior. Los senderos entre las casas se encontraban pavimentados con placas de madera y con gravilla, una innovación que había sugerido su madre. Su madre… que tenía un jardín de hierbas medicinales a pocos metros del gran salón. El jardín debería seguir brindándole hierbas en septiembre, pero de seguro había sufrido la temprana ola de frío.

Channing había querido regresar allí hacía mucho tiempo y no había podido. Al final, había logrado lo imposible. Había creado una máquina para viajar en el tiempo y salvar a su familia de morir en un incendio del que había leído en una de las sagas islandesas que aún se encontraban disponibles en el siglo XXI. Tras leerla, había decidido que tenía que regresar y advertir a su familia del peligro.

Había escapado de la policía y de la mafia y había atravesado el tiempo. Y ahora comprendía que a lo mejor podría salvarlos del incendio pero que, a la vez, podría haberles llevado un peligro mayor a su puerta.

—¿Aquí es donde creciste? —le preguntó Ella.

Channing se volvió a mirarla, y el estómago le dio un vuelco de entusiasmo…, orgullo… y amor.

Hacía no mucho tiempo, él había invadido su hogar y había conocido a su familia, donde se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su propio hogar.

—Sí —le respondió—. Aquí. —El pecho le ardió de la emoción contenida—. Es mi hogar —continuó y casi se atragantó con la última palabra.

Volvería a ver a su padre, a su madre, a su hermano y a su hermana…

Lleno de vulnerabilidad, miró a Ella a los ojos. Le permitió verlo en su totalidad, completamente abierto, y le mostró la profundidad del anhelo que lo había llevado a regresar allí. Los años de trabajo, de planificación, de esperanza, de romper las reglas, de violar leyes y de hacer tratos con la mafia.

—Y estás conmigo —siguió, con la voz ronca como si se hubiera tragado gravilla—. Sé que las circunstancias no son buenas, que estás lastimada y lejos de tu familia y de tu época… pero me alegra que conozcas a los míos.

Ella asintió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, yo también me alegro. —Se estiró para apretarle la rodilla y una sensación cálida lo embargó.

Esa mujer lo era todo. Era todo lo que quería y todo lo que no sabía que necesitaba.

Avanzaron entre dos botes de pesca, y los hombres a bordo los miraron con el ceño fruncido. Channing reconoció a uno, que se llamaba Frogeir, y lo saludó. El hombre asintió sorprendido y frunció el ceño aún más confundido que antes al reconocerlo.

Llegaron a puerto, y Channing ayudó a Ella a desembarcar. Las tablas de madera del muelle estaban húmedas por la nieve que se derretía, y toda la estructura se mecía. Channing le ofreció el brazo para que se apoyara en él, pero ella lo rechazó resuelta.

—Me encuentro bien. Quiero conocer a tu familia con la cabeza en alto.

Channing soltó un suspiro y le sujetó la mano.

—Al menos, permíteme sostenerte la mano.

Ella le apretó los dedos entre los suyos fríos y le ofreció una sonrisa cálida. No la había visto sonreír de ese modo a menudo, y una nueva sensación lo embargó.

—Por los labios de Freyja, haré lo que sea con tal de verte sonreír así todos los días.

Ella le apoyó la frente en el hombro; fue un gesto simple, pero tan íntimo, que le produjo un estremecimiento.

—Las nornas son crueles —le susurró—. ¿Traer a la mujer con la que quiero pasar la eternidad a mi vida para que el mundo entero se congele y muera a nuestro alrededor?

Ella alzó la mirada y lo miró con los ojos humedecidos.

—Jamás tendremos una eternidad, Channing. Seremos afortunados de tener un día.

—Lo acepto.

Se inclinó y le dio un beso suave y tierno en los labios. Cuando se apartó, volvió a ver la sonrisa radiante que le producía olas de electricidad en todo el cuerpo.

—Vamos. Necesitamos entrar en calor, hidratarnos, alimentarnos y ver tus heridas.

Mientras caminaban por la aldea, Channing inhaló el húmedo aroma familiar a leña, estiércol, pescado ahumado y deshidratado y heno. Las tablas de madera que cubrían el camino crujían bajo sus pies y se hundían en el barro. Se oían cabras, vacas y ovejas en el interior de las casas comunales. Las mantenían adentro tanto para

que entraran en calor como para que les brindaran calor a las familias.

—Esto está muy lejos de ser Boston, ¿no? —le preguntó riéndose entre dientes—. O la Infinity Tower.

Ella miró alrededor.

—Es muy nórdico… y hermoso. Me gusta.

El sendero conducía al gran salón de su padre, colina arriba. A unos metros de la edificación, las grandes puertas se abrieron, y alguien salió.

Channing la reconoció de inmediato. Tenía una corona de cabello rubio cobrizo, algo más platinado desde la última vez que la había visto. Llevaba la espalda erguida y la postura de una mujer segura de sí misma y de su valor. Sostenía una cesta en las manos y tenía un abrigo largo de piel de zorro blanco con una capucha.

—Mamá… —susurró en nórdico antiguo, y todo se le tensó en el pecho.

Nadie jamás podría comprender lo que los conectaba. Los dos eran forasteros allí, aunque él un poco menos que ella. Pero los dos provenían de otra época y huían de un hombre peligroso. Y el trato que su madre había hecho con la norna por él, para respetar su elección y darle una mejor vida, era un trato con el destino. Channing sabía que el amor que sentía por su hijo no sabía de fronteras, ni tampoco el que él sentía por su madre.

Su madre se sostuvo la capucha para ver mejor y se volvió hacia ellos, que no dejaban de acercarse. Parpadeó y frunció el ceño antes de ladear la cabeza para ver mejor… Luego soltó la cesta y se llevó las manos a la boca. La cesta rodó por el sendero, y unos juncos secos se derramaron contra la madera húmeda. Channing se inclinó para tomarla y le ofreció una sonrisa radiante a la mujer que lo había criado y que lo conocía mejor que nadie.

—¿Channing? —lo llamó en un susurro.

—Hola, mamá.

—¡Hakon! —exclamó al tiempo que salía corriendo hacia él—. ¡Hakon, ven de inmediato!

Mientras su madre se hundía en sus brazos y lo envolvía en un abrazo temblando por las lágrimas, Channing soltó la mano de Ella y

enterró el rostro en el aroma del hogar que había anhelado durante tanto tiempo.

CAPÍTULO

DOCE

Catorce años… Channing sintió un doloroso nudo duro en la garganta mientras abrazaba a su madre.

Las puertas del gran salón se abrieron, y la silueta gigante de su padre salió. A sus espaldas, lo seguían un guerrero más joven y una hermosa joven que llevaba el cabello color miel entrenzado alrededor de la cabeza. Eran John y Mia, sus hermanos.

—¿Y él quién es? —Hakon entrecerró los ojos al tiempo que avanzaba hacia ellos.

Su madre lo soltó.

—Es tu hijo, Hakon, mira.

Hakon lo recorrió con la mirada mientras se acercaba a ellos y se estremeció. La máquina del tiempo tenía que llevarlo al año 896, dos años más tarde de la desaparición de Channing de la época vikinga. Por eso, a pesar de que en el siglo XXI habían pasado catorce años, allí solo habían pasado dos.

Hakon no había cambiado demasiado. Tenía la misma estructura poderosa, la edad no le había hundido los hombros ni le había debilitado el cabello oscuro con mechones plateados. A lo mejor, tenía algunas arrugas nuevas en el rostro, pero quedaban ocultas por la marca de nacimiento de color vino tinto diluido que le cubría la zona alrededor del ojo, el pómulo y parte de la frente. Seguía teniendo una mirada afilada, la espalda erguida y orgullosa y el pecho gigante.

—¿Ulf? —Se detuvo delante de él y quedó a la misma altura que su hijo.

Algo se rompió en el pecho de Channing, una suerte de dolor, una sensación que había contenido durante catorce años. Durante todo ese tiempo, se había dicho que se encontraba bien solo, en un mundo diferente. Se había dicho que no necesitaba a su familia, la cercanía y el apoyo que solía tener. Pero durante todo ese tiempo, había estado mintiéndose a sí mismo.

Había adorado y querido a ese hombre durante toda su vida. Hakon había representado todo lo que un hombre debía tener: honor, fuerza y disciplina. Un hombre que priorizaba a su esposa y a su familia y hacía todo por ellos.

Ahora que veía a su padre vivo y bien delante de él, comprendía que había vivido con un enorme hueco en el alma durante todos esos años. Un hueco creado por la ausencia de su familia. El hueco que había intentado llenar siendo un hombre de negocios exitoso. Haciendo su deber. Enseñando nórdico antiguo. Construyendo *drakkars*. Practicando esgrima.

El hueco enorme que solo Ella había logrado sanar y llenar.

—Sí, padre, soy yo —repuso Channing en nórdico antiguo.

—Hijo. —Hakon soltó un suspiro y lo envolvió en un abrazo de oso—. Nunca pensé que te volvería a ver.

Channing le dio una palmada en la espalda ancha. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero las contuvo. Su padre se apartó y lo sostuvo a la distancia al tiempo que lo recorría con la mirada.

—Te ves bien, hijo, pero… más grande —señaló Hakon—. ¿Por qué?

Antes de que pudiera responder, John hizo a su padre a un lado y abrazó a Channing. Fue como abrazar a un gigante. A pesar de que John había nacido tres años después que Channing, ahora era el más alto de todos e incluso le sacaba media cabeza a Hakon.

—Hermano —susurró—. Eché de menos derrotarte con la espada.

Se echó hacia atrás y le dio una palmada en los bíceps. John había crecido mucho en dos años, y no solo en altura. Debía de tener diecisiete años, pero se había convertido en todo un guerrero

vikingo, con músculos anchos y tonificados y un mentón cuadrado cubierto con barba incipiente. Era la imagen de un joven Hakon, pero le faltaba la marca de nacimiento alrededor del ojo.

Tenía el cabello castaño largo sujeto en una trenza alrededor de la cabeza, y los laterales afeitados. La trenza le llegaba hasta el cuello. En un lateral del cráneo, tenía un tatuaje celeste de la cabeza de un lobo aullando. Sin dudas, Hakon estaba entrenando a John para que se convirtiera en *jarl* luego de él. Probablemente lo entrenaban a diario en esgrima, tiro con arco, lucha con hacha, tácticas de batalla, como el *skjaldborg* que era el muro de escudos, y a la vez tácticas de navegación, negociación y comercialización.

Channing sintió gran orgullo por su hermano.

—Y yo eché de menos derrotarte en todo —le dijo riéndose.

Su hermana, Mia, se acercó más para observarlo con los ojos abiertos de par en par. Se parecía a su madre, aunque tenía el cabello de color miel que destellaba como oro pulido. En lugar de llevar puesto un vestido, tenía pantalones de cuero y una túnica con un cinturón ancho que le envolvía la cintura delgada. En el cinturón, tenía un *seax*.

—Ahora soy yo la que lo derrota, hermano —le dijo.

Channing asintió con la cabeza.

—Ya lo veo. Será mejor que me cuide de ti, hermana.

Mia le sonrió y le pasó los brazos por el cuello. Channing la envolvió en sus brazos y la apretó con fuerza. Era su hermana pequeña, la niña que había crecido protegiendo y cuidando, a pesar de que solo había nacido un año después que él. Cuando Mia lo soltó y se detuvo a su lado para abrazarlo por la cintura, se volvió hacia Ella.

—¿Quién es ella?

Toda su familia la miró, y Ella flaqueó visiblemente.

Channing reconoció el sentimiento. Cuando visitó su casa, aunque no estaban juntos, había querido caerle bien a su familia y conseguir su aprobación. Le agradó que para ella también fuera importante conseguir su aprobación.

Channing le ofreció el brazo libre a Ella para que se acercara más y, cuando lo hizo, le tomó la mano en la suya para asegurarse de

que no le tocara la herida del hombro.

—Ella es… —Le miró el perfil y se preguntó cómo debería presentarla. No habían tenido la conversación para definir si eran novios, y ese era un paso común en las relaciones del siglo XXI. Pero le había dicho que la amaba. Le había dicho que había ido a salvarla.

En el corazón, sabía que ella era la única mujer para él. No había nadie más, ni en esa época ni en ninguna otra. La amaba. Vivía por ella. Mataría por ella. Moriría por ella. Quería despertar en sus brazos todos los días de su vida. Pero ella no lo sabía. Además, aún no le había dicho qué sentía por él. Así que, ¿cómo podía explicarle a su familia quién era con pocas palabras?

—Es mi mujer.

A Ella se le tensó la mano. Su madre abrió los ojos como platos, pero una sonrisa amable le asomó a los labios. Hakon la estudió con el ceño fruncido. Channing supo que a John le gustaba Ella; era joven y probablemente se sentía atraído hacia cualquier mujer que le pasara caminando por delante. Y Mia se acercó para mirarla. Todos la estaban mirando fijo, y Ella se sonrojó.

—Hola. —Ella los saludó con la mano en un gesto torpe—. Soy Ella O'Connor.

Todos la saludaron con murmullos.

—Bienvenida, Ella —le dijo Mia—. Es un placer conocerte. Aunque también tenemos mucha curiosidad por saber cómo y por qué han venido. Supongo que vienes del siglo XXI.

—Sí, de Boston.

—¿Y por qué están aquí? —les preguntó John—. ¿Y por qué te ves tan grande, hermano? Solo han pasado dos años, pero parece como si tuvieras hijos de mi edad.

Channing se rio entre dientes.

—Es una historia larga, hermano.

—¿Por qué no entramos? —preguntó Mia—. Deben tener hambre y frío.

—Y Ella necesita que le examines el hombro.

—Pero primero necesitamos comer —les dijo Ella—. Y agua. Estamos muy deshidratados.

Cuando entraron en el gran salón, todo estaba como cuando Channing se había marchado. La sala sin ventanas se encontraba oscura en contraste con la clara luz del día. Había tres grandes hogares encendidos y varias llamas bailaban en ellos. También había lámparas de aceite que colgaban de las columnas con tallados nórdicos.

En el interior, como siempre, estaban cocinando sobre los hogares: varios calderos colgaban con carne y vegetales hirviendo. El aire olía a comida, hierbas y leña. Ese era el sitio al que la *völva* había llegado durante el banquete para decirle al rey Harald acerca de la profecía que cambiaría la vida de Channing para siempre.

Mientras se adentraban más, reconoció los estándares de limpieza y orden de su madre aplicados en todo. Les había enseñado a los criados a hervir agua para beber y a lavar y limpiar las superficies para cocinar siempre. Como no había demasiados desinfectantes, el más barato y el más disponible era el vinagre, de modo que una nota a vinagre pendía en el aire.

Los guerreros estaban sentados sobre los bancos a la mesa y jugaban una partida de *hnefatafl*, el ajedrez nórdico. Algunas criadas tejían lana y usaban telares para hacer tela, mientras que otras cosían prendas. Los niños jugaban en el suelo con juguetes de madera. Algunos gatos dormían en los rincones que había entre las paredes.

Mientras tomaban asiento en los bancos que había a ambos lados de las mesas, Channing sintió como si jamás se hubiera marchado. Si la *völva* no hubiera ido allí, aún seguiría en esa época. Tendría veinte años. ¿Se habría casado a esa altura? No había conocido a nadie que le interesara a nivel romántico antes de irse, pero muchos hombres de esa edad ya estaban casados y tenían hijos.

Ahora tenía treinta y dos años. Su madre, cuarenta y siete, y Hakon cincuenta y uno. De repente, Channing estaba mucho más cerca de sus padres en edad. Decir que eso era extraño no bastaba para describirlo.

—Mamá, siéntate —le dijo Mia al tiempo que le apoyaba una mano en el hombro—. Habla con ellos. Yo me encargo de la comida

y la bebida.

La madre le sonrió.

—Gracias, corazón.

Mientras la hija caminaba hacia la fogata principal, Ella se sentó a la mesa y observó a Mia conversar con uno de los criados.

—¿Ustedes también tienen esclavos? —les preguntó con pesimismo.

Mia negó la cabeza.

—No.

—Mi esposa me obligó a liberar a todos los esclavos —le respondió Hakon—. Algunos se quedaron a trabajar como criados a cambio de paga, y otros decidieron marcharse.

—No soportaba la idea de la esclavitud —le dijo Mia e intercambió una mirada llena de comprensión con Ella.

Ella se relajó de inmediato.

—Sí, lo entiendo. Una esclava del rey Harald me salvó la vida y acabó sacrificando la suya. Jamás lo olvidaré.

—¿Estabas con el rey Harald? —le preguntó John.

—Sí —repuso—. Me capturó.

Hakon negó con la cabeza.

—El muy bastardo. Me arrepiento de haberlo ayudado a convertirse en rey en primer lugar.

—¿Qué pasó luego de que me marchara? —le preguntó Channing.

—Me informó que su apoyo se había acabado. Por la historia que compartíamos y por lo que he hecho para ayudarlo a tomar el trono, no me castigó por defenderte. Pero dejó de proteger Lomdalen y le dijo a los otros *jarls* que pueden atacar mis tierras. Durante los últimos dos inviernos, varios han intentado atacarnos.

John sonrió.

—Y regresaron a casa con la cola entre las patas.

Tres criadas y Mia llevaron platos con carne de carnero y pan recién horneado y los colocaron en frente a los comensales. Luego una colocó una jarra de arcilla en el centro de la mesa y varias tazas para beber hechas con cuernos. Channing reconoció la jarra: su

madre se la había comprado a un comerciante cuando tenía trece años. Era como si el tiempo no hubiera pasado.

—Comienza desde el principio —le pidió su madre mientras vertía agua en todas las tazas—. ¿Qué pasó cuando viajaste en el tiempo?

Channing comenzó a hablar. Les dijo que, al principio, había buscado la manera de regresar. Les dijo que había sido de gran ayuda todo lo que su madre le había dicho acerca del mundo moderno y el hecho de que le hubiera enseñado a leer y escribir en inglés. Les contó que se había sentido perdido en un mundo en el que todo funcionaba diferente, el dinero era una deidad y el éxito, una droga. El mundo funcionaba en base a información y tecnología.

—Como nada más funcionó, comencé a leer. Leí las sagas islándicas y los mitos y las leyendas acerca de las nornas. No se mencionaba nada acerca de los viajes en el tiempo. Pero encontré algo que me rompió el corazón. —Miró los ojos de acero de su padre y el rostro suave y adorado de su madre. Por Odín, qué bien se sentía verlos vivos, tocarlos y oír sus voces—. Una saga islándica relataba la historia de *jarl* Hakon y su familia, que habían muerto en un incendio al poco tiempo de la desaparición de su hijo mayor.

En la mesa se hizo el silencio mientras sus padres intercambiaban unas miradas llenas de tristeza.

—Por eso tomé una decisión. Tenía que encontrar el modo de evitarlo.

Mia bebió un sorbo de agua.

—¿Y lograste encontrar a una norna?

—No. En un mundo en que la tecnología puede hacer cualquier cosa, pude contratar a los mejores científicos para que desarrollaran una máquina para viajar en el tiempo.

John se rascó la frente.

—Mamá, ¿está hablando de los dragones de hierro que vuelan?

Mia lo miró con los ojos abiertos como platos.

—No, John. Está diciendo que decidió inventar una máquina para viajar en el tiempo.

—Sí. Si las nornas no querían que regresara al pasado, tenía que encontrar la manera de viajar en el tiempo como quisiera.

—¿Cómo? —le preguntó su hermana.

—En el siglo XXI, el dinero lo es todo. Así que tenía que volverme un hombre adinerado. —Siguió hablando y les contó la historia acerca de cómo comenzó trabajando en el puerto de Boston, en el puesto más bajo y comenzó a ascender. Les contó cómo logró tener éxito y comprar el puerto. Cómo construyó un sótano secreto y contrató a dos científicos muy inteligentes que descifraron las runas y estudiaron la forma del huso de oro desde un punto de vista matemático durante muchos años. Hasta que por fin funcionó.

Ella también lo escuchó con atención. No sabía mucho acerca de su pasado, y muchas de las cosas que le estaba contando a su familia eran nuevas para ella también.

Luego comenzó a contarles cómo se habían conocido, el hecho de que había tenido que importar un reactor nuclear y que Ella era una policía de Boston que lo estaba investigando. Les habló de Náli, Ragnar y Eirik, que habían ido a buscarlo. Les contó acerca de los lobos, los gallos y las tormentas de nieve. Les dijo que Ella había desaparecido en el tiempo tras tocar el huso y que a él lo habían arrestado, pero había logrado poner el huso en funcionamiento para ir a buscar a Ella.

Acto seguido, Ella les dijo que el rey Harald la había capturado y que la había herido cuando intentó escapar. Y cómo todo eso los había llevado allí.

—Tenemos que encontrar el modo de enviar a Ella de regreso a casa, al siglo XXI. Tiene una familia que depende financieramente de ella y, si no regresa, perderá el hogar.

Mia estiró la mano para cubrir la de Ella.

—Querida, veo que mi hijo se preocupa mucho por ti, y eso quiere decir que eres una buena persona. Te encuentras lejos de tu familia. Créeme, sé cómo se siente eso. Pero quiero que sepas que aquí también cuentas con una familia.

Ella le sonrió y le apretó la mano.

—Gracias, Mia, no sabes lo que significa eso.

—Me alegro. —Mia se enderezó en el banco antes de salir—. Pero primero, tienes una herida grave que claramente necesita tratamiento. Vamos a mi consultorio así la examino. Luego veremos cómo enviarte de regreso.

CAPÍTULO

TRECE

Channing se sentó al lado de Ella en el consultorio de Mia. No se apartó de ella ni por un instante, por más que su madre le había pedido que se marchara mientras le examinaba a Ella la herida en el hombro.

Ella estaba recostada en la camilla con los pantalones de vestir y la musculosa que había tenido puesta debajo de la camisa. Todas las prendas se encontraban sucias, desgarradas y manchadas de barro y sangre, y no veía la hora de darse un baño y ponerse algo limpio. Para sorpresa de Ella, la camilla tenía cuatro ruedas y unos frenos que impedían que se moviera. Era evidente que Mia la había diseñado inspirada en las que usaban en los hospitales modernos.

En ese momento, Mia le daba la espalda y acomodaba los instrumentos de trabajo en la mesa de preparaciones. Tenía una prolija fila de estantes sobre una pared y cuatro lámparas de aceite que olían fuerte, como a tocino quemado.

—No hay suficiente luz —dijo Mia mientras se movía hacia la otra pared y abría las persianas. La luz natural se coló junto con el aire fresco—. Ya sé que afuera hace frío, así que intentaré trabajar rápido. Eso es lo que más echo de menos de la época moderna: tener buena luz para poder revisar a mis pacientes.

Tomó el cuenco de agua y una pila de trapos limpios y los colocó sobre la mesa que se encontraba al lado de Ella.

—Lamentablemente, esto dolerá —le dijo Mia mientras le quitaba las vendas que le había puesto Channing. Cuando extrajo la capa de

moho, el aire frío rozó la piel inflamada de Ella, y el dolor se aferró a ella—. Has usado esfagno, hijo. Bien hecho.

—Me has enseñado bien.

Mia le ofreció una sonrisa cálida, y Channing se la devolvió. Ella sintió algo que la perforaba y supo que se trataba de envidia. Channing tenía a la madre más maravillosa del mundo, una madre que lo quería y que era capaz de luchar contra el destino por él. Y su madre la había abandonado. Ella jamás tendría un momento como ese, por más que estuviera contenta de que Channing se hubiera reunido con su familia.

—Channing, corazón, dale el té de corteza de sauce, por favor. Sabe horrible, pero la ayudará con el dolor; es lo que usan para hacer aspirinas. El té también contiene otras hierbas que la ayudarán.

Mientras Mia humedecía un trapo en un cuenco de agua caliente, Channing le llevó una taza a la boca a Ella y la ayudó a sostener la cabeza. Ella bebió el té amargo, que le supo fatal y le costó tragar. Mia no había exagerado.

Cuando se recostó chasqueando los labios desesperada por deshacerse del gusto, sintió algo cálido en la herida que la quemó y siseó del dolor.

—Oh, ya lo sé, cariño —le dijo Mia—. Es para limpiarla. Las quemaduras son malas, pero Channing ha hecho un buen trabajo. No puedo verla por dentro, pero por ahora no veo ningún indicio de pus. Tengo un bálsamo que ayuda con las quemaduras, pero creo que Channing lo ha hecho bien.

Terminó de limpiar la herida y le untó algo refrescante que olía a grasa de animal y hierbas. A esa altura, Ella se sentía mareada. El dolor se había reducido a un eco de la agonía en la que había vivido durante los últimos días.

—¿Cómo has viajado en el tiempo? —le preguntó a Mia.

—A través de un huso —le contó Mia—. La norna, Skuld, la que lleva un vestido verde pistacho, me lo dio en el Hospital General de Massachusetts. Me desperté al lado de la piedra con la runa que se encuentra colina arriba, y Hakon me capturó como un oso salvaje.

Estaba aterrada. —Mia soltó una carcajada—. En ese entonces, no sabía que era un osito de peluche con las personas a las que amaba.

Ella miró a Channing y se rio.

—Eso me suena familia.

Channing se inclinó en la silla y la miró por debajo de las pestañas.

—Calla, mujer. —Una sonrisa le asomó a los labios.

—Para volver al siglo XXI, toqué la piedra con la runa.

—Oh —dijo Ella. La cabeza le dio vueltas. El ungüento se sentía reconfortante y cálido contra la quemadura. El dolor le pulsaba más atenuado en el hombro—. Entonces, debería probar eso, ¿no?

—Sostenle el brazo así se lo puedo vendar —le instruyó Mia a su hijo, y Channing se lo levantó y lo sostuvo en el ángulo que le dijo su madre. Mia le pasó un trapo limpio alrededor del hombro—. Sí, definitivamente deberías probarlo.

El pecho se le llenó de esperanzas. Tenía la posibilidad de regresar con su padre, con Ted y con Gloria. De seguir trabajando y no perder el techo que tenían encima de la cabeza. De conseguir un tratamiento para el cáncer de su padre. De pasar todo el tiempo que pudiera con su familia.

Los ojos verdes de Channing no se despegaron de ella. Tenía el mentón tenso y la boca apretada en una mueca. Le apoyó el brazo sobre la mesa con delicadeza, como si estuviera hecho de cristal.

Oh, cielos… regresar significaría alejarse de él. Para siempre. Porque él se quedaría allí, con su familia. Eso había sido lo que había querido desde el comienzo, por lo que tanto había trabajado los últimos catorce años. Por eso había construido una máquina para viajar en el tiempo.

De repente, algo en su pecho cedió.

—¿Quieres marcharte de inmediato, tesoro? —le preguntó Channing con la voz suave y sin apartar la mirada de su rostro ni siquiera un instante.

Mia cerró las persianas, y la habitación se volvió a sumir en la oscuridad. Con delicadeza, acarició el hombro de Ella y le sonrió.

—Como tu médica, creo que sería mejor que vayas a un hospital lo más pronto posible, pero como la madre del hombre que

claramente se preocupa por ti, me habría encantado llegar a conocerte mejor.

Algo se le derritió en el pecho. Ahora veía de dónde había sacado Channing su gran corazón. Tanto su madre como Hakon eran personas increíbles. Ella intentó levantarse, pero la cabeza le dio vueltas. Mia la tomó del brazo y la ayudó a sentarse al tiempo que Channing le pasaba una piel de lobo por los hombros.

—No es el hombro lo que me preocupa, Mia —le dijo Ella—. Es mi familia. Como Channing mencionó, podrían acabar en la calle si no mantengo mi trabajo.

Mia intercambió una mirada llena de preocupación con su hijo y le ofreció una sonrisa reconfortante a Ella.

—Es comprensible. Aún hay luz, así que nos podemos marchar cuando tú quieras. Tenemos que subir la colina, pero es una caminata corta. Solo dinos cuando estés lista e iremos.

Le apretó la mano y se marchó. Ella miró a Channing.

—¿Asumo que te quedarás aquí?

Channing se clavó la mirada en las rodillas y abrió y cerró los puños. Ella había notado que hacía eso para aliviar la tensión.

—Nunca antes he querido ser capaz de estar en dos sitios a la vez.

Alzó la mirada hacia ella.

—Es lo mejor para ti, Ella, y para tu familia. Allí estarás a salvo. Y ellos te necesitan.

La seguridad no le importaba. Quería quedarse. Mientras estuviera con él, no le temía a nada. Ni a los lobos, ni a los vikingos trastornados, ni al mismo Ragnarök. Sin embargo, no le dijo nada de eso. ¿Qué sentido tenía? En algún punto en su interior, sabía que no le sorprendía que Channing no se quedara con ella, ni siquiera su madre se había quedado con ella. Moviendo las piernas que le colgaban de la camilla, dijo:

—Sí.

Channing se acercó para detenerse entre sus muslos y, con delicadeza, le alzó el mentón para que lo mirara a los ojos.

—Pero los dioses saben que lo que más deseo es encontrar el modo de estar contigo para siempre.

Las palabras le produjeron gran júbilo. Él se inclinó y le depositó un beso suave en los labios, y algo dulce le recorrió el cuerpo. En combinación con el té mágico de Mia, Ella se sintió volar. Channing profundizó el beso. Tenía la boca cálida, suculenta y tierna. Era tan delicado con ella… a menos que Ella no quisiera que lo fuera.

Quería encontrar el modo de estar con ella para siempre… A la hora de ser honesta, Ella deseaba lo mismo. Pero no había un para siempre para ellos. Y no habría un para siempre para ella con nadie. De modo que cuanto antes se marchara de allí y acabara con eso, mejor sería. Aunque el plan podría no funcionar.

Ella se apartó de él.

—No puede haber un para siempre para nosotros, Channing. Vamos.

Le pareció ver la luz morir en sus ojos al decir eso.

Como había dicho Mia, la caminata fue corta. Como Ella se seguía sintiendo mareada, permitió que Channing le brindara apoyo mientras subía por la pendiente rocosa y empinada. Hakon, Mia, John y la Mia más joven los acompañaron. El bosque se veía oscuro alrededor del sendero, y un viento frío acarreaba las notas de pino y tierra húmeda. En algún punto a la derecha, divisó pieles grises entre los árboles.

—¿Esos son lobos? —preguntó John, y mientras Ella lo miraba por encima del hombro, se llevó la mano al mango del hacha que le colgaba del cinturón.

Channing miró hacia el bosque con una expresión pesimista.

—Sí.

—Por el meo de Loki —masculló John.

Cuanto más subían, más frío hacía. Unos pequeños copos de nieve afilados como témpanos le cayeron en el rostro.

—Espero que funcione, pero puede que no —le advirtió Mia—. Sé que las nornas son responsables de abrir el portar del tiempo o como se llame.

Hakon tomó el hacha y lo sostuvo en la mano mientras miraba alrededor.

—Personalmente, no creo que funcione.

—Lo mismo esperaste que sucediera conmigo. —Mia soltó una carcajada y le dio una palmada juguetona en el brazo.

—Sí, es cierto. Y, a pesar de mi esperanza, te arrancó de mi lado y te transportó en el tiempo. Tuve que cruzar los siglos para recuperarte.

Channing le apretó la mano a Ella.

—No pierdas las esperanzas, tesoro.

—Pero mamá tiene razón —dijo John en voz muy alta—. Si las nornas no quieren que Ulf viaje en el tiempo, tampoco querrán que Ella se marche a ningún sitio.

—Pero y entonces, ¿cómo es que Ella viajó en el tiempo? —preguntó la hermana.

—Porque tocó el huso de oro.

Mia chasqueó la lengua.

—Pero no funciona por sí solo, ¿no, Ulf?

—No —dijo Channing con calma.

—Y entonces, ¿cómo viajó en el tiempo? —insistió John.

Mientras la familia discutía el asunto, Ella apoyó la cabeza sobre el hombro de Channing. No quería decírselo, pero jamás se había sentido más desgarrada en toda su vida. Una gran parte de ella no quería ir a ningún lado. Sin embargo, al cabo de unos minutos, llegaron.

—El bosquecillo sagrado —anunció Hakon mirando alrededor del claro, que era un sencillo espacio abierto rodeado de arbustos y árboles. Unas pequeñas rocas sobresalían entre el césped y el moho. En el centro del bosquecillo, había una piedra simple en orientación vertical que tenía talladas unas runas y unos patrones vikingos. No parecía tan imponente como el huso de oro, pero tenía algo especial… lo podía sentir. Tenía poder. Y cierta rareza.

Era el camino. O quizás no. Quizás era la luz que brillaba a través de la grieta en una puerta. Y la pregunta era si la puerta estaría cerrada.

—¿Y ahora? —preguntó Ella—. ¿Qué hago?

Mia se encogió de hombros.

—Yo la toqué con la mano. El resto sucedió solo.

Ella miró a Channing, pero este no le asintió con la cabeza ni dijo nada.

—Aquí voy… —murmuró. Se acercó a él para pasarle los brazos por el cuello. Channing se quedó de pie como un árbol, tenso, duro e inmóvil. Ni siquiera podía respirar.

—Será mejor que te marches, Ella. Me temo que, si te abrazo, jamás te soltaré.

Ella tampoco se sentía segura de poder dejarlo ir.

—Adiós —le dijo con un suspiro, y el aliento le salió con unas nubes.

«Déjate de vueltas y arranca la tirita», se ordenó. Sin volver a mirarlo, avanzó a través del viento y parpadeó entre los copos de nieve. «No te detengas. No te detengas. No mires hacia atrás». Sentía la mirada de Channing pesada y cálida en la nuca. Si dudaba, aunque solo fuera un instante, no sabía si podría marcharse.

Apoyó la mano contra la piedra fría y dura. La palma le dolió. El viento le soplaba en el lateral del rostro. El suelo no tembló ni se movió, y tanto el césped como el moho se siguieron sintiendo suaves bajo las suelas. Como la piedra con la runa seguía dura, fría y gris bajo la palma, volvió a apoyarle la mano encima. Y luego una vez más. Y otra.

Intentó el truco que conocía y no podía explicar: lo que hacía en los momentos de peligro o en los sueños, de detener la realidad. Como había hecho cuando salvó a Channing de la flecha hacía unos días.

Sin embargo, eso tampoco funcionó. No pasó nada. La puerta permaneció cerrada. Y, al parecer, ella no tenía la llave. Tocó la piedra con la otra mano y la golpeó con el lateral del puño.

—¡Ella! —exclamó Channing. Ella alzó la mirada hacia él. El viento soplaba contra la piel húmeda debajo de los ojos.

—Lo siento, cariño —le dijo Mia—. No ha funcionado.

Channing se le acercó más y se detuvo a unos pasos de distancia antes de ofrecerle la palma abierta. No insistió ni la obligó. Ella aceptó la mano.

Una parte de ella sintió alivio y alegría. No se iba a ningún lado. Seguía con él. Pero su familia aún la necesitaba y la estaba

esperando. ¿Qué tan descabellado era sentirse contenta de poder quedarse más tiempo allí con él?

CAPÍTULO

CATORCE

Ella bebió un sorbo de té de la taza de arcilla y recobró algo de la calidez que esa casa enorme perdía con tanta facilidad. Clavó la mirada en las llamas de la fogata central, que era una de las tres que se expandían por el gran salón.

Había atardecido, y la habitación se encontraba a oscuras, a excepción de las llamas en los hogares y las lámparas de aceite que colgaban de los pilares de madera. Los criados y los guerreros de Hakon habían terminado por el día y se habían retirado a los pequeños rincones o se habían acurrucado en los sacos de dormir que había sobre el suelo cubierto de juncos. La habitación olía a estofado, miel fermentada, hierbas y leña.

No, no estaba en Boston. No había agua corriente, y las letrinas se encontraban afuera del gran salón. Los criados cargaban baldes de agua del pozo de la aldea hacia la casa de baños, y Ella y Channing la habían usado esa tarde luego del fiasco de la piedra con la runa. Por fin, Ella se sentía limpia. La camiseta de lana medieval se sentía suave contra el cuerpo.

Otro hecho interesante de la época vikinga era que no existía la privacidad. Los únicos que tenían su propia habitación eran Mia y Hakon. Todos los demás dormían en el gran salón o se hospedaban con los aldeanos.

Hakon se encontraba sentado al otro lado del hogar con una taza de té al lado de Mia. Al parecer, su esposa le había prohibido beber alcohol hacía varios meses porque se estaba volviendo mayor. John y

su hermana masticaban pan sentados a la mesa, y Channing se encontraba al lado de Ella. La marca de nacimiento de Hakon le daba un aspecto misterioso, como si tuviera puesta media máscara.

A pesar de su bravuconería externa, Ella seguía nerviosa. Jamás había sido el tipo de chica que se le presentaba a los padres, y ahora que Mia y Hakon la miraban como si se estuvieran preguntando si era lo suficientemente buena para su hijo, se sentía intimidada.

En especial porque Ella y Channing sabían que su relación no duraría para siempre. Y todos estaban discutiendo qué hacer y cómo enviar a Ella de regreso a su época… y cómo detener el Ragnarök.

—¿Es posible llamar a una de las nornas? —le preguntó Ella al grupo.

—No creo —dijo Mia y miró a Hakon—. Nunca funcionó cuando lo intenté.

Hakon negó con la cabeza.

—Nadie les puede decir qué hacer. —Miró a Channing, que asintió y apoyó la taza sobre la mesa.

—Si la piedra con la runa no funciona y las nornas no están cooperando, puede que no sea posible viajar en el tiempo sin el huso de oro.

—El huso que al principio no funcionó —añadió John.

A Ella le gustaba que fuera directo. Era evidente que también era bondadoso. Había accedido a darles su propio rincón a Channing y Ella y a compartir la cama con una hermosa criada.

—Sí, el que no funcionó al principio —dijo Channing —. Pero, de algún modo, funcionó para Ella.

—Quizás se trate de las runas —sugirió Ella.

—Quizás… —Hakon se frotó la barba y clavó la mirada en el fuego—. Aunque no creo que las runas funcionen si las nornas no están involucradas de algún modo.

—Las nornas tienen poder… —dijo Channing —. Mis científicos han determinado que literalmente se necesita poder. He tenido que importar un reactor nuclear de séptima generación para que las runas funcionaran. Pero la máquina en el tiempo estaba apagada cuando Ella… —De pronto, guardó silencio y la miró con los ojos

abiertos de par en par y la mandíbula colgando—. Poder… —susurró —. Debes tener algún poder, Ella.

Ella no sintió ningún músculo en el rostro.

—¿Qué poder?

Mia la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes qué? Channing tiene razón. Si el huso estaba allí, con las runas y todo, pero no había ninguna norna, de alguna manera debes haber sido la catalizadora.

Algo doloroso le ciñó el pecho. Nadie sabía nada acerca de sus sueños. Nadie sabía que podía cambiar los eventos. Y nadie debía descubrirlo.

—No sé de qué hablan.

A la hermana de Channing le brillaron los ojos. Se incorporó del banco y anduvo de un extremo al otro.

—Piensa. —Se tomó las manos—. Debe haber algún hechizo que utilizaste, quizás el mismo que usan las nornas cuando hacen que la gente viaje en el tiempo. ¿Quizás lo pensaste o lo dijiste en voz alta?

Channing pasó una pierna por el banco y se volvió hacia ella con el torso.

—Sí, dijiste: «Quédate aquí, conmigo. Veamos cómo salir de este desastre. Si viajara en el tiempo…».

Ella se humedeció los labios. La tensión que sentía en el pecho se le convirtió en una pelota.

—De acuerdo, pero ¿qué significa eso? No sabemos si esas palabras significan algo.

Todos guardaron silencio, y los cuatro pares de ojos se posaron en ella, que jugueteó con el banco. Jamás le había gustado ser el centro de atención.

¿Y si Channing tenía razón y había alguna especie de poder que la había ayudado a viajar en el tiempo? A veces sentía que podía detener el tiempo y acelerarlo o ralentizarlo, también podía cambiar cosas…

Como cuando estaban huyendo del ejército de Harald. Las flechas les caían por todo alrededor y se clavaban en el suelo mientras bajaban la colina a toda prisa, y Ella creyó que lograrían escapar. Pero de pronto, oyó un gruñido, y Channing se quedó sin

aire. Al mirarlo, se quedó congelada del terror al ver la flecha que le perforaba la espalda. Con una expresión de sorpresa, él comenzó a caer boca abajo. Ella había visto su muerte…

Había gritado, y el tiempo se había detenido. Channing se congeló en el aire, antes de tocar el suelo. Las flechas quedaron flotando a su alrededor. Ella podría haberlas tomado y tirarlas, y eso fue precisamente lo que hizo. Sin embargo, no bastó. Tenía que cambiar lo que ya había ocurrido. No podía dejarlo morir.

Por eso, al igual que en los sueños que solía tener, volvió a tejer el evento. Regresó en el tiempo, observó cómo la flecha salía del cuerpo de Channing y la piel se le cerraba sin daño alguno. Channing volvió a encontrarse de pie.

Aun así, eso no bastaría para mantenerlo vivo. Las flechas regresaron a los arcos que las habían disparado. Ella lo apartó de la flecha con toda la fuerza que tuvo… Eso le había quitado toda la energía y el poder. Había quedado tan drenada que Channing había tenido que cargarla.

¿Podía tener razón? ¿Tenía poderes?

Durante toda su vida había creído que era diferente a todos los demás. Siempre se había sentido extraña, aunque jamás había sabido qué o por qué se diferenciaba del resto de las personas. Eso siempre había sido un misterio para ella. Con un exterior rudo, cubría su rareza, se mantenía alejada de la gente y evitaba las amistades y las relaciones. Mantenía un reducido círculo de amigos y se preocupaba por su familia.

Pero si era cierto que podía hacer cosas extrañas que nadie comprendía, ¿qué sucedería? El temor la embargó y le congeló todo el cuerpo. De repente, se sintió débil.

No necesitaba ningún poder, no quería viajar en el tiempo, y todo eso la estaba asustando. Toda su vida se había preguntado si su madre se había marchado porque había algo mal con ella, y ahora Channing sugería que, en efecto, lo había.

No, no necesitaba eso. Lo que necesitaba era regresar a su familia y asegurarse de que estuvieran bien cuidados y protegidos.

Con pesadez en el pecho, se puso de pie.

—Si tuviera algún poder, como sugieren, la piedra hubiera funcionado cuando la toqué. Tiene que haber algo más en juego aquí. Quizás una de las nornas apareció sin que nos percatáramos de su presencia y lo activó.

Channing se volvió en el banco hacia ella.

—Ella…

—Sigamos considerándolo mañana. No quiero ser maleducada, pero me voy a acostar. Además, tienes mucho de qué hablar con tu familia. Mia, Hakon… gracias por la hospitalidad.

Bajo la mirada preocupada de Mia, Ella se marchó de la mesa y se dirigió al rincón que les habían asignado a ella y Channing. El analgésico debía de estar perdiendo el efecto porque le empezó a doler y latir el hombro. Sabía que podría tener una noche de desvelo por delante, pero eso no le molestó. No quería soñar. No quería tener otra confirmación de que había algo mal en ella.

CAPÍTULO

QUINCE

A pesar de todo, Ella se quedó dormida y soñó que estaba corriendo por la playa de piedra. El cielo estaba rojo, y la nieve que caía era roja también; los lobos la perseguían y no dejaban de salir de entre los bosques de pinos negros del este. Desde el oeste, un mar de fuego se alzaba como un tsunami y amenazaba con aplastar el mundo entero y quemarlo todo.

—Tienes poderes… —le dijo alguien—. Úsalos. Detén esto.

Pero ¿qué poderes? No había ninguna evidencia de que pudiera hacer nada. Y lo que creía que podía ser una habilidad para manipular el tiempo… probablemente era su imaginación hiperactiva. La gente alucinaba. A lo mejor tenía esquizofrenia.

Cuanto más lo pensaba, más crecía la pared de fuego y más se acercaban los lobos aullando y corriendo. Podía oírlos jadeando y rechinando los dientes. La ola de fuego se quebró con el rugido de una tormenta y se le acercó más y más…

Debió haber gritado. Porque de repente, todo acabó. Unos brazos fuertes la envolvieron y la arrancaron del sueño. «Channing …».

Se hundió contra él y se acurrucó contra su pecho y su vientre duro soltando un suspiro de alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro al tiempo que le enterraba el rostro en el cuello—. Te estabas sacudiendo y no dejabas de gimotear.

Ella soltó un suspiro y le hizo apretarle los brazos alrededor de la cintura. Ese rincón era sorprendentemente cómodo. El colchón era

suave y estaba relleno de plumas de ganso, y las mantas estaban hechas con lana de oveja. Todo estaba cubierto con una capa de piel suave. Ella se sentía cálida, limpia y cómoda. El hombro no le dolía demasiado o quizás se había acostumbrado a la molestia.

—Tuve un mal sueño… —susurró.

Se removió en sus brazos y se volvió a mirarlo. Channing se ceñía sobre ella, que apenas lo veía en las penumbras. A través de un agujero entre las dos cortinas, un halo pálido de luz lo iluminaba por detrás. Las únicas fuentes de luz provenían del centro del salón. Ahora estaba más tranquilo al otro lado de la cortina; los únicos ruidos que se oían eran los del crepitar del fuego en los tres hogares alargados y los ronquidos de la gente en la distancia. Ahora estaban en su pequeño mundo, acogidos y protegidos del exterior.

Ella estiró la mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Lamento haberme alejado de esa manera. Espero que tu familia no se haya ofendido.

—No, solo estaban preocupados por ti. Y yo también.

Era sincero, lo podía ver en sus ojos. La mirada de preocupación la hizo sentir cálida y entera. Le tomó el rostro entre las manos y le acarició la mandíbula con el pulgar.

—Estoy bien. —Era tan cálido, fuerte y atractivo… y tenía el cuerpo duro apretado contra el de ella—. En especial ahora —le aseguró.

Despacio, Channing se inclinó y la besó. Le acarició los labios con los suyos. Tenía la boca dulce y cálida, y el beso fue suave y tierno al principio, pero su aroma masculino y el aroma salado de mar, mezclado con el aroma a cuero y leña, tuvieron efecto sobre ella. Fue como si todos los sentidos se le hubieran electrocutado, como si pudiera sentir más, oír más, saborear más… saborear todo.

Los dos lo sintieron; y ella lo supo porque al inhalar, Channing profundizó el beso y se apoyó contra ella para envolverla en sus brazos. Acto seguido, le deslizó la lengua voraz y demandante en la boca. Le produjo una ola de fuego que le recorrió las venas y le generó electricidad en todo el cuerpo.

El deseo por sentirlo en lo más profundo del cuerpo hizo que la piel se le cubriera de sudor. El corazón le latió desbocado a un ritmo desparejo. Se le puso la mente en blanco y solo pudo pensar en apretarse más contra su cuerpo, disolverse en él y jamás dejarlo ir.

Channing se apartó y la miró.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien, tesoro?

Ella respiraba entre jadeos.

—Sí, solo ten cuidado con el hombro…

Channing gimió…

—¿Estás segura?

—Estamos en la Noruega del siglo IX. Dame lo mejor que tengas, vikingo.

Channing soltó una carcajada, y los ojos le brillaron en la oscuridad casi absoluta.

—Y no te vayas con cuidado.

Antes de que pudiera responder, Ella se acercó y le selló la boca con un beso. Se rozaron las lenguas con voracidad y ternura, y sintió un cosquilleo cálido. Channing se endureció aún más, y ella se estremeció por dentro de la excitación.

Channing le recorrió el cuerpo con una mano por debajo de las mantas hasta encontrar el borde de la túnica y subírsela hasta los senos. En el camino, le acarició el sexo y soltó un gemido de aprobación al comprobar que no llevaba ropa interior.

Cuando la tocó, un delicioso escalofrío la recorrió entera; cuando le acarició un seno, se arqueó contra él en busca de más, y cuando le acarició un pezón con el pulgar, la embargó una corriente eléctrica de placer.

—No te voy a desvestir para no rozarte la herida —le murmuró. Antes de que pudiera protestar y asegurarle que se encontraba bien añadió—: Pero voy a disfrutar tu cuerpo. Estas túnicas son ideales para eso. —Le jaló de la túnica para subírsela hasta el cuello y le depositó un rastro de besos por el cuerpo mientras descendía hasta su sexo.

Ella soltó un gemido y arqueó la espada al sentir los besos cálidos que le quemaban la piel, y los pezones se le endurecieron al quedar expuestos al aire fresco.

Y luego Channing se acomodó entre sus muslos y, cuando le encontró el sexo con la boca, desapareció. La barba incipiente que le cubría el mentón le rozó la cara interna del muslo y la quemó. El contraste de su piel con la boca suculenta que le acariciaba los pliegues, la lamía y le chupaba el clítoris le produjo una conmoción de placer.

Lo necesitaba. No se había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba, no solo a él, sino esa cercanía y esa ternura que él tenía. Cuando le introdujo un dedo y le dibujó un círculo, le produjo un escalofrío en todo el cuerpo y se tensó a su alrededor. Channing soltó un sonido de satisfacción masculina en señal de aprobación al verla mover las caderas para igualar los movimientos de sus dedos.

—Eso es, tesoro, móntame —la alentó con la voz ronca.

—Oh…

Channing se estaba tomando su tiempo y no podía saciarse de ella, pero demasiado pronto la llevó al punto en el que el placer casi se tornaba insoportable. A Ella le temblaron los muslos y se sintió cerca del abismo.

—Channing … voy a…

—Lo sé. Hazlo, tesoro —le murmuró—. Hazlo por mí. Lo necesitas.

Como una represa, se abrió y dejó que el placer se escapara de su cuerpo y la consumiera entera. Le enterró los dedos en el cabello y los cerró alrededor de sus mechones como para aferrarse a él mientras montaba esa tormenta de dulce éxtasis y las olas de luz solar le abrumaban todos los sentidos. Soltó unos gemidos suaves y se cubrió la boca para amortiguarlos. Cuando pasó el último temblor, se sintió pesada y suave.

Channing se incorporó y se quitó la camiseta por la cabeza. Al verle el cuerpo grande y duro con músculos que parecían entallados en mármol, Ella se quedó sin aliento y supo que aún no había acabado.

Channing quería recostarse a su lado, pero Ella se sentó y le apoyó una mano en el vientre para detenerlo.

—¿Ella? —le preguntó arqueando una ceja.

En lugar de responderle, se inclinó hacia la cintura de los pantalones atados con un nudo. Alzó el rostro para ver su mirada oscura llena de sorpresa y susurró:

—No puedo usar mi otra mano, así que tendré que valerme de la boca.

Channing soltó al aliento con un sonido largo y ronco que le hizo ocultar una sonrisa. Ella usó una mano y la boca para deshacer el nudo y frotarle la erección con el mentón en el proceso. Los músculos del vientre se le endurecieron mientras trabajaba, y lo sintió tomar una profunda bocanada de aire e intentar sofocar unos sonidos guturales. Cuando terminó con el nudo, los pantalones se le deslizaron por las caderas y le quedaron colgando gracias a la erección que sobresalía.

—Mmm… —Arqueó una ceja—. Déjame ayudarte con esto.

Con cautela tomó el borde de los pantalones con los labios y jaló del miembro y se lo acarició.

Channing se tensó.

—¿Qué me haces?

Luego los pantalones se le cayeron, y la erección se movió hacia arriba y abajo delante de ella. Sin pensarlo, se la introdujo en la boca, y Channing tomó otra bocanada de aire antes de ladear la cabeza.

—Oh, dulce…

A Ella le encantaba sentirlo excitado y fuera de control. Usó la lengua y se lo introdujo aún más. La dureza aterciopelada del miembro la dejó sin aliento. Por lo general, no disfrutaba practicar sexo oral, pero se trataba de él… de su vikingo… El hombre del que se estaba enamorando. Y con él, lo quería todo.

Movió la cabeza hacia adelante y atrás, lo acarició al tiempo que Channing movía las caderas y soltaba sonidos masculinos llenos de deseo. Ella comenzó a excitarse con él, y se le tensaron los músculos de la entrepierna.

—Oh, tesoro… —susurró—. Oh…

Se reclinó, le tomó la mano y lo empujó para que se recostara de espaldas.

—Eres una diosa, Ella… —La recorrió de arriba abajo con la mirada—. Eres hermosa… Y mía.

A Ella le encantaba oírlo llamarla así, por más de que eso no fuera a durar, por más de que solo fuera por ese momento.

Se sentó a horcajadas y se acomodó el miembro entre los pliegues húmedos y doloridos. Channing le acarició los senos al tiempo que se hundía en ella y la oía soltar un jadeo ante el modo en que se le estiraban los músculos.

Encajaban a la perfección, su carne rígida la llenaba por completo. Y mientras él se movía dentro de su sexo tierno, se sintió elevarse hasta la cima. La embistió mirándola a los ojos y abrazándola en la oscuridad.

El cuerpo se le estremeció mientras el orgasmo continuaba construyéndose en su interior, cálido y furioso. Todo en su interior se tensó, y cuando soltó un suspiro temblando, llegó a la cima con violencia, arqueó la espalda y entrelazó los dedos con los de él.

Mientras se mecía entre las olas de placer, lo sintió tensarse y apartarse de ella, y cuando acabó en su estómago, Ella recordó que en ese siglo no tenían condones. A pesar de eso, su noble vikingo la seguía protegiendo con cada uno de sus actos.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Se quedó recostada en los brazos de Channing e inhaló su aroma mientras él le acariciaba el brazo sano. Lo necesitaba. Necesitaba eso y ahora que yacía saciada y pesada cerca de él, casi disuelta en él, no quería que eso acabara.

A pesar de encontrarse lejos de su familia, a pesar de estar herida, a pesar del peligro que ese hombre representaba para el mundo y para ella, nunca había sido más feliz. Y quizás nunca sería más feliz que en ese momento.

Pero ¿acaso Channing pensaría que había algo malo en ella si le contaba acerca de sus sueños y de los momentos extraños en los que creía que podía manipular el tiempo? ¿La abandonaría como lo había hecho su madre? ¿O la comprendería como nadie más porque él también le había confiado un secreto oscuro y había puesto en riesgo no solo su libertad sino también su vida?

Además, quizás necesitaba a alguien que la ayudara a entender qué era exactamente lo que experimentaba en esos momentos en los que el tiempo parecía detenerse y rebobinarse.

Tenía que confiar en él, pero le era difícil confiar en la gente. Channing le depositó un beso en la sien y la volvió hacia un lado para enfrentarla, aunque se encontraba algo mareada y a punto de quedarse dormida. Pero si le quería contar sus experiencias extrañas, no habría mejor momento. No creía que fuera a ser capaz de volver a cobrar fuerzas para hacerlo al día siguiente.

—Necesito decirte algo… —le susurró, y a pesar de que se encontraba cálida en sus brazos y debajo de las mantas, sintió un escalofrío.

Channing abrió los ojos y le dio soporte a la cabeza con el brazo mirándola.

—¿Qué?

Como siempre con él, tenía la sensación de ser el único foco, de ser la única que existía para él.

Dio vuelta la cabeza en la almohada para mirarlo y se lamió los labios.

—No te he contado todo acerca de mí y… el tiempo.

Channing asintió con una expresión solemne.

—Cuéntamelo ahora.

Ella soltó un suspiro, y los nervios le tensaron el estómago. Tomó el borde de la manta de lana y comenzó a juguetear con él.

—No es fácil decirlo en voz alta. Jamás se lo conté a nadie. Ni siquiera mi padre lo sabe.

—De acuerdo.

—Eh… —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo lo digo para que no pienses que estoy loca… aunque yo misma a veces creo que lo estoy?

—Tesoro, recuerda que estás hablando con el hombre que te dijo que había viajado en el tiempo.

—Y pensé que estabas loco.

Channing soltó una carcajada.

—Es cierto. Sin embargo, sea lo que sea, no puede ser peor que ser el motivo del Ragnarök.

—Ya lo veremos. Bueno, aquí vamos. —Tomó una profunda bocanada de aire—. A veces, tengo unos sueños… Y ni siquiera yo entiendo qué está pasando… pero es como si pudiera revivir los eventos que me han ocurrido y cambiarlos.

Ella se detuvo y alzó la mirada para verlo. La estaba escuchando con las cejas arqueadas y los ojos entrecerrados.

—¿En qué sentido? —le preguntó.

—Eh… bueno… es como si recordara cómo ocurrió el evento y luego rebobinara el tiempo como si fuera una película. Y entonces

puedo cambiar lo que hago. Cuando despierto y recuerdo el evento, es la versión cambiada.

Channing tenía la mirada fija en ella y parpadeaba.

—Por Odín y Thor —murmuró.

—Pero también puedo detener el tiempo en la vida real… o al menos eso es lo que creo que está sucediendo. O quizás he soñado con ciertos eventos y los he cambiado. Pero hay momentos, como por ejemplo cuando estoy a punto de chocarme con algo, en que todo a mi alrededor se ralentiza y los sonidos se amortiguan, pero yo me puedo mover normal. Como ayer, cuando huíamos de los hombres de Harald y supe que una de las flechas te encontraría, detuve el tiempo y te aparté de la flecha.

El rostro de Channing se quedó perplejo, y los ojos perdieron el foco.

—Recuerdo ese momento. Creí que la flecha me alcanzaría y que estaba muerto. Me salvaste la vida, Ella.

—Claro, haría lo que fuera por salvarte. Eso no fue nada. El problema es que no sé cómo lo hago. No siempre puedo acceder a eso… es como un modo de pánico.

Channing asintió con la cabeza.

—Entonces, tenía razón. Sí tienes poderes.

Ella se sonrojó.

—Entonces ¿no crees que estoy loca? ¿Me crees así de fácil?

Le tomó el rostro entre las manos.

—Tesoro, te confío mi vida. Cuando te dije que mi lealtad es contigo, ¿creíste que bromeaba? Confío en ti, te creo y te amo.

A Ella le explotó el corazón con una mezcla de ternura y temor. «Confío en ti, te creo y te amo». Cada palabra le detonaba una bomba en la cabeza y hacía añicos la realidad. ¿Quién era ella sin el mecanismo protector que la ayudaba a mantener a la gente alejada?

Unas lágrimas le nublaron la vista. De repente, deseó no estar recostada en la cama, deseó poder incorporarse y salir huyendo para alejarse de él.

—¿Cómo me puedes decir eso cuando nuestros días juntos podrían estar contados con los dedos de una mano?

—No lo sabes. Y te lo digo porque es cierto. Sin importar cuánto tiempo tengamos juntos, quiero que sepas lo que siento.

Ella no lo soportó más, se removió en la cama y se sentó erguida apoyando la espalda contra la madera de la pared de la alcoba. Él también se sentó y la miró con cautela.

—No hace falta que te enfurezcas cuando alguien te dice que te ama y que confía en ti.

Ella se subió las mantas aún más y se abrazó con un brazo.

—No me digas lo que tengo o no tengo que hacer.

Channing soltó un gruñido gutural.

—¿Por qué intentas pelear?

«Porque si te mueres o logramos que regrese al futuro, será más fácil si estoy enfadada contigo que si te digo que yo también te amo».

—No estoy intentando pelear. Estábamos hablando de mis sueños alocados y de lo que significan. ¿Qué crees?

Channing ladeó la cabeza.

—Creo que tienes miedo. Creo que tú también me amas y que te aterra porque no quieres perderme al igual que yo no quiero perderte. Creo que me lo acabas de decir a tu manera retorcida.

¿Cómo hacía para leerla con tanta facilidad? Porque eran un solo ser. Porque eran demasiado similares. Porque la entendía como nadie más lo hacía. Y eso era mucho peor porque le dolería más que cualquier otra cosa.

«Sí, ¿de acuerdo? —quería decirle en un susurro enfadado—. Y me aterra. Me encantaría quedarme y luchar contigo y resolver todo, cómo detener el Ragnarök y cómo derrotar a ese rey demente que te quiere ver muerto y cómo salvarte la vida. No quiero perderte, pero no puedo estar lejos de mi familia». Sin embargo, no le dijo nada de eso y siguió jugueteando con la manta en silencio.

—Deja de decirme lo que siento. Eres muy mandón. Dime qué piensas acerca de lo que te acabo de contar.

Channing soltó una carcajada.

—¿Y ahora quién está siendo mandona?

Ella apretó los labios para contener una sonrisa. Channing soltó un suspiro.

—Te puedes enfadar todo lo que quieras porque no me iré a ningún sitio. Y si necesitas decirme que me amas a tu propio tiempo y con tus propias palabras, puedo esperar. En cuanto a tus poderes… he oído algo similar a lo que describes.

Ella contuvo el aliento. Channing tenía la mirada clavada en la oscuridad de la esquina y movía los ojos de izquierda a derecha como si estuviera intentando recordar algo.

—¿Conoces el mito de las nornas?

—Sí, las tres hermanas que crean y tejen los destinos.

Channing asintió con la cabeza.

—Viven en un salón al lado del pozo de Urd, que es el pozo del destino. Es el pozo que alimenta las raíces del Yggdrasil, el árbol del mundo que le da soporte a los nueve mundos nórdicos.

—Sí, lo recuerdo de mi investigación. A mi madre le gustaba la mitología nórdica, y leí un poco para intentar entenderla mejor.

—Por lo general, las *völvas* cuentan las profecías que oyen de los dioses y cuentan historias de ellos, las historias de cómo se crearon los mundos y cómo sucederá el Ragnarök. Cuando era pequeño, una *völva* visitó Lomdalen y nos habló de las nornas, algo que no suelen hacer porque la gente quiere oír historias de Loki, Thor, Freyja y Odín.

—¿Y qué dijo?

—Que las nornas ven el destino en el pozo de Urd, y que allí pueden cambiarlo antes de que ocurra.

—De acuerdo, ¿y? ¿En qué se parece eso a lo que te describí?

—Bueno, una de las nornas, Skuld, es la responsable por lo que será o, en otras palabras, que se cosecha lo que se siembra. Ella decide qué se cosecha haciendo girar el destino en el pozo de Urd. Cuando toma el huso y gira el evento en el agua en el sentido del reloj, se convertirá en el futuro. Cuando lo rota a contrarreloj, puede deshacer lo que se ha decidido y cambiarlo.

Ella se abrazó las rodillas con un brazo.

—De acuerdo… Veo la lógica de por qué eso te recordó al hecho de rebobinar el tiempo, pero no estoy segura de que guarde alguna conexión conmigo o de cómo usar esas habilidades.

Channing tomó una profunda bocanada de aire y soltó el aliento despacio.

—Yo tampoco, pero creo que las nornas están involucradas y tienen un papel más importante de lo que creemos. Y, de alguna manera, tú debes estar conectada con esto.

CAPÍTULO

DIECISIETE

El viento sopló contra el gran salón, y las paredes se estremecieron. Channing alzó la mirada del plato de pan y salmón ahumado. La noche anterior, cuando Ella y él habían hecho el amor y habían hablado, todo había estado tranquilo y quieto. Ahora, en cambio, las llamas en el hogar central se agitaron, y unas chispas salieron volando en el aire que se acababa de tornar gélido. Channing intercambió una mirada con su padre, que se encontraba sentado al otro lado de la mesa larga y había dejado de masticar.

No había demasiada gente presente en el gran salón. La mayoría de los aldeanos se encontraban afuera realizando sus tareas cotidianas, como cortar leña, alimentar a los animales, buscar agua y confeccionar nuevas herramientas y cuchillos o reparar las que se habían roto. Varias mujeres tejían con telares en el gran salón. Algunos criados cortaban carne y coles, pelaban nabos y fritaban pescado en las grandes sartenes de hierro en el hogar central. Los guerreros de su padre comían en la mesa alargada al lado de la de Channing.

—El invierno se ha adelantado este año —señaló Hakon.

La siguiente ráfaga de viento fue aún más fuerte, y las puertas del gran salón se abrieron de par en par. El viento apagó las llamas en las lámparas de aceite, levantó los juncos del suelo y mandó volando a los más delgados y pequeños por todo el espacio. Unas chispas y cenizas del hogar central también flotaron en el aire antes

de aterrizar sobre los juncos secos. Se produjeron varios incendios, pero todos se incorporaron de un salto para apagar las llamas con los pies.

—No se trata de un invierno cualquiera —le dijo Channing poniéndose de pie.

Hakon se puso de pie con él, y avanzaron hacia la puerta abierta. La nieve les voló contra el rostro, y los copos se sintieron como los aguijones de las avispas. Era difícil ver a través de la neblina, pero colina abajo, en la aldea, el fiordo había dejado de ser un cuerpo de agua serpenteante y quieto. Las aguas oscuras se alzaban rebeldes y violentas y reventaban contra la orilla.

Channing frunció el ceño.

—¿Soy yo o el fiordo está a punto de inundarse?

—Por la mierda de Loki… —maldijo Hakon y corrió hacia el banco en el que se habían sentado a comer para tomar el abrigo de piel de oso.

Unas figuras oscuras subían corriendo la colina. Su madre, Ella y sus hermanos habían comido más temprano y se encontraban en el huerto para intentar salvar cualquier sobra de verduras y hierbas que encontraran. Y aunque solo se encontraba a unos pocos metros del gran salón, Channing estaba preocupado.

Se volvió hacia su padre que se estaba cerrando el abrigo.

—Iré a buscarlos.

—De acuerdo —dijo Hakon. Su padre parecía un acantilado frente a una tormenta. Era el hombre en el que la gente siempre podía confiar, y todos en la aldea lo adoraban, aunque hacía muchos años, varios habían creído que estaba maldito por su marca de nacimiento—. Iré a ayudar a la gente en el fiordo. Todos tienen que regresar al gran salón y esperar a que pase la tormenta allí. Si estamos juntos, somos más fuertes.

Channing asintió con la cabeza. Su padre regresó adentro y les pidió a sus guerreros de confianza que fueran a llevar a todos los que vivían en las otras casas comunales al gran salón. En cuestión de segundos, los guerreros desaparecieron en la neblina.

Algunas de las personas que vivían a orillas del fiordo ya se estaban apresurando a entrar en el gran salón con niños, ovejas,

vacas y las posesiones que hubieran podido llevar con ellos. El gran salón se convertiría en el refugio de la aldea. Por lo tanto, iban a necesitar comida y agua. Si la tormenta duraba varios días, no iban a poder salir a buscar nada, de modo que tendrían que estar preparados para todo de antemano.

Channing salió corriendo a la tormenta y parpadeó para liberarse de la nieve. Le resultaba difícil ver y caminar, pero pronto divisó las siluetas oscuras en el huerto de su madre, que se encontraba rodeado por un cerco de madera. Los cuatro estaban agachados con rastrillos y palas.

—¡Vengan! —exclamó a través del ruido del agua y el viento—. ¡Es hora de regresar!

Ella se enderezó y metió unas verduras en la cesta.

—Ya casi terminamos.

—Mamá, la tormenta ya está aquí —dijo Channing.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Por fin se enderezó y lo miró—. Un poquito más. Si de verdad se avecina el Fimbulvetr, estas son las últimas hierbas medicinales que veremos en varios años.

La idea le produjo un escalofrío.

—Está bien. Te ayudaré.

Se agachó y arrancó un ramo de dientes de león con sus raíces y, sin molestarse en limpiarlas, lo arrojó en la cesta de Ella. Continuaron trabajando un rato más. Cuando el viento se tornó insoportable y les robó hasta el último aliento, se detuvieron para recoger las cestas y regresar al gran salón.

Una vez dentro, alguien cerró las puertas, pero la tormenta no dejaba de azotar contra el gran salón. La mayoría de los habitantes de Lomdalen ya se encontraban allí. La gente tenía expresiones sombrías, confundidas y preocupadas en el rostro. Mientras que su madre se dirigía al rincón que usaba de consultorio, Channing miró a Ella. Tenía las mejillas y la nariz rosadas del frío y se frotaba el brazo sano contra el abrigo para calentarlo con los dedos rojos e hinchados de trabajar en el suelo congelado y en la nieve. Esperaba que no hubiera tenido que usar el brazo herido.

Las vacas mugían y las gallinas cacareaban mientras picoteaban entre los juncos del suelo. Las ovejas y las cabras balaban. Los

aldeanos habían llevado hasta los caballos al interior del gran salón. Todos estarían mejor juntos en el interior de una edificación y manteniéndose cálidos los unos a los otros, aunque los animales sin dudas ensuciarían la residencia del *jarl*.

—Es peor que en Boston, ¿no? —le preguntó Ella. Tenía los ojos abiertos de par en par y le brillaban llenos de preocupación—. Espero que el Ragnarök haya desaparecido de allí.

Channing la abrazó y le dio un beso en la coronilla, que estaba húmeda de la nieve derretida. Inhaló el aroma a nieve y hierbas, y algo dulce y femenino.

—Probablemente, me siga a donde quiera que vaya. De seguro tu familia se encuentra bien.

—Pero la tuya no. —Lo miró—. Qué par más raro que somos, ¿no crees? De seguro, no existió una pareja más rara en toda la historia del mundo. Tú con el Ragnarök siguiéndote como un perro faldero, y yo con habilidades extrañas que no entiendo.

A pesar de que en la atmósfera reinaba la desesperación, Channing sintió que las comisuras de la boca se le curvaban.

—No oí más nada después de que nos llamaras una pareja.

Ella ladeó la cabeza con una nota de tristeza en el rostro.

—Eso no cambia nada, sin importar cómo nos llamemos.

—Exacto. Así que nos podemos llamar lo que queramos, incluso…

«Marido y mujer» quería decir. Había sabido que quería casarse con ella durante mucho tiempo; sabía que no había más nadie para él en ninguna época de la historia del mundo. Pero al parecer todo estaba en contra de ellos…

Ni siquiera había terminado su pensamiento cuando se oyó un grito que precedió a un golpe fuerte. Channing alzó la mirada. Uno de los aldeanos yacía sobre una mesa mientras que las tazas y los platos yacían en el suelo con la comida desparramada por doquier. Otro hombre se ceñía sobre el primero con los puños apretados y el rostro desformado con una máscara de furia. En breve, le clavó el dedo índice en el rostro.

—No te atrevas a tocar la leche de mi vaca —gruñó.

El otro hombre se volvió al costado y se llevó la mano a los pies, acercándola peligrosamente al hacha que le colgaba del cinturón.

—¡Tenemos que compartir la comida! Tuve que dejar mi vaca en la casa. Está inundada con el agua congelada del fiordo y he perdido todas mis posesiones. ¿Cómo voy a alimentar a mis hijos?

—¿Y cómo voy a alimentar yo a los míos si te doy la leche de mi propia vaca? —gruñó el otro.

El primero no respondió, pero se lanzó contra el otro. Más y más hombres intervinieron en la pelea; arrojaron puñetazos y soltaron gruñidos y gritos enfadados que llenaron la habitación. Hasta algunas mujeres comenzaron a gritarse y a señalarse con los dedos. Los niños gritaban y, estresados por todo el alboroto, los animales también protestaron.

—¡Ya basta! —la poderosa voz de Hakon resonó por todo el gran salón y se hizo el silencio de inmediato. Solo se oyó el aullido del viento. —Compartiremos la comida mientras esperamos a que pase la tormenta. Habrá suficiente para todos. Debemos ayudarnos en estos momentos de necesidad y no atacarnos mutuamente.

—Ya ha comenzado el Ragnarök —anunció uno de los hombres de la aldea—. Y como decía la profecía, los hermanos se matarán entre ellos. Solo es cuestión de tiempo…

—No —dijo Hakon—. En Lomdalen, no. Estaremos por encima de esto. Aguardaremos a que pase la tormenta. Y si es el Ragnarök, encontraremos el modo de sobrevivirlo, sin importar cuánto tiempo nos lleve. Porque somos familia, y mientras nos cuidemos entre nosotros, seremos fuertes.

Pero si en efecto se trataba del Fimbulvetr, Channing se preguntó cuánto tiempo duraría la humanidad cuando empezaran a sentir el hambre y la gente no tuviera nada con lo que alimentar a sus hijos y sus seres queridos.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

La tormenta debió haber azotado una semana entera. Las horas pasaban lento, y la tensión en el gran salón crecía a diario a pesar de los intentos de Hakon y de Channing de calmar a la gente.

El aullido del viento y la nieve que caía sin cesar y golpeaba las paredes de la casa comunal se convirtieron en un dolor de cabeza constante para Channing y, al mirar al resto de los aldeanos, parecía que sentían algo similar. La gente se sentaba sobre los bancos y el suelo con la mirada clavada en las llamas o en el aire. Las conversaciones fluían forzadas, y las voces sonaban tensas. Las peleas y las discusiones explotaban cada vez más seguido durante el día.

Channing también sentía el temor y la irritación como un ardor en la garganta. Y apenas podía controlar la necesidad de perder los estribos con alguien. En especial, con Ella. Quizás porque la deseaba como un toro en celo o, quizás, porque una parte de él estaba muy enfadada de que aún tuviera las defensas en alto y siguiera huyendo de lo que en verdad sentía por él. Aun así, no perdió los estribos. La tormenta sacaba lo peor de la gente, cosas que por lo general nadie diría ni haría.

Channing sabía que Ella no se sentía bien atrapada en la casa comunal con los nórdicos. Para él también era una situación extraña; tras haber pasado los últimos catorce años en la moderna ciudad de Boston, no había anticipado lo mucho que lo conmocionaría eso.

Debía de haber sido el séptimo día cuando la tensión y el desasosiego alcanzaron un nuevo nivel en el gran salón. Aún les quedaba algo de comida almacenada, pero las provisiones iban bajando con el pasar de los días. Y el gran salón debía de estar enterrado bajo tanta nieve que si se atrevieran no sería posible salir al exterior.

Channing estaba sentado en el banco sin hacer nada y golpeando el pie contra el suelo como un maldito conejo. Sintió la presencia de alguien a sus espaldas antes de verlo. Sus instintos de guerrero se apoderaron de él y, con un movimiento rápido, se incorporó y al mismo tiempo desenvainó la espada. Cuando se volvió, vio que se trataba de John, que sostenía el hacha en una mano y tenía los pies separados y los ojos oscuros a la luz de las llamas del hogar.

Esa oscuridad los había envuelto durante varios días. ¿Cómo sería vivir en la oscuridad durante tres años? Eso era lo que duraría el Fimbulvetr. Sería eterno. Todos echaban en falta la luz del sol y el aire fresco. No era de sorprender que estuvieran tan inquietos cuando se la pasaban respirando el sudor y la orina de otros.

Channing bajó la espada.

—Disculpa, hermano.

Sin embargo, John no apartó el hacha.

—Está bien, hermano.

Channing asintió con la cabeza hacia la jarra que había sobre la mesa.

—¿Quieres hidromiel?

John no se movió. El hidromiel era lo último que tenía en la mente un guerrero de diecisiete años lleno de energía, fuerzas y opiniones. Channing lo sabía porque había sido igual. A los diecisiete años, había decidido que no quería ir al siglo XXI. Había escogido su camino: quería ser un gran guerrero, un gran *jarl* y un gran comerciante, como lo era Hakon. A los diecisiete años, había sabido lo que estaba bien y lo que estaba mal, y su padre era la única persona que había tenido algo de influencia sobre él.

—Dime algo —comenzó John y miró alrededor del salón—. ¿Valió la pena?

—¿De qué hablas? —le preguntó Channing, aunque lo sabía bien.

—Regresar.

A Channing se le tensaron los dedos alrededor del mango de la espada.

—Por supuesto que valió la pena.

—¿Y qué te hace decirlo?

Channing sintió un escalofrío en la columna vertebral.

—La sonrisa en el rostro de tu madre. El abrazo de aprobación de tu padre. Tu…

John soltó una carcajada.

—Cuando te marchaste, de repente me convertí en el hijo más importante. El heredero. El próximo *jarl*.

Diablos. John hizo un gesto amplio con el hacha en el gran salón. La hoja destelló. Muchos ojos se encontraban puestos sobre ellos. Varios hombres y mujeres se encontraban acurrucados alrededor de las mesas o yacían en el suelo. Los niños jugaban con perros, gatos y juguetes de madera. El canto eterno de trescientas personas atrapadas en un espacio reducido se apagó.

—No te quitaré el reino, si eso es lo que temes —le aseguró Channing.

A John se le curvó el labio superior.

—¿Temer? No temo nada. Y mucho menos de ti.

Channing separó más las piernas y apretó la espada.

—Ya basta —dijo alguien.

Mia, su hermana, se detuvo a su lado. Sostenía un *seax* con firmeza en la mano. Parada con las piernas bien separadas, los fulminaba con la mirada.

—Sí, mucho menos de ti —prosiguió John ignorando a su hermana—. Porque nos has traído esto.

Con un ademán, señaló las puertas con el hacha. La nieve se había acumulado entre las grietas de los tablones de madera y el viento se colaba entre los huecos.

—¡John! —ladró su madre al tiempo que se acercaba desde otra esquina del gran salón esquivando a los aldeanos—. Ya basta con esto.

Hakon también se puso de pie.

—¡Es tu hermano! —exclamó su hermana.

—John tiene razón —dijo un hombre entre la multitud y se puso de pie con un hacha en la mano—. Ulf Hakonson ha traído el Ragnarök. Por eso el rey Harald lo quería muerto.

Más hombres se pusieron de pie asintiendo con la cabeza y soltando exclamaciones de aprobación.

—No sabemos cuánto tiempo tendremos que sentarnos aquí —prosiguió John—. La alacena estará vacía para mañana. No podemos ir a los silos de afuera. ¿Qué van a comer los niños? ¿Qué le darás de comer a tu mujer, Ulf?

Lo peor de todo era que John tenía razón. El resto de las personas también estaban de acuerdo. De a poco, más y más aldeanos se incorporaron de sus asientos agitados y hablando todos al mismo tiempo.

—Pero ¿qué diablos les pasa? —exclamó Ella poniéndose de pie entre unos bancos a la distancia y subiéndose a una mesa para mirar a la multitud. Todos guardaron silencio y la miraron—. No pueden condenar a una persona por algo que les parezca justo. Eso es la justicia de las masas. Hakon, tiene que haber alguna ley que proteja a la gente de eso.

Todos se volvieron a mirar a Hakon, que avanzó hacia Channing con calma y una expresión solemne en el rostro.

—Nadie va a matar a nadie. —Hakon se detuvo al lado de Channing y señaló a John—. No sabes nada, hijo. Si le haces daño a tu propio hermano, jamás te perdonarás. A lo mejor sientes que es lo correcto ahora, pero jamás te recuperarás de eso. Matarás una parte de ti mismo con él.

Había tal silencio, que Channing oía los ratones que se movían entre los juncos. Hakon miró alrededor.

—Y lo mismo va para todos ustedes. Si le hacen daño a su hermano, a su amigo o a su esposa, estarán perdidos por el resto de sus vidas. Jamás podrán perdonarse.

En realidad, no solo la gente estaba en silencio. Había un silencio absoluto. No se oía más el caer de la nieve, ni el aullido del viento, ni el temblor de las paredes. El agresor se había marchado. Y se

había llevado la irritación. De repente, todos los ojos se llenaron de esperanzas.

Abrieron la puerta para descubrir una muralla de nieve que se derramó en el gran salón. A sus espaldas, el cielo despejado brillaba intensamente en contraste con la nieve blanca. Y como si le hubieran revelado una respuesta, Channing supo qué debía hacer. Miró a su padre, que se encontraba de pie a su lado y miraba la nieve.

—Las cosas solo empeorarán —le dijo—. Tengo que marcharme de aquí. Tengo que enviarla de regreso a su época. Y, quizás, tenga que marcharme yo también.

Hakon tomó una profunda bocanada de aire y exhaló con fuerza.

—¿Y a dónde vas a ir?

—No lo sé. A cualquier sitio que vaya, me seguirá.

Hakon negó la cabeza.

—No creo que puedas huir para siempre, hijo.

Channing asintió.

—Necesito respuestas. Necesito comprender mejor la profecía. Y como no podemos descifrar cómo enviar a Ella de regreso a su época, tenemos que encontrar a alguien que nos lo pueda decir.

Hakon lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Sabes dónde vive la *völva* que trajo la profecía?

—Sí, estaba viajando, pero se asentó en la montaña del Lobo debido a su edad.

—La montaña del Lobo… Es a dos días andando, ¿no?

—Sí.

—Iré.

—¿A dónde? —le preguntó Ella, que apareció a su lado.

Channing la miró a los ojos.

—A encontrar a la *völva* que trajo mi profecía y preguntarle cómo detener el Ragnarök. Puede que también nos pueda decir cómo enviarte de regreso a tu época.

—Entonces iré contigo.

—¿Y el hombro?

—Está bien. Ya está mucho mejor. Iremos juntos.

Se apresuraron a juntar sus cosas y empacar carne seca, lardo salado, avena, pieles y algunos otros utensilios para el viaje.

El cielo estaba tan celeste cuando subieron la montaña de nieve que cubría el gran salón, que les resultaba doloroso mirar debido a la cantidad de nieve que había caído sobre el mundo. La nieve cubría la mitad de las casas, y el fiordo estaba completamente congelado. Por lo que Channing y Ella se pusieron unos zapatos para la nieve.

—Lo siento, hermano —le dijo John, que se había guardado el hacha en el cinturón.

—Yo también lo siento —le dijo Channing —. Nunca quise lastimar a nadie. Y mucho menos a mi familia. Cuídense de los incendios. Recuerden lo que les dije acerca de los incendios.

Su madre dio un paso hacia él y le tomó el rostro entre las manos.

—Ya lo sabemos. Con o sin Ragnarök, somos una familia fuerte que se quiere mucho. —Miró a Ella y le sonrió—. Y tú también eres parte de ella, cariño.

Ella le ofreció una sonrisa tímida. Era adorable cuando flaqueaba de ese modo delante de su madre siendo capaz de enfrentarse a criminales inescrupulosos sin siquiera parpadear.

Hakon le apretó el hombro.

—Tú puedes hacerlo, hijo. Puedes encontrar el modo de detener esto. Creo en ti.

Su hermana lo abrazó con fuerza.

—Cocinaré *skyr* cuando regreses.

Channing soltó una carcajada.

—Pero tú no cocinas.

Ella se rio.

—Exacto. ¿Ves cuánto te quiero?

Channing asintió con la cabeza. Mientras Ella y él se despedían y les agradecían a todos la hospitalidad, se dio cuenta de que solo había pasado una semana desde que había encontrado a su familia luego de catorce años. Una semana, y ya tenía que volver a dejarlos. Luego de despedirse de ellos y de todos con la mano y emprender la subida por la colina, Channing no dejó de mirar hacia atrás

intentando grabarse en la memoria las cuatro siluetas que se encontraban de pie en el medio de la nieve. Quizás nunca volvería a verlos.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Se pasaron todo el día subiendo la montaña. Los zapatos para la nieve que les habían dado sus padres los ayudaron a avanzar más rápido. Hakon no sabía la ubicación de la *völva*, y Channing no sabía cuánto tiempo les llevaría encontrarla, en especial con tanta nieve que atravesar.

Era extraño ver que los árboles aún tenían hojas verdes bajo la nieve. Parecía como si al día siguiente pudiera derretirse, y pudieran tener unas semanas más de clima cálido, como solía suceder allí. Lo llamaban el segundo verano. Sin embargo, si se trataba del Fimbulvetr, el invierno no tendría fin. No había ni segundo verano, ni primavera, ni tampoco esperanza alguna.

Ella y Channing subieron por las pendientes rocosas y cubiertas de nieve, caminaron por el oscuro bosque de pinos y cruzaron el lago de un glaciar que se había congelado por completo en tan solo siete días. Por fortuna, habían llevado comida suficiente como para sobrevivir unos días, ya que en el camino no vieron ningún indicio de animales o aves, ni siquiera señales de los dichosos lobos. Todos los animales parecían haber peregrinado hacia el sur, y esas tierras parecían inhóspitas. A lo mejor aún podrían pescar, pero con las temperaturas disminuyendo tan pronto, hasta los peces migrarían hacia el sur en busca de aguas más cálidas.

Así era como había comenzado todo, y en el siglo IX, sin refrigeración, ni sistemas de transporte mundiales, ni medios para

producir luz y calor, la gente sentiría los efectos del fin del mundo mucho más rápido.

Tenían que llegar a la bruja pronto. Channing necesitaba respuestas. La más importante era cómo enviar a la mujer que amaba de regreso a su época.

El sol ya se estaba poniendo cuando por fin vieron una cabaña. En realidad, no era más que una choza, cubierta por la nieve y bajo las sombras de gigantes píceas.

Channing se detuvo a unos pocos metros de la cabaña y la observó respirando entre jadeos tras la larga subida por la colina.

—No se ven señales de vida. No hay humo ni rastros en la nieve. Creo que está abandonada. Es la mejor oportunidad de tener refugio esta noche.

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Déjame mirar alrededor primero para asegurarme. —Avanzó hacia la cabaña abandonada, y Channing la escuchó mascullar—: Extraño mi arma…

La siguió a pesar de lo que le había instruido. La puerta estaba trabada por la nieve, y tuvieron que combinar las fuerzas para despejar un área lo suficientemente grande como para abrirla. En el interior, parecía que nadie había estado allí en mucho tiempo.

—Debe ser la cabaña de caza de uno de los aldeanos de mi padre.

Channing apenas podía mantenerse de pie erguido de lo bajo que era el cielorraso. El hogar era pequeño, y el hueco para el humo estaba cubierto de nieve. Había un banco para dormir en una esquina y una pila de leña en el interior. También encontraron ollas y un cuchillo para cocinar, un hacha y varios utensilios de cocina apilados sobre un cofre y cubiertos de polvo. Había algunas pieles viejas que probablemente se usaban como mantas en una esquina. El aire olía a tierra y madera vieja. Unas pequeñas pilas de nieve se acumulaban entre los huecos de los tablones, y mientras Channing respiraba, la condensación le salía de la boca como nubes, al igual que en el exterior.

Se volvió hacia Ella.

—Esto nos bastará. Encenderemos una fogata y usaremos las bolsas de dormir. Estaremos bien.

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Es mejor que dormir afuera.

Al cabo de unas horas, terminaron de limpiar el hueco encima del hogar, y el fuego ardía y jugaba alegre mientras el estofado se cocinaba. Habían derretido nieve y le habían añadido algunas tiras de cecina, unos puñados de avena y centeno y unos nabos deshidratados. No era la comida más deliciosa, pero llenó el espacio de un agradable aroma a comida casera. Y mientras Channing miraba a Ella, sentada sobre el abrigo de piel de lobo y soplando el cuenco con estofado, no se pudo imaginar otro sitio en el que prefiriera estar.

Channing le contó que su padre le había enseñado a cazar y pescar, que él y John e incluso su hermana, Mia, habían ido juntos y se habían quedado en una cabaña similar a esa algunas noches. Le aseguró que eso había definido quién era y había fortalecido su conexión con la naturaleza. Le había enseñado que podía sustentarse solo. Había aprendido a rastrear animales y a sobrevivir en la naturaleza. A encender una fogata sin un eslabón de acero y encontrar plantas, nueces y setas.

—En esa época, creí que era el hombre que debía ser. Nunca me imaginé que sería un multimillonario, dueño de un puerto y viviendo en la cima de una torre de cristal. Ni me imaginé vistiendo trajes delgados que costarían varios salarios, ni conduciendo coches en lugar de montando caballos, ni construyendo una máquina para viajar en el tiempo.

Ella bebió un sorbo y lo estudió. Los ojos del color celeste glaciar tenían una nota dorada en la luz anaranjada del interior. La leña crujía y canturreaba bajo las llamas.

—¿Cómo se siente estar de regreso aquí? Querías regresar hace mucho tiempo, recurriste a cosas descabelladas… ¿Valió la pena? ¿Estás en casa?

A Channing se le ciñó el pecho y se volvió para mirar las llamas que bailaban y lo hipnotizaban.

—No lo sé. Es extraño. Ya no siento que este sea mi hogar. No siento pertenecer aquí.

—¿Por qué?

—Han pasado catorce años, Ella. Supongo que este vikingo se convirtió en un hombre moderno.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—No eres el típico hombre moderno, amigo.

—¿Y eso es bueno?

Le apoyó la cabeza contra el hombro.

—Sí, es muy bueno. —Alzó la mirada para verlo. Tenía los labios llenos muy cerca y podía inhalar su aroma—. Entonces es bueno que estés en casa.

Channing contuvo el aliento y bajó el cuenco.

—Este no es mi hogar. —Ella parpadeó. Channing vio tanta tristeza en sus ojos que se pudo haber ahogado en ellos—. Tú lo eres.

A Ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y una le quedó colgando de las pestañas. Channing se inclinó y se la hizo a un lado.

—¿Qué me estás haciendo…? —susurró Ella, haciendo el cuenco a un lado y tomándole la mano entre las suyas—. Me vas a aplastar el corazón para hacerlo añicos, ¿no?

—No.

Ella se llevó la mano de Channing a la boca. Tenía el rostro distorsionado del llanto y unas arrugas suaves se le formaron alrededor de los ojos cerrados. Le besó la mano, y se le humedeció la piel con las lágrimas cálidas.

Channing supo que se estaba abriendo. Esa mujer más dura que el acero, con una coraza impenetrable alrededor del corazón se estaba abriendo a él y estaba aterrada. Lo sabía porque él también lo estaba. La sujetó y la abrazó meciéndola.

—En todos los mundos, en todas las épocas y en todas las realidades, Ella, eres la única para mí. He vivido aquí. He vivido en el futuro. Jamás me sentí como si tuviera un hogar, como si perteneciera, hasta que te conocí.

Alzó la mirada hacia él con los ojos rojos, el rostro húmedo y la nariz colorada.

—¿Cómo puedes existir, Channing? No hay hombres como tú. ¿Cómo puedes ser real?

—Soy real, tesoro, y soy tuyo. Hasta el último aliento. Hasta la última gota de mi sangre. Hasta la última partícula de polvo de los huesos. —Le tomó la mano entre las suyas y se la apoyó sobre el corazón—. Soy tuyo.

Ella soltó un sollozo sin lágrimas como una niña. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban de la emoción.

—Y yo soy tuya, Channing.

Channing no podía dar crédito a lo que oía. Por fin lo había dicho. Sabía que lo deseaba, sabía que se sentía atraída hacia él y que posiblemente le gustaba, pero jamás lo había admitido tan directo. Lo sabía porque no permitía que la gente se le acercara con facilidad, no confiaba en nadie excepto en su familia y su reducido círculo de amigos. Que dijera eso… Algo se le abrió en el pecho y le produjo una mezcla de dolor y liberación.

Le aplastó la boca con la suya, la necesidad de tomarla, de apoderarse de ella, de conectar con ella se sintió tan abrumadora como una avalancha. Se unieron como dos olas, y el cuerpo le crujió como si una tormenta eléctrica se lo hubiera devorado. Volvió a ver los hilos de luz, como cuando se habían tocado por primera vez, cargados de una energía suave mientras sus labios se movían y bebía de su boca como si se estuviera muriendo de sed.

Le quitó el broche del abrigo, la levantó en sus brazos y le permitió envolverle las piernas por la cintura. Ella se aferró a él con un brazo, y Channing le pasó un brazo por la cintura para sostenerla. Se endureció en pocos instantes. Esa mujer podría respirar a su lado y eso bastaría para excitarlo. Siempre la deseaba. Siempre. Tenerla se había vuelto tan vital para su vida como el oxígeno.

Sin embargo, no era una necesidad meramente física, sino también el simple hecho de oír su voz, de verla a su lado, de sentir su piel suave e inhalar su aroma. Lo quería todo, hasta el más mínimo detalle que pudiera obtener. Era suave y maleable en los lugares indicados, tenía un trasero que era la perfección y un sexo… Por todos los dioses, jamás podría saciarse de su sabor dulce, de su aroma, de su interior aterciopelado, estrecho y húmedo.

—Te deseo, tesoro —le murmuró contra los labios—. Quiero tomarte duro y no puedo esperar.

—Sí.

Channing soltó un gruñido, y una sonrisa le asomó al rostro al tiempo que le apretaba las nalgas. El miembro se le encendió y se le estremeció del deseo. La llevó hasta el banco para dormir, que era lo suficientemente grande como para dos personas y donde ya habían colocado las bolsas de dormir. La recostó sobre las pieles, y Ella comenzó a quitarse los pantalones, mientras Channing hacía lo propio con los suyos sin dejar de recorrerla con la mirada. Yacía delante de él sonrosada, desnuda y deliciosa.

Se le acercó al sexo, pero Ella lo apartó.

—Esta noche, no… Te quiero dentro. Lo más cerca posible.

De repente, Channing se dio cuenta de que se estaba rindiendo a él, a sus sentimientos por él y a la posibilidad de ser feliz. De amar.

La besó con profundidad y ternura y le mostró lo mucho que deseaba adorarla, ser suyo y hacerla feliz. Sin interrumpir el beso, acercó la erección a la entrada y la penetró despacio, sintiendo las terminaciones nerviosas tensas al entrar en contacto con la carne estrecha, cálida y húmeda. Cuando quedó enterrado en ella, se quedó quieto.

—Tesoro —le susurró mirándola a los ojos. Tenía los párpados semiabiertos, la boca abierta en lo que supo era placer puro—. En otra vida, si hubiésemos nacido en un solo mundo, en una sola época, te pediría que te cases conmigo y seas mía para siempre. ¿Qué responderías?

A Ella se le iluminaron los ojos y una sonrisa dulce le asomó a los labios al tiempo que se mordía el labio inferior.

—En otro mundo, donde no existiera en Ragnarök, y tú y yo tuviéramos un futuro, solo tendría una respuesta.

Channing dejó de existir durante un instante.

—¿Cuál?

—Sí.

Asintió con la cabeza sin poder despegar la mirada de las profundidades celestes de sus ojos que destellaban con el mismo brillo de felicidad y esperanza que sentía él.

Su esposa… Con ese pensamiento, comenzó a moverse en su interior, como sabía que le gustaba. Y mientras los mundos, las galaxias y las épocas giraban a su alrededor, en el exterior de esa cabaña perdida entre la naturaleza, supo que ellos se encontraban en su propia galaxia. En su propio mundo. Era un mundo en el que no existía el Ragnarök, en el que él no era un viajero en el tiempo, y ella no tenía ningún poder.

Eran marido y mujer, se amaban mucho y estaban disfrutando de su noche de bodas.

CAPÍTULO
VEINTE

A la mañana siguiente, cuando Ella salió de la cabaña, encontró un mundo diferente. Los rayos de sol se colaban entre las ramas de los pinos y las píceas cubiertas por la nieve tan blanca que cegaba. De los témpanos que se habían formado en los bordes del techo goteaba agua. La nieve crujía debajo de sus pies, y el aire estaba cargado de aroma a nieve derretida, pinos y bosque húmedo.

Ella y Channing habían tenido una noche de lo más maravillosa, y ahora que el cielo parecía celeste como en el verano, Ella se preguntó si por algún milagro se habría cancelado el Ragnarök, y aún no habían recibido la noticia.

Channing golpeaba los utensilios de cocina dentro de la cabaña mientras empacaba todo. Habían acabado de desayunar tanto las sobras del estofado como el lardo salado que Channing había freído en una sartén de hierro. El lardo era lo más cercano que tenían los vikingos al tocino, y Ella lo había comido con más apetito del que había creído que tendría por ese alimento. Vivir en el invierno en el siglo IX requería de muchas calorías, y podía sentir que el cuerpo le pedía más, en especial tras haber pasado un día caminando colina arriba a través de la nieve.

Al respirar el aire típico de la primavera y sentir el sol en el rostro, se sintió cálida, brillante y liviana. No quería ir a ningún lado. Para su sorpresa, esa pequeña cabaña con grietas entre los tablones

de madera y el suelo de tierra se había convertido en su idea del paraíso.

Channing le había dicho que ella era su hogar. Él era su salvación. Siguiendo un impulso, tomó un puñado de nieve con la mano sana y formó una bola lo mejor que pudo. Cuando Channing salió de la cabaña por la puerta diminuta, le arrojó la bola de nieve al rostro. Sin embargo, como el guerrero experimentado que era, alzó la mano, y la bola asestó contra la palma cubierta por un guante.

Ella se rio mientras la miraba con cara de pocos amigos. Le encantaba verle esa expresión. Le encantaba todo acerca de él. Le pertenecía. Por completo.

Prácticamente le había pedido matrimonio la noche anterior… aunque por supuesto que eso había sido hipotético. Y ella casi había aceptado. De modo que, hipotéticamente, estaban comprometidos. Sin embargo, la situación no se sentía hipotética. Por el contrario, se sentía real. Y le hacía sentir mariposas en el vientre.

Channing colocó la mochila parecida a una cesta en el suelo y la miró como un predador.

—¿Una bola de nieve? ¿En serio?

Mientras avanzaba hacia ella despacio, el estómago le dio un vuelco de manera diferente. A pesar de que sabía que jamás la lastimaría, la mirada que tenía la intimidaba mucho. Ella dio un paso hacia atrás y luego otro más. Channing se lanzó contra ella como un lobo, pero la recogió con delicadeza, prestándole especial atención a la herida, y se cayó en la nieve con ella encima. La explosión de dolor que sintió Ella se desvaneció cuando inhaló su aroma y al sentirlo, fuerte y masculino, experimentó un ardor entre las piernas.

—Ya te daré yo una bola de nieve —amenazó Channing recorriéndole el rostro con la mirada. Acto seguido la besó en el medio de la nieve, y Ella no sintió más frío. Al apoyarle la cabeza en el pecho, sintió algo gélido que le recorría la columna vertebral seguido de un ardor en la piel.

Ella soltó un chillido y lo empujó al darse cuenta de que le había metido una bola de nieve por debajo del abrigo, entre la túnica y la

espalda. Channing se dejó caer contra la nieve y se rio, amenazando con acelerarle el corazón. Jamás lo había visto tan despreocupado.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—¡Eres un atrevido! —Se retorció para quitarse la nieve de la ropa.

Channing se puso de pie y, con la sonrisa más hermosa y ancha, le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse. Ella la aceptó, y la ayudó a quitarse la nieve de las prendas.

—Vamos, hermosa —le susurró y le dio un beso suave en la mejilla. Luego tomó una de las mochilas vikingas y se la pasó por los hombros. ¿Cómo podía seguir enfadada con él cuando era así?

—¿Cómo tienes el hombro? —le preguntó.

—Está bien. Vamos.

Ella se detuvo para mirar por última vez la cabaña. Se había convertido en su *suite* de luna de miel. Deseaba poder tomar la felicidad que había sentido allí y contenerla en un dije que pudiera llevar siempre colgado del cuello. Con cada paso que daba, sentía que corría el riesgo de jamás volver a sentir esa felicidad.

Aun así, siguieron andando, y la nieve en el bosque comenzó a derretirse rápido. Caminaron hasta la hora del almuerzo y se sentaron a descansar antes de reanudar el camino. Gracias a la posición del sol y algunos indicios de la naturaleza, Channing dedujo que se dirigían hacia el norte; por ejemplo, sabía que el musgo crecía en los laterales de los árboles que miraban hacia el norte. Incluso encontró algunas telarañas que de algún modo habían sobrevivido a la tormenta, que había azotado en el sur.

Siguieron andando, y el sol comenzó a ponerse, brillándoles en la espalda, mientras avanzaban hacia el noreste. La nieve se derretía, y el goteo del agua era como la música de la naturaleza a su alrededor. Las aves habían regresado y cantaban por doquier. El aire estaba húmedo y lleno del aroma a nieve derretida y piel de animal húmeda de los tapados y sombreros que llevaban puestos.

La sensación de la primavera a su alrededor le dio esperanzas, y vio esa misma esperanza en el rostro de Channing. Al menos, ya no parecían estar en pleno Fimbulvetr.

De repente, Channing se detuvo abruptamente, y Ella se dio de bruces contra su espalda. Ella miró por encima del hombro y, ante ellos, en la sombra que proyectaba la montaña, vio un lago congelado. En la orilla opuesta, había una casa. La sombra que cubría el lago y los bosques era tan oscura que parecía como si estuvieran parados en la frontera de dos mundos; como si vinieran del mundo de la luz y estuvieran a punto de adentrarse al de la oscuridad. El hielo crujió con suavidad. Una nube de humo manaba del techo de la casa, y había una pila de leña bajo un cobertizo, pero fuera de eso, no había otras señales de vida.

—¿Crees que vive allí? —le preguntó con calma, temerosa de despertar una amenaza desconocida que acechaba en las sombras de los pinos alrededor del lago.

—Sí —le respondió—. Creo que la hemos encontrado.

Ella miró de un lado a otro.

—¿Le damos la vuelta al lago?

—No sé dónde termina, podríamos acabar necesitando otro día para darle la vuelta. Aún hace frío, así que deberíamos cruzarlo.

Ella miró el hielo llena de duda.

—Todo se derrite a nuestro alrededor. Definitivamente ha pasado el punto de congelamiento.

—Está bien. Sé cómo predecir si el hielo es estable. Mi padre me enseñó de niño, y he vivido en este clima durante dieciocho años. Lo único que necesito es un buen palo.

Channing miró alrededor y recogió dos ramas secas de árboles y les quitó las ramas más pequeñas. Al terminar, le entregó una y tomó una para él. Ella miró el hielo. No le parecía sólido. En varias partes estaba blanco y opaco, mientras que en otras estaba tan transparente que se veía el agua que circulaba por debajo.

—Necesitamos hielo de diez centímetros de grosor —le dijo Channing y golpeó el hielo que se encontraba más cerca de la orilla con el palo. Ella no sabía si el sonido era bueno o no, pero él se mostró satisfecho y asintió con la cabeza antes de dar un paso sobre el hielo y volver a golpear con el palo delante de él—. Está bien. Usa el palo para ayudarte a andar, y ten cuidado de no patinarte. Mantente a cuatro metros de distancia de mí.

—¿Estás seguro de que estamos a salvo? Puedo ver el agua debajo del hielo, y ha sido un día muy cálido…

Channing dio unos pasos hacia adelante y golpeó el hielo tres veces. Oyó un sonido alto y grave.

—Nunca es seguro del todo, pero sé lo que estoy haciendo. —Miró la cabaña en la oscuridad—. Ya casi llegamos. Ella podría tener la respuesta a todo.

Con el corazón en los pies, Ella lo siguió. Con cada paso que daba Channing, Ella contenía el aliento. Cada vez que él golpeaba el hielo, se estremecía, aterrada de oír un crujido en el hielo que cedería bajo sus pies.

—La hipotermia es una amenaza real —masculló al tiempo que avanzaba con cautela—. A los cinco minutos, se te detiene el corazón.

Channing se volvió hacia él.

—Ya lo sé, tesoro. No permitiré que te pase eso.

—No estoy preocupada por mí.

Channing siguió avanzando. Cada dos pasos que daba, golpeaba el hielo tres veces. Como el sol se estaba ocultando y sumiendo el mundo en un ocaso gris, comenzó a hacer más frío. A paso lento, se fueron acercando al centro del lago congelado. Ella veía el agua que se movía debajo del hielo sobre el que se encontraba de pie, pero cada vez que Channing lo golpeaba, no ocurría nada.

El hielo no se quebró. El abismo oscuro y frío no se abrió debajo de ellos para tragárselos, sino que siguieron avanzando.

Cuando se encontraban a unos treinta metros de distancia, oyeron un crujido bajo. Ella no estaba segura de si en verdad lo había oído. Podría haber provenido de la distancia.

—¿Oíste eso? —le preguntó nerviosa.

Channing dio un paso más hacia adelante.

—¿Qué? ¿El crujido? Ya lo había oído antes.

A ella le dio un vuelco el estómago.

—¿Lo habías oído? ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque proviene de allí. —Con el mentón, apuntó a la izquierda, al punto en el que el lago y los bancos de nieve en la orilla parecían un parche dorado bajo los últimos rayos de sol del día—. El

hielo se está derritiendo allá, pero estamos muy lejos. No quería preocuparte.

Volvió a bajar la mirada y golpeó el hielo. Pero al alzar el palo para volver a golpear, algo se quebró debajo del palo, y se formó una grieta en la superficie lechosa del hielo debajo de la pierna izquierda de Channing, que se quedó congelado en su sitio con el palo en el aire.

—No te acerques —le dijo con suavidad.

Las grietas debajo de los pies fracturaron el hielo como rayos. Ella se quedó paralizada al ver que el hielo se separaba en capas estrechas debajo de su pie izquierdo. El hombre al que amaba sacudía las manos en el aire para intentar aferrarse a algo, pero acabó hundiéndose, y la capa de hielo cubrió el sitio en el que había estado parado hacía un instante. Fue como si jamás hubiera estado allí.

El silencio del mundo blanco a su alrededor le ensordeció los oídos. No se podía mover, ni podía respirar. El corazón le latía acelerado.

En alguna parte de la mente, se le formó un pensamiento sereno. «Si no haces nada, Channing morirá, y acabará el Ragnarök. ¿Qué es más importante: tu amor egoísta o las vidas de miles de millones de personas?».

Ella gritó. O creía que debería haber gritado porque, de lo contrario, había sido otra persona. Se sentía entumecida, como si ya no se encontrara en su cuerpo. El pánico la atravesó como unos cuchillos y la devolvió a la realidad.

Jamás. No lo dejaría morir. Lo amaba. «¡Haz algo! ¡Detén el tiempo! ¡Rebobínalo, sujétalo y aléjalo del hielo!».

Sin embargo, no pasó nada. En ese momento, no pudo recurrir a esa habilidad especial que tenía. Se preguntó cómo utilizarla. Cerró los ojos y se concentró. Le ordenó al tiempo que se detuviera. Los hombros le dolían y no podía respirar. Pero no ocurrió nada.

¡Malditos poderes! ¿Para qué servían si no podía controlarlos? Tenía que sacarlo del lago. Abrió los ojos y soltó el aliento.

Recordó que tenía que permanecer a cuatro metros de distancia. Se recostó sobre el estómago y gateó hacia el témpano. El hielo

crujía bajo ella como susurrándole que también se la podía tragar. «Ya lo veremos».

Se encontraba en el sitio exacto donde se había hundido Channing. Introdujo el palo en el hielo bajo la capa que lo había cubierto. El hombro herido le gritaba de dolor, pero se limitó a apretar los dientes y levantar la capa de hielo.

La cabeza de Channing asomó del agua, y jadeó en busca de aire. Tenía la boca abierta, los ojos llenos de pánico, el cabello largo y el abrigo pegados a la piel empapada. Pero Ella no podía soportar el peso del hielo solo con un palo, y la capa se volvió a deslizar encima de él y lo volvió a hundir en el agua.

—¡Channing! —gritó mientras empujaba el palo en la grieta. Logró volver a levantarla y gruñó mientras la empujaba con la mano sana hasta que cayó sobre la capa de hielo que se quebró. Sin embargo, la cabeza de Channing no volvió a asomar a la superficie del agua. La silueta grisácea se hundía en el abismo negro—. ¡Channing! —Introdujo el brazo sano y soltó un jadeo al sentir la temperatura gélida del agua en todas las células de la piel.

Cuando lo rozó con la mano, se aferró al abrigo. Un dolor intenso le desgarró el brazo al comenzar a jalar de él. Channing alzó la cabeza y abrió la boca para llenarse de aire. Ella lo siguió sosteniendo con el brazo sano y empujando el hielo con el herido, pero se estaba resbalando, y Channing pesaba más que una casa.

—¡Vamos, ayúdame! ¡Levántate! —le gritó.

El hielo, el agua y hasta el maldito brazo estaban en su contra. El abrigo se le resbaló de la mano, y Channing se volvió a hundir en el agua con una salpicadura. A los pocos segundos, reapareció jadeando y aferrándose al hielo.

—¡Anda, ayúdame! —Ella le sujetó la capucha del abrigo y volvió a jalar de él—. ¡Empújate!

Channing soltó un gruñido y apoyó los codos en el hielo intentando impulsarse hacia arriba, pero solo logró alzarse unos centímetros antes de volver a hundirse. Por fortuna, Ella logró sostenerlo.

¡No! El corazón ya se le debió haber ralentizado, y debía tener los órganos y el cuerpo entero en estado de *shock*. El agua congelada y

el peso de las prendas empapadas y la mochila llena de agua lo arrastraron hacia abajo. Los párpados le pesaban, la piel se le había tornado ceniza y la miraba con los ojos blanquecinos. ¿Acaso la vería?

—¡Vamos, Channing! —exclamó, pero en esta ocasión no recibió ninguna respuesta.

No, no podía ser. Channing no podía acabar así. ¡Y ellos tampoco!

«¡Vamos, poderes, detengan el tiempo!». Volvió a concentrarse, pero transcurrieron varios segundos y no sucedió nada.

Luego captó un destello por la visión periférica, e inhaló el hedor a animales salvajes. Una silueta oscura apareció a su lado y, cuando alzó la mirada, se quedó petrificada. A su lado, había un lobo que soltaba nubes de condensación por la mandíbula. Era del mismo tamaño que un oso, tenía las fauces abiertas y los colmillos tan largos como los dedos de Ella. Tenía un pelaje negro, grueso y áspero, como las cerdas de un puercoespín. Se volvió hacia ella con los ojos blanquecinos y soltó un gruñido bajo y largo.

Ella no pudo evitar estremecerse, pero no se movió. No tenía ningún arma, no tenía nada más que un palo de madera que la bestia podría romper con los dientes sin mayor dificultad. Sin embargo, no se abalanzó sobre ella ni le desgarró la garganta, sino que se inclinó hacia Channing, lo sujetó por el cuello de la chaqueta y lo jaló afuera del agua.

Channing quedó recostado de lado con la mochila aún puesta en los hombros. Tosió agua entre jadeos. El lobo le lamió el rostro y, tan silencioso como había llegado, se marchó hacia el bosque oscuro como una gigantesca sombra.

Fue un momento surreal. No se trataba de un lobo normal, uno de esos que siempre lo habían protegido. Era otra criatura. ¿Podría ser Fenrir, el lobo gigante de los mitos? ¿Uno de los hijos de Loki que mataría a Odín durante el Ragnarök? Parecía descabellado, pero si había nornas y vikingos que viajaban en el tiempo, y si Ella tenía poderes, por más inútiles que fueran en ese momento, ¿quién podía decir que los mitos no eran ciertos?

Pero no tenía tiempo que perder en reflexiones. Mientras corría hacia Channing, una silueta encapuchada con un abrigo de piel blanco avanzaba hacia ellos desde la cabaña.

Ella alzó la mirada hacia Channing, que se encontraba pálido y temblaba.

—¿Te puedes parar? —le preguntó.

Channing asintió y se volvió para sentarse. Ella le pasó un brazo por el hombro y lo ayudó a incorporarse.

La silueta blanca se detuvo para sujetarlo del otro hombro.

—De prisa, debemos llevarlo dentro o morirá del frío —le dijo con el rostro sombrío bajo la capucha.

Lo ayudaron a incorporarse y, despacio y con cautela, cruzaron el hielo oscuro hacia la casa. En el interior, ardía un fuego, y, a Ella, el aire cálido le produjo dolor en los dedos rojos y húmedos. Le quitó las prendas pesadas y empapadas a Channing y las arrojó en una esquina. La silueta encapuchada le ofreció prendas limpias y secas: una túnica que era demasiado grande, unos pantalones y algunas mantas. Lo sentaron frente al hogar, y Ella lo observó. Seguía pálido y no dejaba de temblar. La silueta encapuchada le entregó una taza humeante.

—Bebe esto, es té de jengibre y miel. —En ese momento, se bajó la capucha, y Ella vio el rostro de una mujer de unos cincuenta años. Tenía el cabello largo y blanco en una trenza que le caía por la espalda, y unos mechones grises le caían por el rostro. Tenía rasgos agradables, unos ojos afilados e inteligentes y unos labios delgados.

—Supongo que has venido a preguntarme acerca del Ragnarök, ¿no es así, Ulf Hakonson? —Entrecerró los ojos para mirar a Ella y una sonrisa relajada y curiosa le asomó al rostro—. Sin embargo, nunca había esperado conocerte a ti. Toma asiento. Tenemos mucho de qué hablar.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Al cabo de unas horas, cuando Channing había descansado y la *völva* les había dado de comer y de beber, se sentaron alrededor de la fogata para mirar el fuego. Las prendas húmedas de Channing, el abrigo, y las pieles colgaban de una soga al lado del fuego para secarse. Habían perdido la mayoría de la comida seca porque se había humedecido y habían utilizado lo que aún se podía comer en el estofado que la *völva* les había hecho.

La casa era pequeña, pero definitivamente era más grande que la cabaña de caza en la que se habían quedado antes. Debía tener la mitad del tamaño de las casas comunales de Lomdalen. Había gallinas y una vaca, que en ese momento dormían detrás de una división, y la casa olía a heno y estiércol. Había una sola cama al lado del hogar, una mesa para cocinar y comer con un cofre de madera debajo donde la *völva* guardaba los utensilios de cocina. Había varias bolsas de granos en otra esquina, carne y pescado deshidratado que colgaba en tiras por encima de las bolsas. En el suelo, había un escotillón que debía llevar a la despensa. Unas pilas de hierbas secas y raíces colgaban al lado del pescado y la carne, y unos pequeños frascos de arcilla y unas bolsitas de lino se alineaban contra las tres estanterías en la pared.

Parecía la casa de una persona normal durante la época vikinga, excepto por un bastón que estaba apoyado contra una pared en una esquina oscura. A Ella le pareció que tenía las calaveras de algunos animales pequeños en la parte de arriba, quizás de murciélagos o

ratones. Pero, a excepción del bastón, no veía ningún indicio de que esa mujer fuera lo que los vikingos consideraban una bruja o una vidente. No tenía ninguna de las cosas que una vidente de su época habría tenido.

La *völva* se llamaba Åfrid y se había rehusado discutir ningún tema importante hasta que Channing se sintiera mejor.

—¿Te das cuenta lo cerca que has estado de morir? —le preguntó mientras él la fulminaba con la mirada, pero no le decía nada.

Tenía toda la razón. A Ella se le estremeció el corazón. De no haber sido por ese lobo, y luego por Åfrid, habría perdido al amor de su vida. Pero quizás habría salvado al mundo…

—¿Qué era ese animal? —le preguntó Ella—. ¿Qué era esa criatura gigante parecida a un lobo que sacó a Channing del agua?

Åfrid la miró fijo por un largo instante.

—Creo que sabes quién era.

Ella tragó con dificultad.

—¿Estás diciendo que de verdad se trataba de Fenrir, el hijo de Loki? ¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible que hayas viajado en el tiempo, querida? —Åfrid la miró con los ojos entrecerrados y le sonrió con dulzura—. ¿Estás diciendo que nunca has tenido sueños extraños?

Ella se quedó sin habla. Channing hizo la taza a un lado.

—Hablemos —le dijo en nórdico antiguo, y Ella se tomó un momento para disfrutar del sonido de su voz profunda pronunciando las palabras duras y melódicas.

—Deberías recostarte —le dijo Ella.

—No te preocupes por mí. Estoy bien.

La *völva* ladeó la cabeza a un lado.

—No te encuentras bien, Ulf Hakonson. Estás muy lejos de estarlo. Te recuperarás mañana a esta hora y quizás puedas regresar a tu aldea al día siguiente. Si te marchas antes, no lograrás completar el viaje de regreso a Lomdalen.

Channing apretó el mentón.

—De acuerdo. Es más tiempo para descifrar la verdad. Cuando cumplí los dieciocho años, viniste a mi hogar y le dijiste a mi gente

que sería el motivo del Ragnarök. Me pusiste la vida patas para arriba. Me hiciste viajar en el tiempo a pesar de que no quería. E hiciste que el rey Harald me persiguiera y enviara a sus guerreros al futuro. Gracias a ti, esta mujer se encuentra donde no pertenece. ¿Cómo sabes que soy el motivo del Ragnarök? Háblame de la profecía. ¿Cómo detenemos el fin del mundo? Y… —La voz se le quebró y, cuando volvió a hablar, le salió ronca—. ¿Sabes cómo enviar a Ella de regreso a su época? Necesito asegurarme de que se encuentre a salvo.

Los ojos claros e inteligentes de la *völva* se posaron sobre Ella.

—Oh, sí. Ella. Ustedes dos son todo un par, dos personas de diferentes épocas que no pertenecen a ninguna de las dos. Qué interesante que se hayan encontrado.

—Interesante que nos hayamos encontrado… —masculló Ella—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que están más conectados de lo que ustedes creen.

Ella negó con la cabeza.

—Sigo confundida. ¿Se trata de la profecía? Cuéntanos todo desde el comienzo.

La *völva* soltó un suspiro y tomó un cuenco que tenía lana gris y la colocó en un huso.

—Háblanos de las nornas —le pidió Ella en un susurro.

—Las nornas… —Åfrid negó con la cabeza y colocó una fibra suelta en un hilo sobre el huso, luego lo dio vuelta y comenzó a girarlo para crear un ovillo perfecto—. Las nornas son unas mujeres de lo más astutas. No se las puede controlar ni influenciar ni tampoco se negocia con ellas. Lo deciden todo. En alguna parte de las raíces del árbol del mundo, el Yggdrasil, una de ellas ha tejido el tapiz donde hablo con ustedes dos. Todo se ha decidido antes de que ninguno de nosotros naciera, incluidos los destinos de los dioses. —Volvió a girar el huso, y la fibra se retorció y se fue uniendo al ovillo—. Y el Ragnarök, la profecía que todos los nórdicos han oído desde que eran niños… Las nornas tejieron el fin del mundo en el momento en que se ha creado.

Ella miraba cómo Åfrid movía los dedos. Había algo relajante, casi meditativo, en el proceso, y los dedos le cosquillearon ansiosos

de imitarla.

Channing apretó el mentón tenso.

—¿Y cómo estoy conectado con eso exactamente? ¿Me has visto en tu visión?

—Sí, la visión me vino una noche. Tú, Ulf Hakonson, con un enorme huso de oro que tenía unas runas y algunos objetos que ni siquiera podría describir. Parecía una olla blanca más alta que una casa y hecha de hierro.

—El reactor nuclear… —susurró Channing.

El ovillo iba aumentando en tamaño mientras la *völva* trabajaba.

—Unos hilos dorados volaban en el aire, cargados como truenos. Había una pared de fuego a tus espaldas y lobos desgarrando la garganta de muchos hombres. Varias personas se peleaban y se mataban, la sangre fluía… Había mucha sangre… El Fimbulvetr, que había llegado tan pronto y tan fuerte, que había acabado con toda la comida. Y tú. Tú estás en la raíz de todo. Tú, que has decidido desafiar a los seres más poderosos de todo el mundo, las nornas. Hasta los dioses les temen y las respetan, pero tú creíste que podías hacer lo que querías.

La voz le vibraba llena de ira y parecía un diapasón. Ella sintió un escalofrío.

—Eso era lo que creía —reconoció Channing con la voz baja—. Pero ¿cómo es eso el fin del mundo en concreto?

—Porque no puedes luchar contra el destino. El destino siempre gana. Tu máquina es antinatural. Va contra las leyes del tiempo. Has intentado explicar la magia, deshacer lo sagrado y usarlo para tu beneficio. Eres un forastero. Si fueras un verdadero nórdico, sabrías lo sagrada que es la magia nórdica.

Channing negó con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces has visto que mientras yo viva, el mundo morirá.

La *völva* asintió con la cabeza y dejó de girar el huso un instante antes de reanudar la labor.

—Sí. Eso es lo que han tejido las nornas en el tapiz del destino.

—¿Has visto el tapiz? —le preguntó Ella.

—Lo he visto. He oído a una de las nornas susurrármelo en el oído. Me ha dicho que buscara al rey Harald y le contara la profecía.

Channing se enderezó en el banco.

—Entonces ¿por qué no me dejaste morir en el lago? ¿Por qué me estás alimentando y por qué nos das refugio?

—Porque me han dicho que no soy yo quien te mata.

—¿Sabes quién me va a matar?

La *völva* asintió con la cabeza y miró a Ella. En la pequeña cabaña se hizo el silencio. Ella sintió un escalofrío en la columna vertebral.

—¿Yo? —preguntó en un susurro.

La *völva* volvió la mirada al ovillo.

—Ustedes dos son un par de lo más extraño. Y tú… —apuntó a Ella con el huso—, tienes un papel mucho más grande que desempeñar en todo esto de lo que crees.

Ella se sintió conmocionada.

—No entiendo. No quiero matarlo. Yo… lo amo.

Channing la miró tan rápido, que creyó que se le quebraría el cuello.

—¿Me amas? —musitó.

Ella se bajó la mirada a las manos.

—Ya sé que no debería. Ya sé que no debería permitirme amarte. Ya sé que no puedes estar conmigo… pero sí. Te amo.

Channing dejó caer las mantas de los hombros y la abrazó.

—Yo también te amo —le susurró al oído, con el aliento cálido pero la piel fría—. No le hagas caso. No me vas a matar. Desafiaremos todo en el camino.

—No lo harán, Ulf Hakonson. Y tú… —La *völva* volvió a apuntar a Ella con el huso—. Tienes un poder que no quieres ver. Tienes el poder que podría salvar al mundo… o garantizar su destrucción.

¿Cómo sabía todo eso la *völva*? Ella quería estar de acuerdo con Channing, decirle que tenía razón y que desafiarían a todo. Al fin y al cabo, eso era lo que pensaría una persona moderna. Todas las historias del destino y el sino no eran más que mitos, una manera antigua de mirar a la vida. La gente moderna sabía que cada uno construía su propio destino y era responsable por su futuro. Al

menos, eso era lo que las personas creían de sí mismas y del mundo. Si creían en sí mismos, podían lograr lo que fuera.

No obstante, en lo más profundo de su ser, Ella sabía que esa mujer no había inventado todo eso, ni que iba arrojando sugerencias hasta que la otra persona le daba alguna señal de confirmación como lo hacían las psíquicas modernas. La *völva* lo sabía.

—La verdad está en tu sangre —le dijo la *völva* mirándola a los ojos—. Busca la verdad en tu sangre.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Ella—. ¿Literalmente tengo que derramar mi sangre para mirarla?

La *völva* reanudó su labor.

—Por supuesto que no.

—Y entonces ¿qué? —volvió a preguntar.

Sin embargo, la mujer no le respondió.

Channing comenzó a temblar de nuevo, y Ella le puso las mantas y las pieles por encima.

—¿Al menos nos puedes decir cómo puede regresar a su época? —le preguntó Channing.

—No lo sé.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

Pasaron la noche y otro día más con la *völva*, pero la mujer se negó a decirles nada más acerca de la profecía o de sus visiones. Cuidó de Channing y, a modo de pago por el servicio, Ella fue a pescar en el lago congelado porque el clima se había tornado frío nuevamente, y el hielo se había solidificado.

La *völva* cortó un hueco con el hacha y le enseñó a pescar. Ella se sentó en el frío sobre un pequeño lecho de ramas de pinos que, para su sorpresa, eran buenos aislantes. Orgullosa, pescó dos truchas, y la *völva* se mostró muy contenta con el pago. Esa noche, comieron un estofado de trucha rica y fresca, y Ella vio que Channing recobraba fuerzas y energía.

Al tercer día, Channing anunció que estaba listo para partir y, cuando la *völva* asintió con la cabeza, salió de la casa. La *völva* sujetó a Ella del brazo. Mirándola fijo a los ojos, le volvió a decir:

—La respuesta está en tu sangre.

Ella sintió un escalofrío, como si la sangre le zumbara en respuesta. Pero antes de que le pudiera preguntar más nada, la mujer cerró la puerta.

Emprendieron el camino de regreso en silencio. Channing caminaba delante de ella, con el palo en la mano, los hombros hundidos y claramente con la mente en otro sitio.

De seguro estaría pensando en cómo lo mataría. Pero, sin lugar a dudas, nunca lo haría. Ella prefería morir antes de matarlo. Todas esas cosas acerca del destino… Estaba de acuerdo con Channing: la

gente definía su propio destino. Además, ¿cómo podían las nornas estar enfadadas con él por haber construido una máquina para viajar en el tiempo cuando tantas personas vivían con el mismo principio a diario y construían sus propios destinos? Y aun así…

La respuesta estaba en su sangre… Sangre… ¿Estaría hablando de sus padres? ¿De sus ancestros? Su padre era irlandés, y su madre, noruega y hacía tapices del Ragnarök. ¿Acaso su madre había sido una viajera en el tiempo que las nornas habían enviado al futuro para encontrar al amor de su vida, Bryan O'Connor? Si Ella tendría un papel más importante, si salvaría el mundo o se aseguraría de su destrucción, tenía que entender mejor qué estaba pasando con ella.

Cuando regresaron a la cabaña de caza que habían usado hacía unos días, Ella supo que las palabras de la *völva* habían cambiado para siempre la relación que tenía con Channing. Entraron en la cabaña y comenzaron a encender el hogar. Ella estiró las bolsas de dormir y fue en busca de nieve para derretir. La usarían como agua potable y para hacer un estofado.

Al regresar, el fuego ardía en el hogar, y Channing se encontraba de pie con la mirada clavada en las llamas. Ella colocó la olla de hierro sobre el fuego y se sentó en un banco a su lado.

—¿Cómo seguimos buscando la manera de sacarte de aquí cuando esa era nuestra última esperanza? —le preguntó Channing.

—No buscamos más.

—¿Cómo has dicho?

—Ya no me quiero marchar, Channing. Debo quedarme aquí y descubrir la verdad acerca de mi sangre y mis poderes.

—Ella…

—Creo que hablaba de mis parientes, probablemente de mi madre, porque era noruega. Creo que quizás mi madre también era una viajera en el tiempo, como la tuya. Mi madre debió haber venido de esta época; debió haber conocido a mi padre y haberse enamorado de él como tu madre se enamoró de Hakon. Pero debió haber ocurrido algo que la hizo marcharse. O quizás no soportaba más la vida en el mundo moderno. Quizás era una bruja nórdica del siglo IX y por eso puedo hacer cosas extrañas con el tiempo. Quizás

no cambio el pasado como creo. Quizás, en realidad, veo el futuro como una *völva* y luego lo cambio.

Channing negó con la cabeza.

—No, Ella, no puedes quedarte aquí. No importa el misterio, no puedes quedarte. Morirás. Es muy peligroso.

—No es más peligroso que antes.

—Sí que lo es. La *völva* acaba de confirmar que seré la destrucción del mundo.

—O lo seré yo —le dijo—. Mi habilidad podría ser el fin del mundo.

—Tonterías. Te marchas. No se discute más.

Ella se incorporó de un salto.

—¿No se discute más? No depende de ti, Channing.

Él ni siquiera la miró. No despegó la mirada de las llamas.

—Sí, que depende de mí.

—¿Cómo dices?

Channing la miró fijo.

—Te juré mi lealtad. Eso significa que haré lo que sea para protegerte, aunque eso vaya en contra de lo que crees mejor para ti.

Los ojos de Channing eran dos piscinas oscuras sin fin.

—No hablas en serio, ¿no? —se bufó—. No estoy lista para marcharme. Sé que la respuesta yace aquí, en esta época. Sé que se encuentra cerca. Y podría salvar el mundo, la *völva* dijo eso.

«O garantizar su destrucción…».

—Ella, no entiendo por qué lo estamos discutiendo. De cualquier manera, por lo que sabemos no hay modo de que te marches.

—Pero si lo hubiera, me quedaría aquí hasta estar lista para marcharme.

—No.

Ella negó con la cabeza sin dar crédito a lo que oía.

—Hablas en serio, ¿no?

Channing se volvió a mirarla.

—Muy en serio.

Los ojos le ardieron por las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Hace unos días, me propusiste matrimonio. Ayer me dijiste que me amabas.

—Y todo fue y sigue siendo cierto.

—Pero ¿entiendes que estás siendo un controlador? ¿Y que no estás respetando mi derecho a escoger por mí misma?

Channing la tomó de los hombros y le produjo dolor en la herida. Los ojos la miraban con tal intensidad que le resultaba difícil sostenerle la mirada.

—No me importa. No respetaré nada con tal de que vivas.

Ella se liberó de sus brazos, y el dolor le invadió el pecho como el veneno.

—Entonces no eres el hombre que conozco. O el que quiero.

El dolor en sus ojos la hizo desear envolverse en un ovillo y llorar.

—¿Qué estás diciendo?

—No voy a estar con alguien que no respeta mis decisiones. Es mi vida, no la tuya. He querido saber quién era mi madre toda la vida. Necesito comprender mi don. Y podría salvar el mundo, pero tú me ladras órdenes como si fuera un perro. Es mi vida y mi decisión, y si me quiero arriesgar, es asunto mío. No tuyo.

A Channing se le tensó el mentón.

—Ella, no podría vivir conmigo si permitiera que te ocurra algo.

—Pero no puedes tomar esas decisiones. Nunca funcionaremos si quieres decidir mi vida por mí.

Channing dejó caer la cabeza entre los hombros.

—Te olvidas de algo, Ella. Nosotros jamás íbamos a tener un futuro para empezar.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Al día siguiente, llegaron a Lomdalen. La aldea se extendía debajo de la colina, delante del fiordo congelado. Sin embargo, algo parecía ir muy mal allí. Channing se dio cuenta de que había demasiadas personas.

—Channing —lo llamó Ella al detenerse a su lado—. ¿Qué sucede?

—No puedo ver quiénes son desde aquí…

Aunque dudaba de que fueran amigos.

Mientras descendían por el sendero resbaladizo en la nieve, se concentró en la tarea que tenía entre manos: no patinarse y quebrarse el cuello. Asimismo, ignoró el dolor leve que sentía en el pecho por la conversación que habían tenido el día anterior.

Ella era muy irrazonable. ¿Cómo podía preocuparse de que fuera controlador o decidiera cosas por ella cuando lo más importante era su vida? Lo único que le importaba era mantenerla viva, enviarla a algún sitio donde se encontrara a salvo, sin importar dónde fuera. Detestaba que Ella creyera que no respetaba sus elecciones, porque en realidad sí las respetaba. Y haría lo que fuera por garantizar su seguridad. Cualquier cosa. Porque una vida sin ella a su lado era mejor que una vida con ella muerta.

Como la nieve se había derretido hacía unos días y se había vuelto a congelar, se había formado una capa de hielo, y tenían que aferrarse a las ramas de los árboles y los arbustos mientras descendían la pendiente.

Cuando pudieron ver y oír lo suficientemente bien a las personas, Channing jaló de Ella para ocultarla detrás de un peñasco, y ella se arrodilló a su lado. La noche anterior no habían hecho el amor a diferencia de la noche más feliz de su vida, cuando Ella había aceptado su propuesta.

A diferencia de esa noche, la sensación de Ragnarök había regresado. De hecho, se preguntaba si la picazón o irritación que sentía era parte del motivo por el que habían discutido. Que la conversación hubiera salido tan mal que Ella sentía que no quería estar con él, a pesar de que no había dicho eso con esas palabras.

Channing se asomó por detrás del peñasco. Delante del gran salón de su padre, vio gente reunida. Su padre, su madre, su hermano y su hermana se encontraban allí, rodeados de los guerreros de confianza de su padre. Se enfrentaban a varios guerreros con hachas y espadas en las manos.

Y delante de ellos había un hombre alto y poderoso con el cabello y la barba roja, una hermosa espada en la mano y algo más en la otra que Channing no llegó a ver.

—Harald… —susurró Ella.

—Solo era cuestión de tiempo que llegara a Lomdalen. Siempre supo a dónde iría. La tormenta debió haberlo ralentizado y detenido, pero todos sabíamos que tarde o temprano llegaría. Mi padre estaba preparado.

—Lo sé, pero, aun así…

Estaban discutiendo. Su padre tenía los hombros tensos, y su madre, la espalda tan erguida que Channing podía ver lo aterrada que estaba a pesar de que no quería demostrarlo. Su hermano abría y cerraba los puños, mientras que su hermana sujetaba el arco con las dos manos. Harald hacía gestos anchos con la espada embarcando a toda la aldea.

—Apuesto que les está preguntando dónde encontrarme —dijo Channing.

—¿Cuál es el plan aquí?

—Detener a Harald.

—¿Cómo?

Channing extrajo el hacha del cinturón.

—¿Lo vas a matar? —le preguntó—. Vamos, no seas tan vikingo. ¿No podemos amarrarlo o algo? ¿Ponerlo en alguna especie de cárcel?

—Nunca dije que quería matarlo y no creo que amarrarlo mantenga a sus aliados a raya. Recuerda que es el rey de Noruega, todos los *jarls* se encuentran bajo sus órdenes y le han jurado lealtad. Al igual que mi padre, irónicamente.

—¿Y al igual que tú?

Channing asintió con la cabeza.

—Hace mucho tiempo. Pero si alguien cree que mi padre es alguien que quiebra su palabra, perderá todo el respeto que se ha ganado y las amistades que ha entablado con otros *jarls*. Le será difícil comercializar, y nadie lo ayudará ni lo protegerá de un ataque.

—Bueno, prefiero eso a verte muerto.

Channing miró los ojos traslúcidos de Ella que casi lo quemaban.

—No pensé que te importaba —le susurró—. No luego de ayer.

—Claro que me importas.

Qué mujer más condenada. En un momento, lo tenía derritiéndose, cálido y aterciopelado como un oso de peluche, y al siguiente le pisoteaba el corazón. Y luego, con unas pocas palabras, lo volvía a resucitar. Era evidente que tenía control absoluto sobre él. Era el motivo por el que respiraba, por el que seguía adelante e intentaba buscar soluciones.

Por supuesto que había otra opción para detener a Harald. Entregarse. Salvar a su familia y a la mujer que amaba. Y luego matar a Harald. No hacía falta que se lo dijera en voz alta, pero si Harald moría, Channing tendría tiempo de descifrar qué hacer antes de que más personas comenzaran a perseguirlo. El rumor acerca de él y el Ragnarök estaba en todos lados. Y el Ragnarök no haría más que empeorar.

Sin embargo, no tuvo tiempo de decir ni hacer nada porque oyó una explosión alta que hizo que todos los cuervos alzaran vuelo y cacarearan en voz alta.

Channing vio el objeto que sostenía el rey Harald en la otra mano: era el arma de Ella. Harald contemplaba el arma con fascinación mientras que su padre yacía en la nieve, y la sangre

manaba a su alrededor. Su madre soltó un grito y cayó de rodillas. Sus hermanos se lanzaron sobre Harald con las armas en alto, pero los guerreros del rey los detuvieron.

Y Channing … La conmoción lo azotó como una pared de hormigón y lo dejó entumecido, sin poder oír ni ver nada, ni mucho menos pensar. Su padre, el hombre fuerte y grande, la eterna fuente de sabiduría y soluciones, se encontraba completamente inmóvil. ¿Estaría muerto? No, eso era imposible.

Y luego todo empeoró. Los guerreros de Harald comenzaron a empujar a la gente de Hakon hacia el interior del gran salón. Su madre, su hermano, su hermana y sus hermanos de armas se vieron empujados hacia el interior de la edificación. Acto seguido, cerraron las puertas y las bloquearon con horquetas. La gente comenzó a golpear las paredes y las puertas desde el interior.

Algunos de los hombres de Harald entraron en otra casa comunal y regresaron con leña en llamas que arrojaron sobre el techo de paja del gran salón.

La saga…

El fuego consumió la paja seca con voracidad, y unas espesas nubes negras se alzaron desde el techo.

—¡No! —gritó Channing! —Quédate aquí —le ordenó a Ella, mientras se incorporaba desde detrás del peñasco. Pero Ella también se incorporó y se apresuró a seguirlo.

Channing tenía que liberarlos. No podía permitir que su familia y toda esa gente murieran incineradas en el gran salón. Si Harald lo quería, allí lo tenía.

—¡Alto! —gritó mientras corría, se tropezaba y caía en la nieve—. ¡Abran las puertas! Estoy aquí.

Harald miró en la dirección de Channing y Ella, y una sonrisa de satisfacción le asomó al rostro. Channing siguió corriendo hacia el gran salón para extraer las horquetas y dejar salir a la gente. El olor a madera y paja quemadas pendía en el aire; era un olor asqueroso y extraño que se combinaba con el aroma a nieve. Ella se arrodilló al lado de Hakon.

—¡Que alguien me traiga un trapo o algo! —gritó.

Muchos brazos fuertes sujetaron a Channing y lo detuvieron. Dentro del gran salón, la gente seguía golpeando y pidiendo a gritos que los dejaran salir. Los gritos le rompieron el corazón a Channing, que quería arrancarse el cabello.

Se retorció para liberarse de los brazos que lo sujetaban y blandió el hacha a su alrededor. Logró golpear los brazos y los laterales de algunos guerreros, pero no veía nada porque lo movía la desesperación.

Eran muchos hombres, y él estaba solo. Los guerreros lo rodeaban con hachas y espadas que destellaban, con las hojas afiladas y cerca, y se las apuntaban para matarlo. Channing luchó consciente de la situación desesperada en la que se encontraba y consciente de que solo luchaba para ganar tiempo.

De pronto, oyó un aullido. Y luego otro más. Una manada de lobos salió del bosque en la cima de la montaña y recorrió la aldea. Los pelajes grises y marrones fluían como una ola de pieles.

Eran sus lobos leales, que iban al encuentro con los guerreros. Los colmillos destellaron y el aire se llenó de los gemidos desesperados y los aullidos de dolor. Channing luchó junto a los lobos, como la fuerza del Ragnarök.

Los músculos le ardían mientras blandía el arma. Se quedó sin aliento y le dolieron los pulmones. Lo golpearon una vez, dos y tres… antes de que perdiera la cuenta. La capa que llevaba puesta era tan gruesa como cualquier armadura, y lo salvó de varias heridas graves. Pero también lo ralentizaba, lo hundía y lo restringía de mover los brazos con libertad.

No sabía cuánto tiempo duró todo, pero vio el suelo cubierto de cuerpos peludos, sin vida o heridos. Los últimos lobos seguían luchando contra los hombres que quedaban. La mitad del techo estaba en llamas, y Channing sabía que en cualquier momento llegaría el punto en que la gente comenzaría a arder en vida.

—¡Ulf Hakonson! —oyó una exclamación, y volvió la mirada. Aún luchaba contra uno de los hombres de Harald cuando vio que el rey tenía a Ella y le apretaba el arma contra la sien.

—Detente —le dijo.

Channing se detuvo. Dio un paso hacia atrás sosteniendo el hacha en alto. El hombre contra el que había estado luchando también se detuvo, pero no soltó la espada. El resto de los hombres se quedó quieto. Muchos de los guerreros de Harald yacían muertos, pero había muchos más. Quizás doscientos hombres.

—Ya has perdido —le dijo Harald—. Ya sabes lo que necesito que hagas. Entrégate y no le haré daño a esta belleza.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

—No le prestes atención, Channing —le dijo Ella—. No te atrevas…

Sin embargo, ni la miró. Con una expresión solemne en el rostro, clavó la mirada en Hakon.

—Sí —aceptó Channing —. Me entregaré.

—¡No! —gritó Ella, luchando contra los brazos fuertes de Harald. El hombro la estaba matando, el dolor la desgarraba. Estaba apretada contra el pecho del rey, y sentía los brazos como si fueran dos malditos troncos de árboles fuertes.

Channing apuntó el hacha hacia la casa en llamas.

—Si abres la puerta y dejas salir a la gente, me entregaré a ti y te dejaré matarme.

A Ella le dio un vuelco el estómago.

—¡No!

—Oh, al fin —dijo Harald—. Un trato razonable.

Channing tragó con dificultad y la miró a los ojos con las cejas formando una línea recta.

—Y libera a Ella.

El mentón de Harald le rozó la coronilla cuando asintió con la cabeza.

—Por supuesto que la liberaré. Pero no se irá a ningún lado.

—Claro que sí… —masculló Ella.

Harald la empujó y abrió los brazos para liberarla. Ella se dio la vuelta y alzó el brazo sano para asestarle un puñetazo en la nariz. El

golpe le produjo un dolor lacerante en el puño y, a raíz del brazo herido, no tuvo la fuerza que solía tener. El rey gruñó, se sostuvo la nariz y se rio.

—Ya te enseñaré a reírte, asqueroso pirómano —masculló Ella y le asestó un golpe en el ojo.

—¡Sujétenla! —ordenó Harald a través de una carcajada; la voz le sonó entretenida y enfadada al mismo tiempo—. La mujer tiene chispa. Te aseguro que ya estoy enamorado de ti.

Dos hombres la sujetaron, y Ella les golpeó los brazos, soltó maldiciones y gritó.

—¡Libérenla! —rugió Channing al tiempo que avanzaba hacia ellos apuntándoles con la espada.

—Abran las puertas —dijo el rey Harald, y Channing se detuvo.

Los centinelas extrajeron las horquetas que bloqueaban las puertas. Al abrirlas, la gente comenzó a salir de la casa tosiendo y jadeando. Ella casi logró escabullirse de los brazos de los centinelas al ver a Mia y los hermanos de Channing salir corriendo de la casa, pero lograron sujetarla con fuerza. Mia se arrodilló al lado de Hakon, se desgarró el vestido y, en medio de un ataque de tos, le apretó la tela contra la herida que no dejaba de sangrarle en el pecho.

—Bastardo —escupió Mia al mirar a Harald—. Ha sido tu aliado desde el primer día. Te colocó en ese maldito trono.

Por un breve instante, el rostro de Harald registró culpa.

—Lamento mucho esto, Mia, ya lo sabes. Tengo mucho respeto y aprecio por Hakon. Pero hay cosas que deben ser sacrificadas para que el mundo siga adelante. —Miró a Channing —. Tráiganme a Ulf —les dijo a los guerreros.

Al oír la orden, los hombres lo sujetaron y lo empujaron hacia adelante. Channing se tambaleó mientras caminaba entre los cuerpos de los lobos. Cuando la miró a los ojos, Ella no vio ni temor ni pánico en los de él. Por el contrario, estaban llenos de amor y convicción.

—No… —dijo rebatiéndose contra los brazos de los guardias—. ¡No! ¡Déjenlo en paz!

Otros hombres de Harald acercaron un tocón para cortar leña y lo colocaron delante de Harald. Ella no dejó de gritar.

—Puede que él no sea el motivo del Ragnarök. ¡Puede que sea yo!

Harald negó con la cabeza y se volvió.

—No digas tonterías, mujer. La profecía es muy clara. Mientras Ulf Hakonson viva, el mundo se hundirá en el Ragnarök. Y yo seré quien lo detenga.

Empujaron a Channing para que quedara arrodillado y le apretaron la cabeza contra la superficie del tocón. El rey Harald tomó el hacha con las dos manos y miró a Channing como si fuera una vaca a la que sacrificar.

—¡Hagan algo! —les gritó Ella a Mia y sus hijos.

Sin embargo, Mia no dejaba de sollozar mientras apretaba el trapo contra la herida de su marido, que era lo único que podía hacer en ese momento para salvar a alguien. John seguía tosiendo y se rebatía en los brazos de un guerrero enemigo, y Ella vio que tenía varias ampollas en el cuello. Su hermana, Mia, yacía en la nieve, y respiraba entre jadeos asmáticos. Por todos los cielos, debía tener heridas en los pulmones.

Nadie podía hacer nada. Los guerreros de Hakon tosían y jadeaban sin armas y demasiado debilitados como para luchar.

Ella se quedó petrificada. Nadie podría detener el hacha que sostenía el rey Harald en las manos. Nadie salvaría la vida del hombre al que amaba. Estaba a punto de perderlo.

El temor se aferró a ella como el hielo. El corazón le latía tan acelerado que lo único que oía era el pulso en los oídos. Harald alzó el hacha por encima de la cabeza con una expresión imperturbable en el rostro. Era un hombre con la misión de librar al mundo de todo mal.

El hacha cayó. «¡No! ¡Channing, no!». Ella sintió algo que se desgarraba en su interior. Sin embargo, el hacha se detuvo a menos de un centímetro del cuello. Todos a su alrededor se quedaron petrificados como estatuas.

Ella tomó aliento y se aferró a ese instante. Mientras el hacha se mantuviera apartada del cuello de Channing, no podía permitir que el tiempo se le escurriera. Volvía a experimentar sus poderes, pero ¿por cuánto tiempo podría detenerlo? Con el corazón acelerado

como si estuviera drogada, se liberó de los dos hombres y corrió hacia Channing.

Una silueta apareció al lado de él, y Ella se detuvo congelada. Era la anciana que había visto en la orilla, con los mismos ojos de color glaciar y la sonrisa amistosa. Tenía un vestido nórdico verde, y el cabello trenzado alrededor de la cabeza.

Sin embargo, la imagen solo duró un instante. La anciana comenzó a derretirse, flotar y cambiar como la leche derramada en el agua. En lugar de una anciana, Ella vio una mujer joven delante de ella. Era rubia, tenía los ojos celestes y un hermoso rostro nórdico. Llevaba un vestido veraniego de color verde pistacho. Olía a hierbas dulces, bosque y algo empolvado. El aroma le remitió a la infancia…

Era su madre.

La conmoción la azotó como una lacerante ola gélida, y el suelo se movió bajo sus pies. En las manos de su madre algo brillaba y, cuando estiró la mano, vio el huso de oro con las runas entalladas en la superficie suave que flotaban y se movían la una sobre la otra.

«La verdad está en tu sangre». Las palabras de la *völva* le resonaron en la mente. Era la hija de una norna.

Y, además de eso, esa era la mujer en la que pensaba todos los días. La madre a la que había echado de menos durante toda su vida. El motivo por el que luchaba a diario y la razón por la que creía que no era lo suficientemente buena como para que su madre se hubiera quedado a su lado. Gracias a ella creía que tarde o temprano todos se marcharían y que no podía confiar en nadie.

—Mamá… —susurró—. ¿Por qué me dejaste?

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas y estiró la cabeza.

—No tenemos mucho tiempo, cielo. Eres parte norna y parte humana. Puedes cambiar los eventos y los tapices. Ahora puedes decidir qué le va a pasar al mundo. ¿Qué quieres hacer?

«Tienes un poder que podría salvar el mundo… o garantizar su destrucción».

Allí tenía su elección. Podía regresar a su época y dejar que el hacha terminara de caer para salvar al mundo o podía empujar el hacha y llevarse a Channing con ella.

Ella tomó una profunda bocanada de aire.

—Quiero hablar contigo.

—Mis hermanas están en camino. No me puedo quedar mucho más. De prisa, Ella.

Su madre se estaba disolviendo en el aire como la neblina. Ella experimentó una mezcla de tristeza y alegría, de pánico y temor.

Al diablo con el fin del mundo. Dejar que Channing muriera jamás había sido una opción. Lo sujetó del hombro con una mano y tomó el huso con la otra. Cuando las manos rozaron la palma de su madre, la volvió a mirar a los ojos.

Al igual que la última vez que la había visto, vio mucha tristeza y culpa en su rostro… pero también amor. Irradiaba amor.

Sin soltar el hombro de Channing, Ella se hundió en la oscuridad.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

La luz solar le lastimó los ojos a través de los párpados cerrados. Ella los apretó con fuerza como para que se marchara. Hacía frío, y había estado en un dichoso y dulce olvido, en un sitio tranquilo y oscuro donde la ausencia de sensaciones y ruidos era un alivio. Ahora se encontraba en un lugar que olía a asfalto, gasolina y metal. Y también a algo químico, algo que se quemaba, como una fábrica de aceite.

Le dolía todo, y, al final, el dolor la hizo sentarse y abrir los ojos.

Se encontraba en una calle húmeda. Unas grúas de puerto se ceñían silenciosas sobre su cabeza, y el barco Naglfar se encontraba anclado a unos seis metros de ella como una montaña oscura. El cielo celeste, casi como en verano, se veía intenso y despejado. No había nieve, y el océano salpicaba sereno contra el embarcadero.

«Channing…». Al sentarse, miró alrededor hasta que lo vio: se encontraba a un metro de distancia, con el abrigo de piel vikingo e intentaba incorporarse del pavimento mientras sacudía la cabeza. Estaba vivo. Y a salvo.

El alivio le produjo una descarga en todas las terminaciones nerviosas. Se puso de pie y se apresuró a su lado para ayudarlo a incorporarse.

—Funcionó —susurró—. ¡Por todos los cielos, Channing! ¡Funcionó!

¿Cuánto tiempo había pasado desde que se marchó? ¿Cómo estaba su padre? ¿Y Ted y Gloria? De momento, esa época parecía

mucho mejor que la época en la que había dejado a su familia. ¿Sería cierto? ¿Se encontrarían bien?

Channing la miró parpadeando y luego frunció el ceño confundido. Al siguiente instante la apretó contra el pecho.

—Viajé en el tiempo… —le susurró contra el cuello cálido e inhaló su aroma—. Te salvé.

Y había conocido a su madre… Todo el cuerpo se le tensó al pensar en eso.

Su madre… La norna.

¿Sería real todo eso? En la realidad fría del siglo XXI, era difícil de creer por completo que todo eso había ocurrido. ¿No lo había soñado acaso?

Channing la tomó de los hombros y la sostuvo a un brazo de distancia. Los ojos verdes estaban llenos de frialdad y preocupación.

—¿Cómo?

—Aún no estoy segura. Pero lo que dijo la *völva*… de que la respuesta estaba en mi sangre… Tenía razón.

—¿Qué significa eso?

Ella alzó la mirada hacia el noroeste, al otro lado de las aguas azules del océano Atlántico. Un avión diminuto volaba silenciosamente en el cielo y dejaba un rastro blanco a su paso. Qué vista… Era de lo más asombrosa luego de haber pasado unas semanas en el pasado. Había coches, teléfonos y medicina. Y la máquina del tiempo.

Ella lo miró.

—Cuando Harald estaba a punto de matarte, pasó algo.

—Me lo imaginé. En un momento, estaba a punto de conocer a las valquirias y, al siguiente, me encuentro aquí.

—Detuve el tiempo. Y vino una de las nornas.

—Mierda.

A Ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y una mezcla de alegría, pérdida e ira le hirvió en el interior.

—Diablos, Channing, era mi mamá. ¡Mi mamá!

Channing parpadeó, la soltó y dio unos pasos hacia atrás para pasarse la mano por el cabello largo. Tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Una de las nornas es tu madre?

No lo podía ver demasiado bien, tenía la vista nublada. Se sorbió e intentó detener el ardor en la nariz y los ojos.

—Sí.

Channing se inclinó para apoyarse las manos en las rodillas.

—Mierda. ¿Cómo no se me ocurrió antes? La máquina del tiempo era el huso, por eso viajaste en el tiempo al tocarlo. Y los sueños en los que puedes detener el tiempo y cambiar los eventos. ¡Por Odín y Thor! Nunca oí que las nornas tuvieran hijos, nunca creí que pudieran tenerlos…

Ella asintió con la cabeza y volvió a mirar al océano.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Debería pensar cómo usar esto que sé para comprender mejor mi habilidad y ayudar con el Ragnarök… La *völva* dijo que podía salvar al mundo. —La garganta se le contrajo—. Pero en lo único que puedo pensar… —se le tensó la garganta mientras se obligaba a contener las emociones—, es que mi madre no me abandonó porque no me quería o porque algo iba mal conmigo…

Channing se acercó para mirarla y la envolvió en sus brazos grandes y fuertes para infundirle seguridad.

—… sino que se marchó porque ni siquiera era humana. Channing, no sé por qué se marchó en concreto. Supongo que las nornas no deberían tener niños o casarse con humanos…

Channing le depositó un beso en la coronilla.

—Supongo que no, tesoro. Pero no se marchó por ti.

La bola de emoción que tenía en el corazón explotó, y Ella se volvió hacia él para enterrarle el rostro en el pecho. Le resultó liberador, dulce y muy difícil… Lloró contra su abrigo suave y cálido sintiéndose segura en su abrazo. No comprendía lo que significaba nada de eso, pero el hombre al que amaba se encontraba a su lado escudándola de todo.

Cuando no le quedaron más lágrimas para llorar, con los labios de Channing aún apretados contra la coronilla, lo oyó decir:

—De allí viene tu habilidad.

Ella alzó la mirada a su rostro. La barba le había crecido en las semanas que habían pasado en la época vikinga y la piel se le había enrojecido y curtido. Ella se preguntó cómo se vería ella tras haber

pasado tanto tiempo en el exterior en el siglo IX, sin lociones humectantes ni suplementos de vitaminas.

Lo amaba aún más de esa manera. Real. Puro. Despojado de cualquier máscara artificial. Era el hombre al que amaba, el hombre al que admiraba, el hombre con el que se casaría.

—Sí —le dijo—. De allí viene mi habilidad para manipular el tiempo.

Channing miró alrededor.

—¿Has visto? No hay nieve. Hace calor y me estoy derritiendo con este abrigo. No hay lobos… Quizás logramos escapar del Ragnarök. Quizás la profecía ha quedado atrás. Quizás la hayas erradicado. Quizás tengas ese tipo de poder si eres seminorna.

Ella miró alrededor. En la distancia, los coches circulaban, y un barco sonó el claxon. A pesar de que no era fácil de decir, todo parecía pacífico y calmo desde donde se encontraban, y Ella quería creer que Channing estaba en lo cierto. Quería creer que por fin podrían encontrar el futuro en el que podrían ser felices.

Channing le tomó el rostro entre las manos y le sonrió.

—Eres mi milagro.

Ella sintió un sonrojo que le ardía en las mejillas.

—Solo lo dices porque puedo hacer cosas.

—Siempre has sido mi milagro. Desde antes de que supiera que tenías poderes. Gracias por salvarme la vida.

Se inclinó y la besó. Ella se perdió en la calidez y la suavidad de sus labios, y también en la sensación de su lengua que la acariciaba con suavidad. Cuando estaba a punto de sugerir que se marcharan de allí, oyeron el canto de un gallo. A los pocos segundos, se sumó un segundo gallo. Y luego un tercero.

Channing se quedó petrificado y se apartó mirando alrededor.

—No.

A Ella se le congeló la sangre. «Tres gallos cantarían para anunciar el Ragnarök: uno carmesí, uno de oro y uno de color rojo oscuro casi negro».

—No… —susurró Ella—. ¡Oh, Dios, por favor, no!

Un lobo aulló. Sintió una ráfaga de viento gélida del este en todo el cuerpo que la hizo encogerse y temblar. En el horizonte, donde

hacía unos instantes había un encantador cielo azul, se formó una nube de tormenta casi negra, y las olas se alzaron en el océano. Unos cuervos graznaron por encima de sus cabezas, y la urgencia de los graznidos anunciaron problemas.

—No… —repitió Channing con la mirada en el espeluznante horizonte oscuro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ella en un susurro—. ¿Cómo lo detenemos?

Channing miró la fila de edificaciones de depósitos que se alineaban en las calles del puerto.

—Si lo que desencadenó todo esto fue la máquina para viajar en el tiempo, tenemos que destruirla.

—Pero entonces no podrás regresar con tu familia.

Channing la miró.

—Te tengo a ti, mi amor. No necesito ir a ningún otro sitio mientras estés a mi lado.

Ella casi se ahogó al ver la emoción en sus ojos. Era el fin del mundo en forma humana. Y no simplemente el fin del mundo… sino el fin de su mundo.

Era el hombre que tenía su corazón en sus manos, se había apoderado de él y tenía poder absoluto sobre él. No había nada que pudiera hacer Ella para detenerlo. Porque lo amaba y prefería ver arder el mundo antes que a él.

Algo en su interior le dijo que se detuviera y pensara en lo que estaba haciendo. Ahora que tenía ese poder, ahora que sabía quién era en realidad, debía usarlo… Para proteger a su familia, para salvar a sus seres queridos y al mundo.

Pero ¿cómo? Y si tenía que escoger entre el destino del mundo y la vida del hombre que amaba… ¿Podría tomar la decisión más difícil que podía concebir?

En un acto egoísta, ignoró el susurro en el fondo de la mente, la nube negra que cubría Boston como una manta, los tres gallos cacareando y los lobos aullando cada vez más cerca.

Era seminorna. Su madre era uno de los tres seres más poderosos de todo el mundo, uno de los seres más temidos no solo

por los humanos, sino también por los dioses. Esa sangre le fluía en las venas y, como la *völva* le había dicho, debería contar para algo.

Dejando que el mundo a su alrededor se desvaneciera, le dio un suave beso en los labios.

—Vamos a buscar una solución.

Mientras avanzaban hacia la edificación M05, los recuerdos se le agitaron en la cabeza. Había conocido a Channing cerca de allí, lo había seguido, había tenido muchas preguntas acerca de ese edificio y había estado en lo cierto. Su padre… oh, diablos, debía de estar sumamente preocupado, al igual que Gloria y Ted…

Sin importar lo que la aguardara a ella y a Channing, se sentía más fuerte y más poderosa que nunca antes. «¡Pero si soy seminorna!», se susurró. Tenía que pedirle a su padre que le contara todo acerca de su madre… hasta el último detalle de cómo se habían conocido y cómo se había desarrollado la relación.

Channing y Ella dieron vuelta una esquina de contenedores de barco apilados cuando vieron tres todoterrenos negros aparcar al otro lado de la carretera a unos treinta metros. Los vehículos se detuvieron frente al depósito M05.

Channing jaló de Ella para ocultarla detrás de un contenedor rojo oscuro. Se pegaron a la pared metálica y corrugada del contenedor y echaron un vistazo. Dos hombres con fusiles de asalto salieron del M05. Llevaban puestos unos trajes negros y unos abrigos de invierno negros. Cuando se detuvieron para observar el exterior, uno de ellos habló contra la manga. La puerta del M05 se abrió, y salió otra persona.

Era un hombre alto y mayor, con el cabello plateado, pómulos altos y un rostro atractivo. Ella reconoció el rostro.

—Aguarda… ¿es Leo Esposito? —preguntó Ella en un susurro.

Era el jefe de la mafia de Boston, que había pagado la fianza de Channing cuando lo había arrestado. Channing no le respondió de inmediato, y cuando Ella se volvió a mirarlo, vio que estaba pálido.

—Sí.

Ella miró alrededor.

—¿Dónde está la policía? El M05 tiene que estar bajo supervisión de la policía.

Channing escupió una maldición.

—No creo que la policía esté más a cargo…

La puerta se volvió a abrir detrás de Leo, y dos hombres empujaron a dos personas que llevaban puestas unas batas de laboratorio blancas.

—¿Son…?

—Por el rabo podrido de Odín… ¡Tienen a Georgina y Munchie!

—Y eso significa que… —Ella observó a Leo subirse al segundo todoterreno negro, mientras que los hombres empujaban a los científicos al tercer vehículo.

—La mafia debe tener el control de la máquina de tiempo.

—Y del reactor nuclear.

Ella lo observó al tiempo que una capa fría le cubría el cuerpo como neblina gélida.

Cuando los dos hombres se subieron al coche, la procesión se alejó por la calle que conducía a la salida del puerto.

—Tenemos que hacer algo —gruñó Channing —. Tenemos que rescatarlos. Deben estar en peligro de muerte… Y la máquina para viajar en el tiempo no puede caer en manos de la mafia.

Ella buscó en su interior la manera de hacer lo que había hecho la última vez, pero no ocurrió nada.

Channing salió de detrás del contenedor y se quedó de pie mirando cómo desaparecían los vehículos en la distancia.

—Maldita sea. Imagínate lo que podrían hacer. Quizás así es como ocurrirá el Ragnarök en realidad. Si la mafia planea utilizar esa energía, no puede ser para nada bueno.

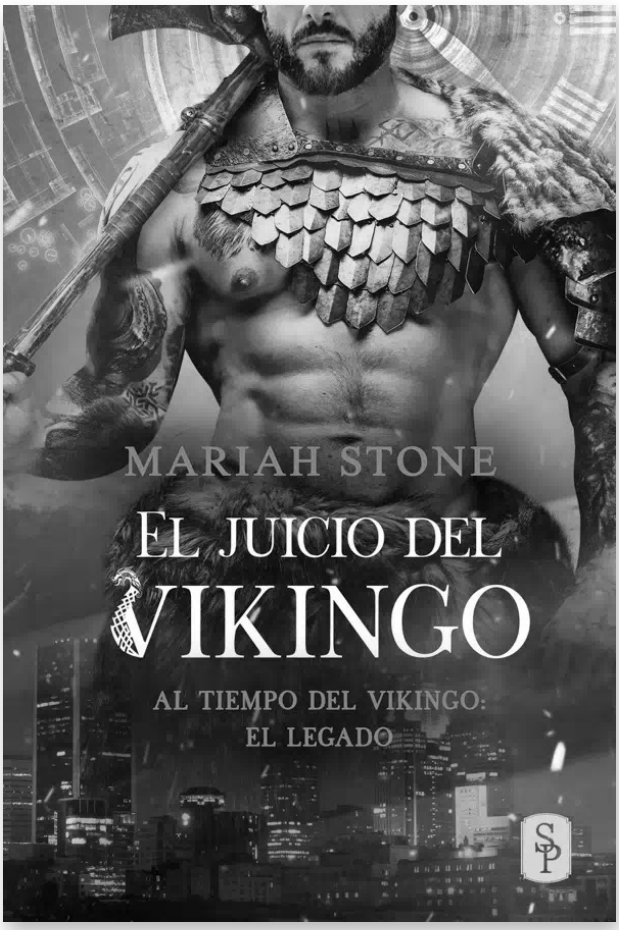
Ella clavó la mirada en los coches. Mientras los cuervos graznaban más fuerte y los lobos se acercaban para rodear a Channing, comprendió que sin importar cuán fuerte y poderosa se sintiera, no sabía demasiado. Había enemigos más poderosos en juego.

Y aún les quedaba enfrentar la batalla más importante.



GRACIAS POR LEER **La profecía del vikingo**. Espero que hayas disfrutado los giros inesperados de la historia de Channing y Ella.

Descubre cómo termina su historia en **El juicio del vikingo**.



Un amor que trasciende los siglos.
Un destino que podría destruir la humanidad.
Un poder para cambiar el mundo.

Lee El juicio del vikingo ahora >
Disponible en formato digital, impreso y en audio.

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

Acerca del Autor

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

